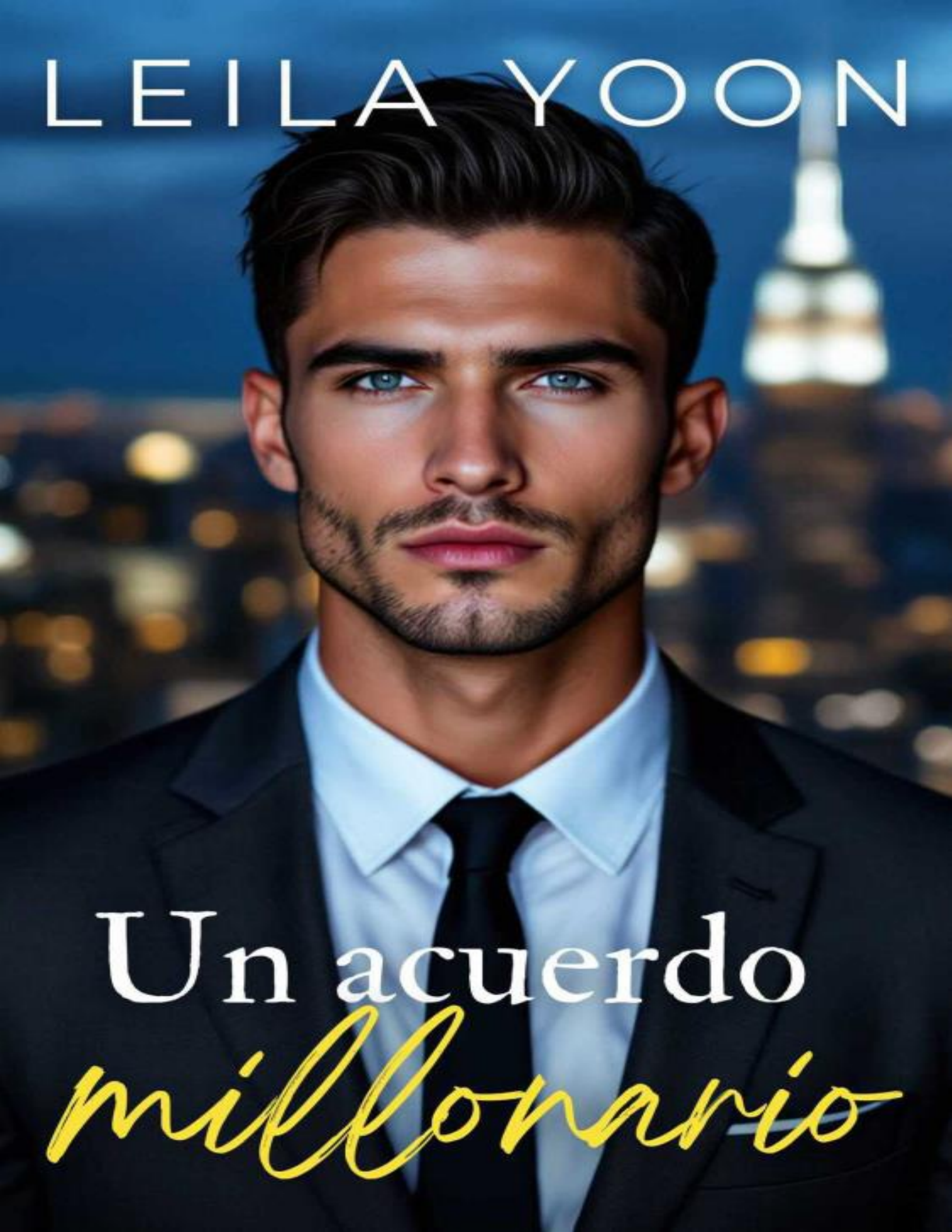

LEILA YOON
Un acuerdo
millonario

Un acuerdo millonario

LEILA YOON

Todos los derechos reservados

Este libro es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas, lugares, eventos o hechos reales es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin la autorización previa y por escrito de la autora, **Leila Yoon**.

El diseño y la ilustración de esta obra también son propiedad exclusiva de **Leila Yoon**.

© 2025 Leila Yoon.

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
Epílogo

Extra
Sinopsis de Un contrato millonario
¡Únete al Club de las Princesas modernas!

1

Nate

Las palabras de Jonathan Brooks resonaron en mi cabeza como un martillo neumático.

—Debes casarte antes de cumplir 35 años o perderás el control de Whitmore Tech.

Cerré los ojos y exhalé un suspiro lentamente, tratando de procesar la estupidez monumental de la situación.

Mi padre había encontrado la forma de controlar mi vida desde la tumba.

Bravo, viejo, bravo.

—¿Y mi junta directiva aceptó esto? —gruñí, levantando la vista hacia mi abogado, que me devolvió una mirada estoica.

—No es ilegal —respondió con una calma que me pareció irritante.

Podía imaginármelo, sentado en su oficina con un whisky caro en una mano y un puro cubano en la otra, mientras redactaba esa cláusula.

Había pasado años diciendo que yo no estaba listo para el peso de la empresa, que no tenía la madurez necesaria para liderar un legado de generaciones.

Y mierda. Tenía razón.

A los veintitantos, yo había sido todo lo que él odiaba.

El playboy heredero de Whitmore Tech, saltando de fiesta en fiesta, dejando una estela de mujeres hermosas y titulares en los tabloides. No me importaba.

La empresa seguía funcionando como un reloj suizo porque él estaba al mando, y yo solo tenía que aparecer en las galas benéficas, posar para la foto y seguir viviendo mi vida como si el mundo entero me perteneciera.

Pero todo cambió la noche en que mi padre sufrió su primer infarto.

Recuerdo el miedo visceral cuando su secretario me llamó, con la voz temblorosa, para

decirme que estaba en el hospital.

Durante horas pensé que lo perdería. Y aunque él salió con vida, los médicos fueron claros: tenía que reducir el estrés, cuidar su salud o no sobreviviría a otro episodio.

Ese fue mi punto de inflexión.

Dejé las fiestas, corté con los tabloides y me metí de lleno en la empresa. Durante cinco años lo di todo. Me convertí en el hombre que él siempre había querido que fuera, manejando Whitmore Tech con la misma dedicación que él.

Pero aunque trabajé incansablemente durante esos cinco años, nunca parecía suficiente para él. Siempre había un comentario, una crítica velada o una pregunta mordaz después de cualquier logro.

—Eso estuvo bien, pero podrías haber conseguido un mejor trato —me dijo una vez, después de que cerrara un acuerdo que la junta calificó de impecable.

Por más que intentara demostrarle que podía manejar Whitmore Tech, siempre sentía que estaba fallando a sus expectativas, como si la sombra de mis errores pasados fuera un recordatorio constante de que no era digno del legado familiar.

Cuando tuvo su segundo infarto y murió, pensé que, al menos, se había llevado consigo una última imagen de mí como un hombre serio y comprometido, alguien que había cambiado.

Pero al leer esa maldita cláusula en su testamento, me quedó claro que ni siquiera la muerte había logrado borrar su desconfianza hacia mí.

—¿Y si simplemente ignoro la cláusula?

Jonathan no se inmutó.

—Perderías la presidencia. Las acciones mayoritarias pasarían a tu primo Edward.

Edward. Solo pensar en su nombre hacía que me ardieran las entrañas. Mi primo Edward era un idiota incompetente con demasiado ego y ninguna visión. Dejarle mi empresa sería como darle a un niño de cinco años las llaves de un Ferrari.

Ni de coña.

—¿Qué opciones tengo? —Mi voz salió más áspera de lo que pretendía. Jonathan sabía lo mucho que detestaba estar contra las cuerdas.

—Casarte. —Lo dijo con una simpleza que casi me hizo reír, pero no había nada divertido en eso.

Me hundí en mi silla, pasándome la mano por el cabello. Matrimonio. Como si esa palabra no viniera cargada de todo lo que siempre había evitado.

Drama, expectativas y la asfixiante sensación de que alguien más tenía poder sobre mi vida.

Mi padre siempre decía que las relaciones eran una distracción para los débiles.

Según él, los sentimientos complicaban las cosas y no había lugar para ellos en los negocios. Pero yo sabía que sus palabras tenían otro origen: la pérdida de mi madre.

Ella murió cuando yo era pequeño, y lo marcó de manera desgarradora.

Se dijo a sí mismo que no volvería a amar, que las emociones eran su mayor enemigo, porque le recordaban lo frágil que era todo.

Desde entonces, convirtió esa herida en un mantra: no permitas que nadie te haga vulnerable. Reforzó esa filosofía como si su propia supervivencia dependiera de ello, y terminó exigiéndome que viviera bajo las mismas reglas.

Para él, cualquier debilidad era un fracaso. Y en su mente, las relaciones no eran más que un ancla que te arrastraba hacia el fondo.

Irónico, ¿verdad? Él, el hombre que me enseñó que los sentimientos eran un obstáculo, ahora me obligaba a casarme para mantener el control de la empresa.

Mis pensamientos se interrumpieron cuando Jonathan añadió:

—Necesitas encontrar a alguien en quien confíes. Alguien discreto, que no intente aprovecharse de la situación.

No tenía muchas personas en mi vida que encajaran en esa descripción. La mayoría de los que me rodeaban querían algo de mí: dinero, poder o el glamour de estar cerca de Whitmore Tech.

Con ese pensamiento en mente, regresé a la oficina.

2

Charlotte

Nathaniel Whitmore me debía un café.

No porque alguna vez me hubiera prometido uno. Nate Whitmore no ofrecía café. Nate Whitmore solo ofrecía órdenes y *deadlines* imposibles de cumplir.

Pero, después de la mañana que había tenido, lo mínimo que podía hacer era compensarme con un *latte* doble con extra de nata y caramelo. Y una disculpa. Aunque, siendo él, probablemente caería un meteorito en Manhattan antes de que eso pasara.

Se había saltado el trabajo sin previo aviso, dejando la oficina sumida en un caos absoluto. Como su asistente personal, me tocó a mí recoger los pedazos: tranquilizar a los directivos impacientes, reprogramar reuniones canceladas y gestionar una avalancha de correos urgentes que no daban tregua. Todo ello, por supuesto, mientras mantenía una sonrisa impecable y fingía que el hombre no estaba, literalmente, desaparecido en combate.

Suspiré mientras ordenaba una pila de correos electrónicos prioritarios en mi pantalla. Mi escritorio estaba estratégicamente ubicado justo al despacho de Nate.

La planta principal de Whitmore Tech destilaba lujo moderno: líneas minimalistas, iluminación de diseño que parecía salida de una revista arquitectónica y unas vistas panorámicas de la ciudad que dejaban sin aliento incluso a los más insensibles.

Todo gritaba éxito, poder… y estrés. Mucho estrés.

¿Y yo? Yo era la asistente que mantenía a flote al genio empresarial que habitaba esa oficina. Lo que significaba que también era la que soportaba sus cambios de humor, sus exigencias y, en días especialmente malos, su silencio glacial.

Por supuesto, no era una santa. Tenía mi propio arsenal de pensamientos despectivos sobre él. «Capullo» era mi favorito. «Dictador» quedaba en segundo lugar. Pero ahí seguía, sentada en mi escritorio, porque renunciar no era una opción.

Mamá y Ethan me necesitan.

Siempre me repetía eso cuando las cosas se ponían cuesta arriba.

Mi madre llevaba años luchando contra una enfermedad degenerativa que nos había drenado no solo los ahorros, sino también la energía emocional. Mi padre murió, así que toda la responsabilidad recaía sobre mis hombros.

Y luego estaba Ethan, mi hermano pequeño, tan brillante como cabezota. Le faltaba un año para entrar en la universidad, y aunque yo quería que persiguiera sus sueños, la realidad era que esos sueños venían con un precio que no teníamos manera de pagar.

Suspiré mientras revisaba el borrador del reportaje que le habían hecho para una prestigiosa revista de negocios. Tener que aprobar algo que definía la imagen de Nathaniel Whitmore era suficiente para acelerarme el pulso de la peor manera.

No porque no supiera hacerlo, sino porque sabía perfectamente que, si algo no cumplía sus expectativas, sería yo quien pagaría las consecuencias. Y con Nate, las consecuencias nunca eran amables.

El archivo incluía varias fotos, y aunque intenté centrarme en el texto, mis ojos acabaron desviándose hacia ellas.

Con su cabello castaño oscuro peinado siempre al milímetro, su mandíbula firme y esos ojos verde bosque que parecían desbordar seguridad, era fácil entender por qué todos se inclinaban ante él. Llevaba el traje como si hubiera nacido con él, exudando poder y perfección.

Claro que la perfección era solo una fachada. Detrás de ese porte impecable estaba el hombre que te podía desarmar con un comentario frío y que, sin dudarlo, convertía cualquier interacción en un desafío. Desde luego yo no era una de esas personas que caían rendidas ante él.

Al menos, por ahora.

Estaba absorta acabando de leer el reportaje cuando escuché el eco de unos pasos firmes resonando contra el linóleo. No necesitaba mirar para saber que era él.

A estas alturas, conocía el ritmo de su andar casi tan bien como el mío, y podía adivinar su estado de ánimo con solo escucharlo. Hoy, esos pasos sonaban decididos, casi agresivos.

Traducción: estaba de mal humor, y yo probablemente terminaría lidiando con las consecuencias.

En cuestión de segundos sus pasos se detuvieron frente a mí.

—Bennett —gruñó con un tono seco, sin molestarse en añadir un «buenos días» o cualquier otra cosa que sonara mínimamente cordial.

—¿Sí, señor Whitmore?

—Necesito hablar contigo. Ahora.

Dejó la puerta abierta detrás de él y entró en su despacho, esperando que lo siguiera. No se giró para asegurarse de que lo hacía. Sabía que lo haría.

Solté un pequeño suspiro —uno lo suficientemente inaudible para que no se diera cuenta—, agarré mi iPad y me levanté, preguntándome qué crisis o exigencia imposible iba a caerme esta vez.

Al entrar, se dejó caer en su silla.

—¿Qué ocurre? —pregunté, directa, cerrando la puerta tras de mí.

Nate se recostó en su silla, pasándose la mano por el cabello, un gesto que hacía cuando se sentía acorralado por alguna situación, lo que me puso en alerta.

—Mi abogado me ha informado de una cláusula en el testamento de mi padre. Si no me caso antes de cumplir 35 años, perderé Whitmore Tech.

Pestañeé.

—¿Cómo dice?

—Tal como lo oye. —Me lanzó una mirada cargada de irritación—. Así que ahora tengo noventa días para encontrar una solución.

No respondí de inmediato, porque ¿qué demonios se supone se puede decir en un momento así?

Me aclaré la garganta y abrí la aplicación de notas en mi iPad.

—De acuerdo, y… ¿qué opciones le ha sugerido su abogado?

—Me dijo que necesitaba casarme con alguien que no quisiera aprovecharse de la situación.

Eso no pintaba bien. Nada bien. Me mordí el labio pensativa y sugerí:

—Podríamos investigar si existe algún tipo de agencia que se encargue de matrimonios por conveniencia.

Él negó con la cabeza de inmediato.

—No. Eso podría ser arriesgado. Solo necesito encontrar alguien de confianza.

—Pero si usted no confía en nadie.

La respuesta salió antes de que pudiera detenerla. Fue una mezcla de cansancio y sarcasmo que esperaba que ignorara, pero no fue así.

Nate se inclinó hacia adelante, clavando sus ojos en los míos con una intensidad que me desarmó por completo.

Y, entonces lo vi. Un relámpago de entendimiento cruzando su mente con la llegada de una idea. Su voz bajó un tono.

—Confío en usted.

La forma de decirlo me descolocó.

Lo miré, esperando que añadiera algo más, pero solo sostuvo mi mirada, como si estuviera tratando de medir mi reacción.

—Un momento… —dije, con un nudo formándose en el estómago.

—Confío en usted, Bennett.

—Yo no diría que confía tanto… —respondí, adelantándome a lo que estaba por venir.

Entonces lo soltó:

—Señorita Bennett, no está saliendo con nadie, ¿verdad?

Me quedé paralizada, pestañeando un par de veces antes de responder. *Oh, no. No, no.*

—No, pero…

¿Cómo voy a salir con alguien si este trabajo apenas me dejaba existir?, quería decirle, pero no era el momento.

Él asintió, como si acabara de confirmar algo y luego preguntó:

—¿Quiere casarse conmigo?

Y ahí fue cuando sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies.

3

Nate

—¿Quiere casarse conmigo?

¿Cómo no había pensado en ella antes?

Charlotte Bennett era la solución.

La idea me golpeó con tal claridad que casi me reí de lo obvio que era. La mujer que había estado resolviendo mis problemas durante los últimos cinco años era justo lo que necesitaba ahora.

Nadie conocía mejor mi agenda, mi carácter ni mis miserias. Y lo más importante, no había ninguna posibilidad de que intentara aprovecharse. La conocía bien. No era esa clase de persona.

Por otro lado, estaba convencido de que alguien como ella jamás podría tentarme. Era atractiva, eso no podía negarlo, pero no era mi tipo.

Me gustaban las mujeres exuberantes, con sonrisas amplias y risas fáciles. Y ella era todo lo contrario. Seria, contenida, discreta.

Eso no quería decir que fuera indiferente a su belleza. Su cabello castaño, que siempre recogía en coletas o moños, tenía un brillo que capturaba la luz sin esfuerzo. Sus ojos, de un azul intenso, parecían diseccionar todo lo que miraban, como si nunca se le escapara nada. Sus rasgos eran delicados y sus labios mullidos. Y, aunque su ropa era práctica y profesional, no ocultaba su figura.

Pero nada de eso importaba. Charlotte Bennett era, ante todo, mi asistente. Mi meticulosa y eficiente secretaria. Si algo había aprendido de los cursos de liderazgo y gestión empresarial, era que un buen jefe sabía mantener los límites claros.

Además, ella me odiaba, lo cual tenía sentido, considerando mi forma de ser. Mi perfeccionismo extremo, mis órdenes directas y mi falta de paciencia no dejaban mucho espacio para el aprecio personal.

Eso, precisamente, la hacía ideal para esto: no habría complicaciones, ni sentimientos que confundir.

Mis palabras se quedaron flotando en el aire entre nosotros. Charlotte me miró fijamente, con sus ojos grandes llenos de incredulidad. Su iPad descansaba sobre sus piernas inmóviles, como si el impacto de lo que acababa de escuchar la hubiera dejado petrificada.

—¿Perdón? —preguntó finalmente, con un tono que oscilaba entre la confusión y el puro rechazo.

—Quiero que se case conmigo. —Repetí la frase con la calma de quien acaba de hacer una proposición completamente lógica.

Ella soltó una risa nerviosa, de esas que usas cuando intentas ganar tiempo mientras procesas algo absurdo.

—Me toma el pelo, ¿verdad?

—No. Estoy hablando en serio. Muy en serio.

—Pero eso es una locura. —Sacudió la cabeza mientras una sonrisa incrédula se dibujaba en sus labios—. ¿Por qué yo?

—Porque confío en usted —respondí, como si fuera la razón más evidente del mundo.

Charlotte soltó una carcajada seca, rodando los ojos.

—Mire, creo que ahora mismo no está pensando con claridad. Entiendo que su situación es complicada, pero seguro que hay opciones menos… ¿descabelladas? Por ejemplo, ¿qué hay de la última mujer con la que salió? ¿Cómo se llamaba? ¿Emily?

—Evelyn —corregí, cortante.

—Eso, Evelyn. —Hizo un gesto despreocupado con la mano, como si el nombre fuera irrelevante—. Estaba clarísimo que a ella le gustaba mucho. ¿Por qué no la llama? Estoy segura de que estaría encantada de casarse con usted.

—No funcionaría —respondí, manteniendo el tono neutro mientras mis dedos tamborileaban suavemente sobre el escritorio—. Evelyn querría algo más que un matrimonio por conveniencia, y necesito algo práctico.

Charlotte alzó una ceja con una mirada llena de escepticismo.

—¿Práctico? ¿Y casarse conmigo lo es?

—Sí. Porque sé que me detesta.

Charlotte se quedó helada, parpadeando como si hubiera oído mal.

—¿Qué?

—No pasa nada, Bennett. No me lo tomo como algo personal. —Me encogí de hombros, apoyando los codos sobre el escritorio—. De hecho, eso lo hace más fácil.

Tragó saliva con fuerza y negó con la cabeza, en un gesto rápido y desesperado.

—Pero eso no es cierto, yo no lo detesto —tartamudeó, con la voz quebrándose en las últimas palabras.

—¿Ah, no? —interrumpí, alzando una ceja—. Entonces, ¿cómo explicamos lo que pasó el otro día en la sala de café? Le escuché perfectamente llamarme «ogro» delante de Carol de Recursos Humanos.

—¡Eso no es cierto! —protestó, elevando la voz. Estaba roja como un tomate. Era obvio que la había pillado.

—Bennett, no pasa nada. Puede detestarme. Estoy bastante seguro de que es el sentimiento general en esta oficina. Y, precisamente por eso, usted es perfecta. Sé que no confundirá las cosas. No tiene ningún interés en mí más allá de lo profesional. Y viceversa. Eso hace todo mucho más fácil.

Ella se quedó mirándome como si acabara de anunciar que íbamos a invadir Marte.

—¿Y cómo funcionaría casarme con usted, señor Whitmore? —preguntó con la voz teñida de escepticismo.

Me encogí de hombros.

—Solo sería un matrimonio en el papel. Ni más ni menos. Usted podría seguir con su vida, y yo con la mía. Y ambos conseguiríamos lo que necesitamos.

—¿Lo que necesitamos? Será lo que usted necesita. Yo no necesito nada.

—¿Seguro? —pregunté. Siempre tenía un as escondido con el que ganar mis partidas, aunque usar esa información me hiciera quedar como un capullo insensible—. Conozco su situación. Sé lo de su madre.

Su rostro se tensó.

—No meta a mi madre en esto.

Pero no me detuve.

—Imagine cómo sería tener los recursos para que su madre recibiera los mejores cuidados, sin preocuparse por el dinero ni las facturas.

—Le he dicho que no la meta en esto. —Su voz subió, y sus manos se cerraron en puños contra su regazo, pero no me detuve.

—Y su hermano —continué, impasible—. Podría ir a cualquier universidad que quisiera, sin cargar con esa responsabilidad. Un futuro brillante estaría al alcance de sus manos.

Charlotte me miró como si quisiera atravesarme con la mirada, pero su silencio me dijo que estaba escuchando.

—Y usted, Bennett, podría respirar. Por primera vez en años, podría hacerlo sin sentir que el peso del mundo está sobre sus hombros.

Se mantuvo en silencio, mirándome fijamente. Sabía que mis palabras estaban calando. Entonces añadí, inclinándome ligeramente hacia ella:

—Además, cuando este acuerdo termine, le proporcionaré una suma importante de dinero. Podrá dejar de ser mi secretaria si eso es lo que quiere. Ese dinero será suficiente para invertir en lo que desee, para abrir su propio negocio o para construir lo que siempre ha soñado. Usted es demasiado competente, Bennett, para ser la asistente de nadie.

Sus ojos azules se clavaron en los míos, y por un instante, me sentí atrapada bajo el peso de su mirada.

—Tiene potencial para dirigir, para ser dueña de su propio destino. Este acuerdo no solo es una solución para mi problema, también puede ser el primer paso para que usted consiga todo lo que se merece.

Ella cerró los ojos un momento, como si estuviera conteniendo la avalancha de emociones que amenazaba con desbordarse. Luego, desvió la mirada hacia la puerta, en un gesto que decía claramente que quería marcharse.

—Piénselo, señorita Bennett. No tiene que decidir ahora mismo, pero no tenemos todo el tiempo del mundo.

—Eso haré. Lo pensaré.

Se levantó y salió del despacho con pasos firmes, pero no apresurados. Sabía que estaba dándole vueltas a cada una de mis palabras, sopesando las posibilidades y las consecuencias.

Mientras la veía marchar sentí algo parecido a la esperanza.

4

Charlotte

Cuando abrí la puerta del apartamento, el familiar caos de siempre me recibió como un golpe cálido después de un día helado.

El piso que compartía con mi mejor amiga, Emma, era pequeño, pero acogedor.

Su caos convivía constantemente con mi necesidad de control, creando una especie de tregua incómoda entre su desorden despreocupado y mis intentos constantes de mantener todo en su sitio.

Las revistas de diseño gráfico —su trabajo como diseñadora freelance siempre la mantenía rodeada de bocetos y páginas a medio terminar— se apilaban de forma caótica sobre la mesa del salón. Los cojines del sofá estaban siempre fuera de lugar, y las zapatillas de Emma parecían tener el don de aparecer en cualquier rincón menos en la zapatera.

A pesar de todo, el apartamento tenía algo que lo hacía sentir como un verdadero hogar.

Suspiré y dejé mi bolso en el mueble del recibidor, deslizándome hacia la cocina. Allí estaba Emma, sentada en la encimera como siempre, con las piernas cruzadas y su portátil apoyado en el regazo. Seguro que estaba revisando algún proyecto nuevo o, más probablemente, perdiendo el tiempo en redes sociales.

Su cabello rubio oscuro caía en ondas desordenadas alrededor de su rostro, y una camiseta ancha con el logo de una banda de los noventa hacía que pareciera salida de un anuncio de vida bohemia y despreocupada.

—¡Charlie! —exclamó con esa energía infinita suya, cerrando el portátil y dejándolo a un lado—. ¿Cómo ha ido el día? ¿El ogro te ha gruñido mucho o te ha dado un respiro?

Emma siempre me llamaba «Charlie». Según ella, «Charlotte» era demasiado formal. Nos conocimos en la universidad, cuando compartíamos habitación en la residencia de estudiantes, y desde entonces ella había sido la antítesis de todo lo que yo representaba: impulsiva, desordenada y sin miedo a decir lo primero que se le pasaba por la cabeza. Compartir habitación con ella fue un desafío… y un alivio. Con el tiempo, aprendimos a equilibrarnos mutuamente, y el pequeño apartamento que ahora compartíamos se había convertido en nuestro refugio.

—Ha sido un día… intenso. —Me dejé caer en una silla, apoyando los codos en la mesa.

—Eso suena a que tienes chismeeeee —dijo, alargando la «e» con una sonrisa traviesa.

—No lo llamaría chisme. —Me froté la frente con una mano, todavía intentando procesar lo que había pasado en el despacho de Nate.

—Pues yo sí. —Saltó de la encimera con la gracia de alguien que no se toma en serio nada en la vida, excepto cuando quiere cotillear. Cogió una taza de café de ayer, la vació en el fregadero y empezó a preparar otra, como si supiera que esta conversación iba para largo. Acabó sentándose en una silla a mi lado—. A ver, suéltalo, Charlie. ¿Qué ha pasado?

La miré, aún indecisa sobre si contarle todo o resumirlo en algo menos surrealista. Pero ¿cómo resumir que tu jefe te ha pedido matrimonio?

Imposible, así que fui al grano:

—Nate me pidió que me case con él.

La cuchara que Emma estaba usando para remover el café se detuvo en el aire. Me miró, parpadeando lentamente, como si le hubiera dicho que me había unido a una secta.

—¿Qué?

—Me pidió que me case con él —repetí, sintiendo cómo la incredulidad de su mirada empezaba a calar en mí.

—Creo que necesito contexto. ¿Por qué el ogro querría casarse contigo? Hasta donde yo sé, te considera su esclava.

Antes de que pudiera responder, levantó una mano, dramatizando.

—Espera, espera, no me digas que le va todo eso del sado. ¿Quiere que seas su sumisa? ¿A lo Christian Grey? —Se llevó un dedo al mentón, fingiendo contemplar la idea, y de pronto puso una voz exagerada—. Oh, sí, señor Whitmore, dame más órdenes. ¡Oh, no! Me he portado mal, castígueme con un informe de veinte páginas.

No pude evitarlo. Me llevé las manos a la cara, tratando de ocultar una mezcla de risa y vergüenza.

—¡Emma, por favor! No se trata de nada de eso.

Ella me miró con una ceja alzada, como si estuviera esperando que le diera algún tipo de pista jugosa.

—Vale, entonces explícame. Porque, ahora mismo, lo único que imagino es a Nate en cuero, con un látigo en la mano.

Le expliqué por encima lo de la cláusula en el testamento de su padre. Que Nate necesitaba casarse antes de cumplir 35 años para no perder Whitmore Tech, y que, de alguna manera, había decidido que yo era la persona perfecta para asumir el papel de esposa.

A medida que hablaba, el rostro de Emma pasó de la burla al asombro, y de ahí a una mezcla de confusión y diversión.

Cuando terminé, se quedó mirándome en silencio, con sus ojos verdes clavados en los míos.

—Entonces, ¿te ha propuesto pagar los gastos de tu madre y la universidad de Ethan a cambio de una boda que solo existiría en un papel?

Asentí, sintiendo cómo el peso de la situación volvía a caer sobre mis hombros.

—¿No es una locura?

—Sí, pero una locura muy lucrativa. —Emma levantó una mano antes de que pudiera protestar—. No, espera, escucha, piénsalo bien. ¿Cuántas veces te he oído decir que no sabes cómo vas a seguir pagando los tratamientos de tu madre? ¿Y lo de Ethan? ¡Ese crío es brillante, Charlie, pero la universidad cuesta un ojo de la cara!

Me mordí el labio, incapaz de negar nada de lo que decía.

—Lo sé, pero no es tan simple.

—¿Qué no es simple? —Emma puso los ojos en blanco, como si la respuesta fuera evidente —. Es un tipo con dinero que quiere casarse contigo para que él consiga lo que necesita y tú consigas lo que necesitas. ¡Cero sentimientos! ¿Sabes lo fácil que sería la vida si todos los problemas se resolvieran así?

—Es mi jefe, Emma.

—Oh, por favor. —Hizo un gesto amplio con las manos, como si eso no fuera más que un detalle menor—. ¿Y qué? Cuando todo termine, podrás encontrar otro trabajo o montar la Bakery que siempre has soñado con el dinero del acuerdo.

Las palabras se me quedaron grabadas, como si alguien hubiera encendido una luz en una habitación que llevaba años cerrada.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que pensé seriamente en eso? ¿Desde que me permití

siquiera soñar con ello?

De niña, solía sentarme en la encimera de la cocina de mi madre, viendo cómo amasaba y decoraba pasteles. Los sábados por la mañana eran nuestros momentos favoritos: ella sacaba los ingredientes, y yo ayudaba de la única forma en que un niño podía ayudar, es decir, causando caos y comiéndome la mitad de la masa antes de que llegara al horno. Pero mamá siempre reía, dejándome decorar galletas con glaseado torpemente aplicado, y a veces incluso me dejaba improvisar con sabores.

A medida que crecí, ese amor por hornear nunca desapareció. En la universidad, mientras otros se desestresaban en fiestas, yo hacía magdalenas para mis amigos. Durante los días más duros, hornear siempre fue mi escape. La sensación de la harina entre mis dedos, el aroma de la vainilla y la mantequilla derritiéndose en el horno… era como si el mundo se calmara por un rato.

Pero luego llegaron las responsabilidades. Trabajar para Nate significaba jornadas interminables, una agenda siempre llena y una presión constante. Poco a poco, ese sueño de una pequeña pastelería, con vitrinas llenas de tartas, galletas y magdalenas decoradas, se fue desvaneciendo en un rincón de mi mente.

¿Y si aquel acuerdo estúpido me permitía cumplir mi sueño?

Me mordí el labio, dejando que el pensamiento se asentara. La verdad era que Emma tenía razón. El acuerdo, por extraño y complicado que fuera, podía darme esa oportunidad. Si todo salía bien, podría ser mi punto de partida.

Imaginé una pequeña tienda en un rincón acogedor de Nueva York, con ventanas grandes y luz natural. Mesas de madera, plantas colgantes y una pizarra en la entrada anunciando los especiales del día. Y detrás del mostrador, yo, rodeada de pasteles y café recién hecho, haciendo lo que realmente amaba.

El pensamiento me llenó de calidez, pero también de un extraño nerviosismo. Porque, aunque siempre había sido mi sueño, ¿no era demasiado arriesgado intentar cumplirlo de esa forma? ¡Estábamos hablando de casarme con Nate!

—¿Tú lo harías? —pregunté a Emma, con los nervios flotando en mi estómago.

—¿Casarme con un multimillonario atractivo que me está ofreciendo un trato que podría arreglar mi vida? —Hizo una pausa, como si lo estuviera considerando de verdad, y luego sonrió —. Obviamente, sí. Pero la diferencia es que yo le pediría un ático de la Quinta Avenida a cambio.

Se me escapó una carcajada.

—Eres imposible.

—Y tú necesitas pensar menos y vivir más. —Emma se inclinó hacia adelante y me dio un toque en la frente con el dedo.

—Tengo que pensarlo bien —murmuré, más para mí misma que para ella, mientras me cruzaba de brazos y dejaba caer la cabeza hacia atrás, mirando al techo.

—Eso es lo mínimo que puedes hacer. —Emma se levantó de la silla y fue directa hacia el cajón donde guardábamos los menús de los restaurantes de comida para llevar—. Pero no hace falta que lo hagas con el estómago vacío. Podemos pedir chino, y de paso… —Me lanzó una sonrisa traviesa mientras agitaba un folleto en la mano—. Ver *El diablo viste de Prada* por enésima vez. Porque si alguien sabe manejar jefes imposibles, es Anne Hathaway.

—No sé si esa película me hará sentir mejor o peor, pero me apunto.

—Ese es el espíritu. —Emma me guiñó un ojo mientras cogía su móvil para llamar al restaurante.

Mientras ella hablaba con el restaurante, mi mente seguía atrapada en la misma pregunta: ¿y si esta locura era la única manera de arreglarlo todo?

5

Nate

Rachel se metió la polla dentro de su boca, lenta y profundamente, arrancándome un gruñido de puro placer. Mis dedos se enredaron en su cabello, controlando apenas el instinto de empujarla más.

Su lengua se movía con una habilidad que me hizo perder la noción del tiempo. Sus ojos me miraban desde abajo, cargados de intención, intensificando el deseo que ardía dentro de mí.

—Rachel... —gruñí, incapaz de controlar el temblor en mi voz.

Ella sonrió, sin detenerse, llevándome al borde de la locura.

Rachel era uno de mis líos informales, una de esas mujeres a las que llamaba cuando necesitaba desahogarme después de un día duro de trabajo. Aquel día necesitaba desahogarme bien, y ella, como siempre, parecía encantada de ser parte del proceso.

Estaba de rodillas frente a mí. Su cabello oscuro caía en suaves ondas sobre sus hombros mientras sus manos recorrían mis muslos con una familiaridad que no requería permiso.

Era experta en esto, en leer lo que necesitaba sin que tuviera que decirlo.

—Relájate —murmuró.

Sus labios se curvaron en una sonrisa provocativa antes de inclinarse para continuar con su misión, una que no tenía intención de abandonar hasta haberme llevado al límite.

Volvió a metérsela hasta el fondo, y en ese momento todo lo demás dejó de existir. Todas las preocupaciones, las decisiones que pesaban sobre mí como una losa, se desvanecieron.

Solo quedaba el placer, crudo y absoluto. El placer era lo único que necesitaba para sentirme libre. Siempre había sido así.

Mi padre siempre decía que era un escapista, que usaba el sexo y el alcohol como una forma de evitar enfrentarme a la realidad. Y tal vez, en su momento, tenía razón.

Durante años, me aferré a esos excesos como un náufrago se aferra a un pedazo de madera en el océano. Me permitían desconectar, silenciar el ruido constante en mi cabeza y, por unas

horas, olvidar la presión de ser un Whitmore.

Pero esos días quedaron atrás. El alcohol dejó de ser una solución hace años, y la vida desenfrenada ya no me atraía. Había aprendido que no podía construir nada sólido sobre un terreno tan inestable. Aun así, había algo que nunca dejé por completo: el sexo.

Para mí, el sexo seguía siendo una válvula de escape, una forma de desconectar cuando el estrés era demasiado y el mundo amenazaba con aplastarme.

No era algo de lo que me enorgulleciera, pero tampoco lo lamentaba. No buscaba emociones profundas, ni conexiones reales. Solo un instante en el que pudiera apagar mi mente y sentir algo que no estuviera teñido de control y obligaciones.

—¿Sigues conmigo? —preguntó Rachel. Su voz me arrastró de vuelta al presente.

Asentí, atrapando su mirada y forzando una sonrisa. Porque si había algo que también había aprendido, era que ese tipo de reflexiones no tenían cabida en momentos como este.

Tomé su mano y la hice levantarse.

Sin darle tiempo a reaccionar, la tumbé sobre la cama de un empujón suave pero decidido. Su risa baja llenó la habitación, cargada de anticipación. Mientras ella se acomodaba, mis manos buscaron un condón en la mesilla.

Me tumbé sobre ella y mis caderas encajaron entre las suyas mientras mis labios se deslizaban por su cuello. Rachel arqueó la espalda y la penetré con una estocada profunda.

Era fácil dejarse llevar con ella. Mientras la follaba con dureza, un pensamiento fugaz cruzó mi mente: ¿y si le proponía ser mi esposa?

No la amaba, claro. Ni siquiera me gustaba lo suficiente como para imaginar algo con ella fuera del sexo ocasional. Pero Rachel era complaciente, predecible. El tipo de mujer que no haría preguntas, que aceptaría cualquier trato con una sonrisa si las condiciones le convenían.

No como Charlotte.

El nombre de mi secretaria apareció en mi mente como un golpe frío. Por unos instantes, me la imaginé en la misma situación que Rachel ahora: bajo mi merced, arqueándose con cada embestida, con esa fachada impenetrable completamente destrozada. Curiosamente, la idea no me desagradó en absoluto.

Pensé en lo mucho que me gustaría ver cómo la maniática del control perdía el mando por completo. Me pregunté cómo sonaría cuando no pudiera contenerse, cuando su voz rompiera el

silencio con algo más que comentarios profesionales.

El pensamiento me golpeó más fuerte de lo que esperaba, dejando un rastro de calor inesperado que me sacudió desde dentro.

Rachel gimió, devolviéndome al presente, y su cuerpo se movió debajo del mío con devoción. Cerré los ojos, sacando a Charlotte de mi mente a la fuerza. Ella no era alguien con quien me pudiera permitirme fantasear. No en ese sentido.

Le había propuesto un matrimonio por contrato, no meterse en mi cama.

Y eso era lo que tenía que conseguir: mantenerlo estrictamente profesional. Un contrato, sin emociones ni complicaciones.

Charlotte era la única persona en la que confiaba para algo tan importante, y lo último que necesitaba era enredar esa confianza con pensamientos que no tenían cabida.

Rachel gimió de nuevo, clavando sus uñas en mi espalda. Traté de concentrarme en el presente, en el ritmo constante de nuestros cuerpos, pero la distracción seguía ahí, acechando.

Rachel murmuró mi nombre, arrastrándome de nuevo al momento, y yo respondí follándola aún más fuerte, ahogando todo lo demás en el único escape que me quedaba.

Porque mientras estuviera aquí, no tendría que enfrentarme al hecho de que Charlotte ya había comenzado a invadir mis pensamientos más oscuros.

6

Charlotte

Dos días después, seguía sin tomar una decisión. Intenté concentrarme en mi trabajo. Fingir que todo seguía como siempre. Pero cada vez que Nate pasaba junto a mi escritorio o veía su nombre en un correo, el peso de su propuesta volvía a aplastarme.

Por eso, cuando Nate me dijo que fuera a su despacho para tratar un tema importante, no pude evitar un escalofrío. Tenía la intuición de que lo que ese tema importante nada tendría que ver con el trabajo.

Me levanté, alisando la falda con las manos, y entré en su despacho.

Nate estaba detrás de su escritorio de cristal, revisando unos documentos. Levantó la vista cuando cerré la puerta. Sus ojos verdes se fijaron en los míos con intensidad.

—Siéntese. —Señaló la silla frente a su escritorio.

Lo hice. Antes de que pudiera preguntarle qué quería, sacó una carpeta gruesa de su escritorio y la colocó frente a mí. La abrí con cautela. Me encontré con un montón de folletos. Reconocí los nombres de varias instituciones médicas importantes. Todas ellas estaban especializadas en enfermedades degenerativas. Había información sobre tratamientos, fisioterapia, programas de rehabilitación y cuidados a domicilio.

—¿Qué es esto?

—Opciones. Si acepta mi propuesta, su madre podría acceder a todo esto. Los mejores especialistas y tratamientos. Podría hacer que gane en calidad de vida.

Pasé las páginas lentamente. Me fijé en las imágenes de instalaciones modernas, equipos de última generación y testimonios de familias agradecidas. Mi garganta se cerró al pensar en mi madre recibiendo ese tipo de atención. Eso podría hacer su vida más fácil… y la mía también.

—Eso no es todo. —Nate se levantó y caminó hasta una estantería, de donde sacó otro folleto. Lo dejó sobre la mesa frente a mí y volvió a sentarse—. Hablé con Harvard.

Mis ojos se abrieron de golpe.

—¿Harvard?

—Estudié allí —dijo con una calma que bordeaba lo arrogante—. Conozco cómo funciona el sistema de admisiones de Harvard. Ethan tiene buenas notas, y si yo lo recomiendo, su candidatura será difícil de rechazar. Mi nombre tiene peso allí.

Miré el folleto, incapaz de apartar los ojos del escudo de Harvard impreso en la portada.

Mi hermano no solo era brillante, sino que soñaba con una educación que yo no podía darle. Y ahora, de repente, esa puerta estaba abierta de par en par.

—Esto es mucho más de lo que esperaba…

—No hago las cosas a medias, Bennett. Quiero que tome una decisión teniendo en cuenta todo lo que puedo ofrecerle. —Levanté la vista hacia él, todavía con el folleto entre las manos. Sus ojos verdes estaban fijos en mí, ligeramente oscurecidos. Profundos.

El silencio se hizo pesado, cargado de una tensión eléctrica que no podía ignorar. ¿Por qué ese «todo lo que puedo ofrecerle» sonaba como si no se refiriera solo al acuerdo?

Tragué saliva y rompí el contacto visual para disipar el hechizo.

¿Qué acababa de pasar?

Le dije que necesitaba tiempo para pensarlo y salí de la habitación antes de que mi voz pudiera traicionarme. Cerré la puerta tras de mí y me quedé un instante allí, apoyada contra la madera, tratando de calmar el caos que se había desatado en mi pecho.

La carpeta con los folletos seguía en mis manos, pero no era lo que ocupaba mi mente. No, lo que seguía latiendo en mi cabeza como un eco constante eran sus palabras: «todo lo que puedo ofrecerle».

***

Esa tarde, el apartamento estaba inusualmente silencioso. Emma había salido, probablemente para trabajar en algún proyecto de última hora o socializar en algún bar de Brooklyn. Eso me dejaba sola, con una mente que no dejaba de ir en círculos.

Los folletos que Nate me había dado estaban desparramados frente a mí. Los había leído tantas veces que podía recitar de memoria las promesas que contenían: programas de tratamiento personalizados para mi madre, testimonios de personas que habían recuperado su calidad de vida gracias a esos centros, opciones que nunca había imaginado que podríamos permitirnos.

Junto a ellos, los papeles de Harvard parecían gritarme en silencio. La posibilidad de un futuro brillante para Ethan estaba a solo un paso. Esa oportunidad que siempre había querido darle y que, hasta ahora, había parecido tan lejana como una estrella.

Suspiré, dejando que mi mirada se perdiera en el contenido de la carpeta. Por primera vez, todo lo que siempre había parecido imposible estaba al alcance de la mano.

Y luego estaba *lo otro*.

Mi Bakery.

Había sido mi sueño desde que tenía uso de razón, y cuando decidí estudiar Empresariales, lo hice con un objetivo claro: aprender todo lo necesario para abrir mi propio negocio. Durante la carrera, diseñé un plan completo para una pequeña Bakery que llamé Sweet Beginnings, un lugar donde los pasteles no solo fueran deliciosos, sino también significativos, un punto de partida para algo nuevo y hermoso.

Cuando terminé la universidad, sabía que el dinero sería un obstáculo, pero estaba dispuesta a trabajar duro para conseguirlo. Comencé a ahorrar, cada pequeño trabajo freelance sumaba una moneda más para mi sueño. Pero entonces mamá se enfermó.

El diagnóstico cambió todo. El dinero que había empezado a juntar se desvaneció en facturas médicas, y con cada día que pasaba, me convencí de que mi sueño podía esperar. Necesitaba estabilidad, un ingreso constante que mantuviera a mi familia a flote. Fue entonces cuando decidí hacer un curso de secretariado, una opción práctica, rápida y segura.

Sabía que combinar Empresariales con el curso de secretariado sería suficiente para encontrar un buen trabajo. Y no me equivoqué. En cuanto terminé, las ofertas no tardaron en llegar. Pero ninguna fue tan tentadora como la de Whitmore Tech. Una empresa gigante, con un nombre que significaba algo en el mundo.

Acepté sin pensarlo demasiado, convencida de que era la mejor opción para mantener a mi familia. Trabajar para Nate Whitmore resultó ser un desafío más grande de lo que esperaba, pero el sueldo y los beneficios me permitían seguir adelante.

Y ahora, todo daba un giro inesperado. Este acuerdo no solo significaba estabilidad para mi madre y un futuro para Ethan; también era una oportunidad para recuperar Sweet Beginnings. Si aceptaba, en un año, cuando todo terminase, tendría los recursos para hacer realidad el sueño que había enterrado años atrás. Y, podría, por fin, dejar de sufrir a Nate y sus exigencias a diario. ¿Qué más podía desear?

Ese pensamiento me hizo apretar los dedos contra el borde de la carpeta. Era demasiado tentador. Nate había dicho que no hacía las cosas a medias, y viendo lo que me ofrecía, no podía negarlo. Todo estaba ahí, claro como el agua.

Un año. Doce meses para cambiarlo todo.

Respiré hondo, sentándome más erguida mientras tomaba el móvil. Por un segundo, mis dedos dudaron sobre el teclado, pero finalmente escribí:

CHARLOTTE

Está bien, señor Whitmore. Acepto casarme con usted.

Presioné «enviar» antes de poder arrepentirme.

Esto era solo el comienzo. Un salto al vacío, sin saber realmente dónde iba a aterrizar.

Y ya no había vuelta atrás.

7

Nate

—No es suficiente con firmar los papeles de la boda, Nathaniel —dijo Jonathan, mi abogado, dejando sobre la mesa el documento que habíamos preparado Charlotte y yo esa misma mañana en mi despacho. Uno donde Charlotte y yo habíamos discutido las condiciones de nuestro matrimonio por conveniencia y plasmado cada detalle por escrito.

—¿Cómo que no es suficiente? —pregunté, con la voz más tensa de lo que pretendía.

—Resultaría demasiado conveniente que te casaras con tu secretaria justo ahora y de una forma tan fría. Si alguien sospecha y presenta una denuncia alegando que vuestro matrimonio es falso, podrías perderlo todo. Las acciones mayoritarias pasarían a manos de tu primo.

La rabia empezó a burbujear en mi interior.

—¿Por qué?

—Porque así lo específica la cláusula. En ella se establece que el matrimonio debe cumplir ciertos requisitos para ser válido.

Sentí el calor subiéndome por el cuello.

—¿Qué clase de requisitos?

—Debéis vivir juntos al menos un año y celebrar una boda que pueda considerarse real. Invitados, ceremonia, votos. Ya sabes, toda la parafernalia.

Me pasé una mano por el cabello, soltando una risa amarga que no hizo nada por aliviar la presión en mi pecho.

—Jodido viejo. Pensaste en todo, ¿verdad? —dije mirando al cielo, como si estuviera hablando directamente con él. Luego dirigí mi mirada frustrada a Jonathan—. ¿Y si nadie lo descubre?

—Siempre hay alguien mirando, Nate. Tu primo, por ejemplo. ¿Cree que se quedará de brazos cruzados? Buscará la forma de arrebatarte tu imperio. En cuanto sepa que vas a casarte con tu secretaria, sospechará que lo vuestro es un acuerdo y buscará la forma de desacreditar vuestro matrimonio.

Pensé en Edward, ese pretencioso inútil que siempre actuaba como si el mundo le debiera algo. Todos sabían que mis tíos habían tenido que comprarle su título universitario porque no era capaz de aprobar ni una sola asignatura. Yo, en cambio, había conseguido el mío a base de dedicación, superando cada obstáculo por mi cuenta.

No podía darle en bandeja la oportunidad de arrebatarme todo, solo para cumplir con el retorcido juego de control de mi padre.

Apreté los puños, sintiendo cómo la rabia me subía como un incendio voraz, quemando cualquier rastro de calma que me quedara. No iba a dejar que Edward ganara.

—Está bien, prepararé una maldita boda. ¿Algo más que deba saber?

—Sí. Si decides seguir adelante, asegúrate de que tanto tú como la señorita Bennet estéis preparados para las implicaciones.

—¿Qué implicaciones?

—Las apariencias. Si no parecéis un matrimonio real, despertaréis suspicacias. Debéis actuar como si estuvierais enamorados.

Me levanté bruscamente. El sonido de la silla al moverse resonó en la habitación.

—Perfecto. Justo lo que necesitaba.

Sin esperar respuesta, me dirigí hacia la salida y caminé hacia el ascensor. Con cada paso, la rabia que hervía dentro de mí aumentó. Mi padre había diseñado todo esto para dejarme sin opciones.

***

El club VIP era nuestro refugio desde que nos conocimos hace años en la universidad. James, Alex, Theo y yo éramos un grupo improbable, unidos por un equilibrio extraño pero efectivo: el inversor brillante, el cirujano perfeccionista, el abogado sarcástico y yo, el empresario decidido. Aunque nuestras vidas habían tomado caminos distintos, siempre hacíamos el esfuerzo de quedar aquí, en esta burbuja de lujo y privacidad, para compartir anécdotas, opiniones no solicitadas y algún que otro mal trago, literalmente y figuradamente.

Cuando llegué, los tres ya estaban sentados en nuestra mesa habitual, riéndose a carcajadas de algo que Alex decía. Con su cabello rubio oscuro perfectamente peinado hacia atrás y ese porte impecable de quien pasaba tanto tiempo en el gimnasio como en el quirófano, Alex

siempre tenía alguna historia que contar.

—Te lo juro, era tan obvio que se había puesto bótox en casa —comentó Alex, haciendo un gesto con la mano—. No entiendo cómo la gente no ve que un resultado profesional siempre es la mejor opción.

—¿Por eso cobras el triple que los demás? —preguntó Theo. Su cabello negro desordenado caía justo por encima de sus ojos oscuros. Era el más relajado del grupo, y tenía un encanto natural que encajaba perfectamente con su habilidad para encontrar siempre las palabras más mordaces, como buen abogado que era.

—Exactamente. Calidad, caballeros, siempre calidad.

James negó con la cabeza mientras dejaba su vaso sobre la mesa. Alto, y de hombros anchos, con una presencia tranquila que solía calmar cualquier tormenta, James era el que equilibraba al grupo. Como inversor de éxito, estaba acostumbrado a analizar riesgos y beneficios con frialdad. Siempre veía el panorama completo, y su voz pausada tenía una manera de cortar las discusiones más inútiles.

—No es calidad, Alex. Es marketing. Sabes vender el cuento como nadie.

Me acerqué, dejando mi chaqueta en el respaldo de la silla, y todos levantaron la vista hacia mí.

—Chicos, tengo que deciros algo —solté, interrumpiendo su conversación sin rodeos.

—Eso suena grave. —James arqueó una ceja.

Me senté, dejando que el silencio pesado hiciera su trabajo. Luego, solté la bomba:

—Voy a casarme.

Alex soltó una risa tan exagerada que varias cabezas se giraron en nuestra dirección.

—¿Qué? ¿Nate Whitmore, el hombre que ni siquiera cree en citas largas, va a casarse?

Theo se recostó en su silla, girando su copa lentamente como si estuviera procesando la información, y sus ojos brillaron con diversión.

—Vale, tienes toda nuestra atención. ¿Quién es la afortunada?

—Charlotte Bennett.

Los tres parpadearon, y el silencio fue tan intenso que casi se podía oír el hielo derritiéndose en los vasos.

—¿Tu asistente? —preguntó Theo boquiabierto.

—La de los ojos azules —añadió Alex, con una sonrisa que no me gustó—. Siempre me ha parecido interesante. Seria, pero… ya sabes, en el buen sentido.

—Está buenísima. Siempre he pensado que si trabajara para mí, me pasaría el día empalmado. —Theo se rio entre dientes, con esa actitud arrogante que siempre lograba sacarme de quicio—. Debe tener un buen polvo si vas a casarte con ella.

Mi mandíbula se tensó de inmediato, aunque intenté disimularlo.

—No va de eso la cosa. Será un contrato de conveniencia.

—Creo que necesitamos más información, Nate. —James alzó una ceja, expectante.

Solté un suspiro y empecé a hablar. Les expliqué lo del testamento de mi padre: la maldita cláusula que me obligaba a casarme antes de cumplir 35 años si quería mantener el control de Whitmore Tech. Les hablé de Edward, de lo que significaría para la empresa que ese imbécil pusiera las manos en ella, y de cómo había llegado a la conclusión de que Charlotte era la candidata perfecta.

—¿Por qué ella? —preguntó Alex, con un brillo curioso en los ojos.

—Porque la conozco. Es leal, discreta y, además, no me soporta —respondí con una media sonrisa—. Eso último la convierte en la candidata perfecta. Hay cero posibilidades de que las cosas entre nosotros se compliquen.

—Pero, por lo que dices vas a tener que convivir con ella, ¿no? —Theo me miró con una sonrisa burlona—. Si yo tuviera que hacerlo, acabaría empotrándola contra una pared y follándomela a la primera de cambio. No es el tipo de mujer que puedas simplemente ignorar.

—No es mi tipo —respondí, con frialdad.

—Ah, no, claro. —Alex se unió al ataque—. A ti te gustan tontas y sin personalidad, así puedes manipularlas a tu antojo.

—No es eso.

—Claro que lo es —insistió Theo, señalándome con su vaso—. Siempre eliges a mujeres de las que sabes que no vas a enamorarte. Es tu marca personal: el inaccesible emocional.

—Oye, ¿desde cuándo eres psicoanalista? —espeté, con un tono seco que no ocultaba del todo mi irritación.

Theo se encogió de hombros con fingida inocencia.

—No hace falta serlo para ver tus patrones, amigo. Todas tus relaciones tienen fecha de caducidad. ¿Por qué? Porque sabes elegir a las mujeres perfectas para que no te compliquen la vida.

—Venga ya —intervino James, con su tono práctico habitual, aunque había un destello de diversión en sus ojos—. Dejad a Nate en paz. Si dice que va a ser un matrimonio contractual, no somos quién para ponerlo en duda.

—Gracias —dije, señalando a James como si fuera mi aliado en esta guerra absurda.

James alzó su vaso en un gesto de aprobación.

—Ahora, dejemos de hablar de contratos matrimoniales y volvamos a lo importante: ¿alguien más ha notado cómo ha subido el precio del whisky aquí?

Alex rio, aprovechando la oportunidad para iniciar una charla sobre la «inflación del lujo».

Yo escuché, participando lo justo, mientras mi mente trabajaba a toda velocidad en los próximos pasos.

No había margen para errores.

¿Lo peor? Sabía que a Charlotte no iban a gustarle nada los cambios que tendríamos que incorporar a nuestro acuerdo.

8

Charlotte

El edificio resplandecía bajo el sol de Manhattan. Se trataba de un coloso de lujo que destacaba entre los demás como si quisiera gritar «solo para la élite».

Desde la acera, fruncí el ceño, preguntándome qué demonios hacía yo allí. Nate me había citado en esa dirección sin darme más detalles.

El portero, impecablemente vestido con un traje que probablemente costaba más que mi sueldo mensual, me miró como si estuviera perdida.

—¿Es usted la señorita Bennet? —preguntó, abriendo la puerta con una sonrisa servicial.

—Sí, gracias.

Entré en el vestíbulo de mármol reluciente y seguí las indicaciones hasta un ascensor.

Cuando las puertas se abrieron en la tercera planta, me encontré frente a un pasillo decorado con alfombras gruesas y lámparas de diseño.

Caminé hasta la única puerta accesible y me asomé al interior.

El espacio era impresionante: techos altos, enormes ventanales que ofrecían vistas panorámicas de Manhattan, y una decoración minimalista que parecía de lujo sin ser recargada.

Nate estaba en la impresionante cocina, apoyado contra la isla, con un vaso en la mano. Sus ojos se clavaron en mí, analíticos, al verme llegar.

—Bienvenida, señorita Bennett —dijo, como si encontrarnos allí fuera lo más normal del mundo.

Me crucé de brazos, frunciendo el ceño.

—Señor Witmore, ¿por qué me ha pedido que venga aquí?

Nate dejó el vaso de agua que sostenía sobre la encimera y se enderezó.

—Porque este será nuestro hogar durante el próximo año.

Sentí como si me acabaran de tirar un cubo de agua fría.

—¿Esto es una broma? Porque si lo es, no tiene la menor gracia.

Él negó con la cabeza, completamente impasible, como si no acabara de decir algo completamente absurdo.

—Hace unos días hablé con mi abogado, y me dijo que en la cláusula que escribió mi padre había un apartado donde especificaba que debía convivir con mi esposa mínimo un año.

—¿Qué? —Me llevé una mano al pecho, sintiendo cómo la indignación subía como un torrente—. Eso no fue lo que pactamos. Usted dijo que sería una boda solo sobre el papel. Que podríamos seguir con nuestra vida.

Nate dejó escapar un suspiro, como si esto también le estuviera costando, aunque, francamente, no parecía tan afectado como yo.

—Créame, yo soy el primer interesado en que así sea. ¿Acaso cree que me gusta la idea de vivir con alguien? Por eso elegí este lugar. —Abrió los brazos para abarcar el espacio—. Es un dúplex. Usted puede quedarse el piso de arriba, y yo el de abajo. Solo habría una zona común: la cocina. Y créame, no pienso usarla mucho. Odio cocinar. El piso de arriba tiene su propia sala de estar.

Miré a mi alrededor, grabando cada detalle del lugar en mi mente. La luz natural que se derramaba por los ventanales gigantes, la elegancia de los muebles minimalistas, el espacio abierto que parecía gritar exclusividad… No podía negarlo. Ese lugar era impresionante. Probablemente nunca tendría otra oportunidad de vivir en un sitio así.

Pero antes de que pudiera asimilar esa idea, me atacó con otra, aún peor:

—Además, tendremos que celebrar una boda pública.

Di un respingo.

—¿Perdón?

—Esa es otro de los requisitos que dejó por escrito mi padre. Ya ve, era un gran hijo de puta.

Que llamara así a su padre me pareció una gran falta de respeto, pero, mierda, ¿qué padre dejaba algo así en su testamento antes de morir?

—Oh, Dios mío. —Me tapé la boca, consciente de lo que significaba una boda real con

invitados.

—No tiene por qué ser nada excesivo. Mi familia, algunos socios importantes… —Se detuvo un momento, frunciendo el ceño como si estuviera considerando algo—. Supongo que también puede invitar a su madre y su hermano.

Mis brazos se tensaron contra mi pecho mientras daba un paso hacia él.

—¿Supone? Yo no quería contarles nada de esto. Iba a ser algo… privado. —Empecé a negar con la cabeza, presa del pánico—. Rompamos el acuerdo.

—Señorita Bennet…

—No, no quiero seguir. Una cosa era aceptar firmar un papel para ayudarlo, pero de ahí a engañar a mi madre y a mi hermano, ponerme un vestido de novia y fingir estar enamorada de usted frente a todo el mundo… eso es demasiado.

—Señorita Bennet… —insistió, pero yo seguí con mi diatriba, fuera de control.

—Por favor, hagamos como si nunca me hubiera propuesto algo tan absurdo. Sigamos como antes y…

—Charlotte. —Su voz diciendo mi nombre hizo clic en mi cerebro.

Me callé y lo miré. Era la primera vez que usaba mi nombre de pila y no mi apellido para dirigirse a mí.

—Charlotte —repitió, y mi corazón se desbocó. ¿Por qué sonaba tan jodidamente bien mi nombre en su boca?— Sé que esto no es lo que hablamos, pero si usted rechaza este acuerdo, no habrá un antes al que volver. Si no me caso en menos de tres meses, mi primo Edward pasará a dirigir este lugar, y Whitmore Tech, tal como lo conoce, dejará de existir. ¿Cree que mantendrá su puesto cuando así sea? Probablemente despida a todo aquel que estaba bajo mi mando.

Sus palabras cayeron sobre mí como una carga insoportable.

—Eso es una amenaza —murmuré.

—Es una realidad. Ya sabe cómo es mi primo.

Oh, claro que lo sabía. Todo el mundo sabía cómo era Edward Whitmore. El príncipe destronado de la familia. El niño malcriado que había arruinado más oportunidades de las que cualquier persona razonable podría tener en una vida.

Recordé vagamente aquella startup que creó por capricho, y cómo, en cuestión de meses, había estado al borde de la quiebra por su absoluta incapacidad para mantener el control de las finanzas.

No había pensado en eso. En que si Nate perdía la dirección de la empresa, probablemente yo también perdería mi puesto como su secretaria, lo que, visto desde cualquier perspectiva, sería una ruina para mis finanzas.

—Lo entiendo —dije, más seca de lo que pretendía—. Pero no deja de ser absurdo.

—¿Qué esperaba? —respondió él, con un tono que rozaba lo condescendiente—. Esto es un acuerdo, no un cuento de hadas.

—Desde luego, porque usted no es precisamente un príncipe azul, señor Witmore.

—¿Qué insinúa?

Que si esto fuera un cuento de hadas, usted estaría más cerca de ser el ogro que el príncipe encantador. Pero no lo dije en voz alta, obvio.

—Nada. Solo le daba la razón.

—Ya… Bueno, antes de tomar una decisión, suba a ver su planta.

—¿Qué? —Lo miré, parpadeando.

Señaló las escaleras con un gesto elegante.

—La planta de arriba. Es toda suya. Vaya a verla.

Solté un suspiro, subí las escaleras, y me encontré con un espacio que me dejó sin palabras.

Era amplio, más grande de lo que había imaginado. La sala de estar tenía un sofá que parecía hecho para hundirse en él después de un día agotador, y el dormitorio era todo lujo: una cama enorme, un ventanal que ofrecía una vista impresionante de Manhattan, y un baño privado con una bañera que podría haber pertenecido a un spa de cinco estrellas.

Me dejé caer en el sofá, pasando la mano por la textura suave del tapizado, y exhalé un suspiro.

Echaré de menos a Emma, claro, pensé, mientras recorría el espacio con la mirada. Había algo incómodamente frío en la idea de vivir aquí sola, sin las conversaciones caóticas de mi mejor amiga para distraerme.

Pero… un año no era tanto tiempo, ¿verdad?

Bajé las escaleras con paso más lento, todavía procesando lo que acababa de ver. Nate estaba en el mismo lugar, con su típica expresión imperturbable, como si ya supiera cuál sería mi respuesta.

—Es espacioso —admití.

—Y es solo por un año —añadió, como si esa frase fuera una especie de mantra tranquilizador.

Miré la isla de cocina que parecía sacada directamente de una revista de diseño.

Era inmensa, con una superficie de mármol blanco que relucía bajo las luces empotradas del techo. Las gavetas, perfectamente alineadas, y los electrodomésticos de última generación gritaban lujo y funcionalidad en partes iguales.

Por un momento, me permití imaginarlo: yo, allí, horneando uno de esos pasteles que siempre me habían hecho sentir en casa. Podía ver las bandejas alineadas, llenas de galletas recién hechas, el aroma a vainilla y canela llenando el aire, la batidora funcionando mientras preparaba una nueva tanda de glaseado.

Siempre había querido tener un espacio como aquel. Un lugar diseñado no solo para cocinar, sino para crear.

Reconozco que aquel fue un punto a favor.

Cerré los ojos un instante, sabiendo que mi decisión ya estaba tomada.

9

Charlotte

Cuando abrí la puerta del apartamento, el sonido furioso de las teclas siendo golpeadas me recibió como una señal de alarma.

Emma estaba en el sofá, con el portátil apoyado en sus piernas y la cara de pocos amigos que conocía demasiado bien.

—¡Estoy harta! —exclamó, cerrando la tapa del portátil con más fuerza de la necesaria.

—Hola a ti también —dije, dejando las llaves en la mesa y quitándome los tacones.

—No puedo con esto, Charlie. Este tío me está agotando la vida.

Me dejé caer a su lado, apoyando los codos en las rodillas.

—¿El cliente de la clínica de cirugía estética?

—El mismísimo. —Se llevó las manos al cabello, revolviéndolo con frustración—. Llevo semanas intentando avanzar con su identidad visual y no hay manera. Rechaza absolutamente todo: los colores, las fuentes, las imágenes… ¡todo! Y lo peor es que no da ninguna explicación coherente.

—¿Qué te dice?

Emma levantó las manos, imitando un tono arrogante.

—«No refleja el nivel de exclusividad que quiero.» «No siento que el diseño capture mi visión.» «La tipografía no transmite la sofisticación que busco.»

—Vale, suena terrible.

—¡Es terrible! —bufó, dejándose caer contra el respaldo del sofá—. Pero no puedo mandarlo al carajo porque su clínica está asociada con uno de mis clientes más importantes. Si lo pierdo, me quedo sin ese contrato también.

Le di una palmada en la pierna.

—Seguro que encuentras la manera de lidiar con él. Eres buena en lo que haces.

—Sí, pero no soy terapeuta. Y te juro que este hombre necesita uno.

No pude evitar reírme, y Emma, a pesar de su enfado, dejó escapar una sonrisa.

—Lo que más rabia me da es que sé que mis diseños son buenos. Pero no, él tiene que venir con su tonito de superioridad a darme lecciones.

—Bueno, por lo que me cuentas, suena a que es un gilipollas. ¿Y quién puede razonar con un gilipollas? —Me encogí de hombros—. Igual necesitas tomar aire. Descansa del proyecto un par de días.

—Supongo que sí. —Emma suspiró profundamente, como si intentara calmarse, y luego me miró de reojo—. Vale, ya he descargado mi frustración. Ahora te toca a ti. ¿Qué tal tu día?

Me quedé en silencio por un momento, intentando decidir cómo empezar.

—Nate me enseñó el lugar donde vamos a vivir.

—¿Qué? —Emma se enderezó al instante—. ¿Cómo que el lugar donde vais a vivir?

Le conté lo que Nate me había dicho sobre la cláusula del testamento de su padre: que para que el matrimonio fuera válido, tendríamos que convivir durante un año y organizar una boda pública con invitados. También le describí el dúplex, con sus dos plantas separadas y la cocina compartida, como si eso fuera suficiente para mantener nuestra independencia.

Emma me escuchaba con la boca ligeramente abierta, asimilando cada palabra. Finalmente, soltó una risa incrédula.

—¿Un año? ¿Compartiendo cocina con tu ogro-jefe? Madre mía, Charlie. —Se llevó una mano a la frente, como si le costara procesarlo—. ¿Y la boda? ¿Cómo vais a hacer eso sin parecer que alguien te está apuntando con una pistola para dar el sí quiero?

—Eso me pregunto yo.

Emma suspiró, se levantó del sofá y fue hacia la cocina. La vi sacar una botella de vino barato de la despensa y dos copas de uno de los armarios. Cuando volvió con las copas llenas, me tendió una sin decir nada, dejándose caer a mi lado de nuevo.

—Entonces, ¿por dónde íbamos? —dijo, alzando su copa en mi dirección.

Sonreí débilmente antes de continuar con mi explicación.

—Por cómo voy a sobrevivir a esto sin perder la cabeza. —Me froté las manos, nerviosa—. No sé si seré capaz. Todo esto, fingir una boda, convivir con él, lidiar con su actitud… Es como intentar caminar por una cuerda floja con tacones.

Emma me dio un pequeño codazo, una sonrisa asomando en sus labios.

—A lo mejor descubres que tienes más equilibrio del que crees.

—¿Y si no lo tengo?

—Entonces aprenderás a caerte con estilo. —Su tono ligero arrancó una pequeña risa de mis labios.

—Siempre sabes qué decir, ¿verdad?

—Es un talento innato. —Alzó su copa nuevamente—. Ahora, vamos a brindar por tu valentía… o por tu locura, lo que prefieras.

Sonreí y tomé mi copa, sabiendo que, aunque mi vida estaba a punto de cambiar radicalmente, al menos no lo enfrentaría sola.

10

Charlotte

La respiración me temblaba mientras marcaba el número de mi madre. *Tranquila. Solo tienes que decírselo con seguridad.* Pero la seguridad era lo que más me faltaba en este momento.

Desde que Nate dejó en mis manos la organización de la boda, todo había sido un torbellino de listas interminables, llamadas de última hora y una wedding planner que parecía obsesionada con el tipo de flores que mejor reflejarían el «amor eterno». ¿Cómo podía una planta reflejar algo así cuando ni siquiera había amor de por medio?

Y ahora esto: anunciarle a mi madre que iba a casarme con mi jefe.

—¡Cariño! —respondió ella al tercer tono, con esa calidez que la caracterizaba. Se me formó un nudo en la garganta—. ¿Cómo estás?

—Bien, mamá, todo bien. Solo quería… hablar contigo de algo importante.

—¿Algo importante? —su tono cambió al instante, alerta como solo una madre podía estarlo—. ¿Ha pasado algo? ¿Es sobre tu trabajo? ¿Sobre tu jefe? ¿Ha vuelto a regañarte por olvidarte de poner una coma en un informe o por servirle el café demasiado caliente?

Mierda. ¿Cómo se suponía que debía decirle que me casaba con Nate después de soltarme eso?

Carraspeé, soltando una risita nerviosa.

—No, mamá, no es eso.

Aunque, honestamente, esas quejas en Nate eran tan reales como los muebles de diseño en su despacho.

Tomé aire. Mi corazón golpeaba con fuerza contra mi pecho. Nate había insistido en que la noticia saliera en la prensa pronto. Quería publicar una nota cuidadosamente redactada que haría que nuestro romance pareciera algo digno de una comedia romántica. Pero, primero, tenía que contárselo a mamá. Si lo leía en un periódico antes de que yo se lo dijera, sufriría un infarto.

Cogí aire, lo dejé ir despacio. Luego:

—Mamá, me voy a casar.

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea. Podía imaginarla en la cocina, con el teléfono en una mano y la otra parada en el aire, como si el mundo se hubiera congelado.

—¿Qué? ¿Casarte? Pero… si siempre dices que no tienes tiempo para conocer hombres.

—Y técnicamente sigo sin tener tiempo —respondí, intentando sonar casual—. Por eso me he fijado en uno que ya conocía. Ahorro de energía.

Un nuevo silencio atravesó el hilo telefónico, esta vez cargado de una mezcla de sorpresa y curiosidad.

—¿Es alguien que conoces desde hace tiempo? ¿Quién?

Tragué saliva, sabiendo que este era el momento de decirlo.

—Es… Nathaniel.

—¿Nathaniel? —repitió mi madre lentamente, como si estuviera intentando recordar quién era él. Entonces, su tono cambió de la confusión a la incredulidad total—. ¿¡Tu jefe!?

Hice una mueca, agradeciendo que no pudiera verme.

—Sí, mamá. Nate… mi jefe.

—¿El mismo Nate del que siempre te estás quejando? —preguntó, y podía imaginarla con una ceja alzada y cruzada de brazos.

—Bueno, las cosas cambiaron —mentí rápidamente, intentando sonar convincente—. Al principio, no nos entendíamos, pero… ya sabes cómo son estas cosas.

—No, no sé cómo son estas cosas, Charlotte. —Su tono de voz reflejaba el desconcierto —. ¿Un día pones una diana con su cara en la puerta para tirarle dardos y al día siguiente quieres casarte con él? No suena muy lógico.

¿Por qué le conté lo de la diana? Eso fue después de que Nate me hiciera quedarme hasta las once de la noche corrigiendo un informe que, en realidad, estaba perfectamente bien. *¿Y ahora voy a casarme con él?* Esto no podía sonar más absurdo si lo intentara.

Carraspeé, intentando recuperar el control de la conversación.

—Las cosas… evolucionaron.

—¿Cómo evolucionaron exactamente? ¿Él dejó de ser un tirano y de repente se convirtió en un príncipe encantador?

—Algo así.—Seguí mintiendo, sabiendo perfectamente que mi madre podía oler una excusa desde kilómetros de distancia.

Noté las dudas de mamá al otro lado del teléfono. El leve sonido de su respiración marcaba su escepticismo.

—No sé, hija, todo esto parece muy… precipitado.

—Lo entiendo, mamá. —Intenté sonar lo más convincente posible—. Pero créeme, no lo es. Hemos pasado mucho tiempo juntos, y me di cuenta de que… hay más en él de lo que parece.

Ella suspiró, como si estuviera intentando encontrarle sentido a todo esto.

—¿Y él te hace feliz? Porque, Charlotte, lo único que quiero es que estés con alguien que te haga feliz.

—Sí, mamá. —Tragué saliva, sabiendo que esa mentira dolía más que cualquier otra—. Me hace feliz.

La línea quedó en silencio por unos segundos antes de que hablara de nuevo.

—Entonces confío en ti, hija. Pero prométeme que lo traerás a casa pronto. Quiero conocerlo.

Casi se me escapa una carcajada ante esa petición. ¿Nate conociendo a mamá? No podía imaginarlo enfrentándose al caos hogareño de nuestra pequeña casa, con las fotos familiares colgando torcidas en las paredes y el olor a estofado que siempre parecía impregnarse en todo.

Nate Whitmore, el hombre que manejaba juntas multimillonarias como si fueran un simple trámite, sentado frente a mi madre mientras ella le servía un plato rebosante de guiso casero, intentando sacarle conversación. ¿Qué podría salir mal?

—Claro, mamá. Muy pronto. —Aunque sabía que ese encuentro sería improbable.

Cuando colgué, dejé el móvil a un lado y apoyé la cabeza en mis manos. Una cosa era fingir ante el mundo, pero engañar a mi madre me hacía sentir como si estuviera caminando por un terreno peligroso.

Solo será un año, me recordé de nuevo. *Solo un año.* Pero incluso ese pensamiento no aliviaba del todo la sensación de culpa que me apretaba el pecho.

11

Charlotte

EMMA

¡Charlie! Ya salió la nota de prensa con el anuncio de tu boda con Nate.

El mensaje de Emma llegó acompañado de varios emoticonos: ojos desorbitados, una novia, y, por supuesto, fuegos artificiales. Porque no hay nada mejor que añadir dramatismo a una situación ya de por sí surrealista.

Pinché el enlace, y ahí estaba, en letras negras sobre fondo blanco, mi vida reducida a un titular.

El magnate Nathaniel Whitmore anuncia su compromiso con Charlotte Bennett

Empecé a leer el artículo y sentí cada palabra como una pequeña descarga eléctrica:

En una noticia que ha sorprendido tanto a los círculos empresariales como sociales, el reconocido empresario Nathaniel Whitmore, director ejecutivo de Whitmore Tech, ha anunciado su compromiso con su asistente personal, Charlotte Bennett.

En un breve comunicado, Whitmore declaró: «Charlotte ha sido una persona fundamental en mi vida tanto a nivel profesional como personal. Nuestra relación evolucionó de una colaboración laboral a algo mucho más significativo de forma natural. Estoy emocionado de compartir esta noticia con todos».

«Emocionado». *Claro, Nate,* pensé con ironía. Seguro que estaba emocionado de ver cómo sus palabras cuidadosamente preparadas circulaban por el país.

Charlotte Bennett, conocida por su discreción y profesionalismo…

Me detuve ahí, soltando un bufido. «Discreción y profesionalismo». ¿Había una forma más cliché de describirme?

Suspiré y volví al mensaje de Emma sin terminar a leer. Antes de que pudiera responder, entró un segundo:

EMMA

¿Crees que ya han empezado las apuestas en la oficina sobre cuánto durará el matrimonio?

La respuesta obvia era: sí.

Más tarde, en la sala de café, cuando entré a media mañana, el aire estaba tan cargado de murmullos y risitas que casi parecía tangible. Me acerqué a la cafetera, intentando fingir que no había notado cómo las conversaciones bajaban de volumen al instante, aunque igualmente podía escucharlos.

—¡No me lo puedo creer! —dijo una voz aguda detrás de mí, con un tono que bordeaba la incredulidad teatral—. Tanto que lo llamaba «el ogro», y ahora resulta que se casa con él.

—¿Será verdad lo que dicen? —respondió otra, risueña y con un evidente tono malicioso—. Que la tiene como un martillo percutor…

Las risas estallaron, y sentí cómo el calor subía desde mi cuello hasta mis mejillas. ¿Martillo percutor? ¿En serio? ¿Era este el nivel de ingenio que se manejaba aquí?

Respiré hondo, intentando mantener la compostura mientras removía el café con más fuerza de la necesaria. Girarme y soltarles una respuesta mordaz habría sido mi primer instinto, pero sabía que no serviría de nada. Solo les daría más material para seguir hablando.

Con el café a medio terminar, me levanté y salí de la sala, ignorando cómo las risas se apagaban ligeramente a mis espaldas.

¿Por qué demonios acepté esto?

Por la tarde, en mi escritorio todavía estaba revisando unos documentos cuando Nate apareció, impecable como siempre y con esa actitud suya de «el mundo me pertenece».

—Tenemos cita para el vestido de novia.

Levanté la vista, parpadeando.

—¿Qué?

—A las cuatro. No llegues tarde.

—¿Es que vas a estar? —pregunté, entre sorprendida y horrorizada.

—Claro. —Lo dijo como si fuera lo más obvio del mundo—. Quiero asegurarme de que eliges algo adecuado.

Lo miré fijamente, esperando que siguiera con un «es broma». Pero no. Este era Nate, con su habitual seriedad.

—Vaya forma de decir que no confías en mis gustos.

No se molestó en negarlo.

—Solo quiero que todo salga perfecto.

Me crucé de brazos, estudiando su expresión fría y controlada. Así era Nate. Calculador. Siempre asegurándose de que cada pieza encajara en su maldito plan.

—Perfecto. Pues será un vestido impecable, señor Whitmore, no se preocupe.

Asintió, como si hubiera ganado una discusión que ni siquiera habíamos tenido, y se dio la vuelta para irse.

Mientras lo veía alejarse, me mordí el labio, intentando procesar lo absurdo de la situación. Me había convertido en la protagonista involuntaria de un circo mediático, y ahora encima debía elegir un vestido de novia bajo la atenta mirada de mi jefe.

12

Nate

Habíamos estado en la sala de pruebas durante casi media hora, y la situación empeoraba con cada nuevo vestido.

Aunque ninguno me pareció tan hortera como el que tenía ahora delante. ¿Quién había osado diseñar semejante horror?

Se trataba de un conjunto de encaje recargado y una falda abultada que daba a Charlotte aspecto de un pastel de merengue mal hecho.

—Es… horrible —dije, sin siquiera disimular.

Ella me lanzó una mirada asesina mientras se giraba hacia el espejo.

—Es clásico —respondió con un tono cortante, ajustándose la falda.

—¿Clásico? —bufé, cruzándome de brazos—. Esto no es clásico. Esto parece algo que podría haber llevado mi abuela a su primera boda.

Charlotte entrecerró los ojos, fulminándome con la mirada.

—Pues felicite a su abuela de mi parte, porque seguro que tenía un gusto impecable.

No pude evitar sonreír. La manera en que ella nunca se echaba atrás en una discusión siempre me había parecido uno de los aspectos más irritantes y, a la vez, más intrigantes de su personalidad.

Un rato después, salió del probador con otro vestido, esta vez con un diseño minimalista que parecía haber sido cortado con una tijera sin mucho entusiasmo. El escote cuadrado y la falda recta carecían de cualquier detalle interesante.

—Es mejor que los otros, pero no lo suficiente —dije, evaluándola de arriba abajo.

—¿Qué le pasa a este? Es sencillo y elegante —dijo, con las manos en las caderas.

—Pero pareces lista para una reunión de negocios, no para una boda.

Ella frunció el ceño, claramente irritada.

—¿Qué más da cómo sea el vestido? Esta boda ni siquiera es real, señor Whitmore.

—Falsa o no, todos van a estar mirando. No voy a permitir que mi esposa aparezca con algo que parezca comprado en la sección de liquidación de un centro comercial.

Charlotte soltó un bufido.

Hojeé el catálogo de vestidos que había sobre la mesa. Entonces lo vi: un diseño elegante, moderno pero con un toque clásico. Encaje delicado en los hombros, una cintura ajustada que destacaba la figura y una falda fluida que caía con gracia. Señalé el modelo.

—Este. ¿Lo tienen?

La asistente asintió, sonriente.

—Claro, señor Whitmore. Se lo traeré de inmediato.

Cuando la asistenta regresó, le pedí a Charlotte que se lo probara.

Charlotte resopló, agarró el vestido con desgana y desapareció tras las cortinas con un movimiento brusco. Me crucé de brazos, esperando. Mi paciencia empezaba a agotarse. Esperaba que ese fuera el vestido correcto.

Mientras ella se cambiaba, yo me aparté hacia un rincón para responder una llamada que había estado ignorando durante los últimos veinte minutos.

Mi socio insistía en discutir unos cambios de última hora en un contrato, y aunque intentaba centrarme en la conversación, mi mente estaba dividida entre los negocios y lo que ocurría en la sala.

De repente, un movimiento captó mi atención. Las cortinas se abrieron, y levanté la vista.

Allí estaba ella.

Charlotte llevaba el vestido que había señalado. El diseño se ajustaba a su cuerpo con una precisión casi mágica. El encaje delicado en los hombros parecía hecho para ella, y la falda caía con una elegancia simple pero cautivadora. Su cabello, recogido en un moño sencillo, dejaba al descubierto su cuello, y los pequeños detalles del vestido brillaban bajo la luz suave del probador.

Se me olvidó respirar.

El teléfono resbaló de mi mano, y la conversación que mantenía al otro lado de la línea quedó en un segundo plano.

Ella se giró hacia el espejo, examinándose con nerviosismo.

—¿Le gusta? —me preguntó.

Por un momento, no supe qué decir. Había pasado los últimos cinco años viéndola como una presencia constante en mi vida: eficiente, profesional, a veces irritantemente controladora. Pero ahora… ahora parecía alguien completamente distinto.

Antes de que pudiera encontrar las palabras, la asistente intervino, sonriendo ampliamente.

—Oh, sí, al señor Whitmore parece gustarle mucho. Le gusta tanto que se ha quedado sin palabras.

No estaba equivocada. Había perdido la capacidad de hablar. Mi corazón estaba desbocado, y por primera vez, me di cuenta de que me equivocaba al pensar que Charlotte no podría tentarme.

—¿Eso es un sí o un no? —preguntó Charlotte impaciente.

Carraspeé, recuperando la compostura.

—Es… aceptable.

Ella chaqueó la boca contra el paladar, volviendo su atención al espejo.

—Gracias por tu efusivo entusiasmo.

Mientras se ajustaba la caída de la falda, mi mirada se mantuvo fija en ella. Era hermosa. Más de lo que había imaginado. Y esa idea me golpeó con una fuerza que no esperaba.

—Es perfecto —admití, bajando la voz.

Charlotte parpadeó, sorprendida, pero rápidamente volvió a su actitud habitual.

—Bueno, supongo que entonces ya podemos terminar esto.

La asistente aplaudió suavemente, dando unos pasos hacia Charlotte.

—Es un vestido precioso, señorita Bennett. Le queda como un guante.

Charlotte suspiró y se cruzó de brazos, mirándome por el espejo.

—Entonces, ¿ya puedo quitarme este?

—No. Quiero disfrutar un poco más de este milagro.

Ella se giró para volver al probador, pero noté un destello de sonrisa en sus labios antes de que desapareciera tras las cortinas.

Mientras me dirigía hacia el mostrador para pagar el vestido, me di cuenta de que aquella farsa entrañaba más peligros de los que había imaginado en un inicio.

13

Nate

La música del club retumbaba en un ritmo constante y las luces se movían en destellos rojos y azules, iluminando brevemente a los grupos de personas en la pista de baile, todos en distintos niveles de embriaguez.

A pesar del ambiente exclusivo y el lujo que rezumaba el lugar, con sus sillones de cuero negro y camareros impecablemente vestidos, yo me sentía completamente desconectado.

Estábamos allí porque Alex insistió en que no se podía ignorar una despedida de soltero, aunque la boda fuera una farsa. «Es una tradición, Nate. Y si no celebras esto, no me hables nunca más», había declarado en un tono dramático que no me dejó más opción que aceptar.

—¡Vamos, Nate! —exclamó Theo, dándome un codazo—. Estamos en tu despedida de soltero. Al menos intenta parecer feliz.

—Es una boda falsa, Theo —repliqué, con un tono seco—. No hay mucho que celebrar.

Alex señaló con la barbilla hacia la rubia impresionante que acababa de bajar del escenario y se dirigía hacia la barra. Sus movimientos parecían coreografiados para capturar miradas, y por la forma en que me miraba, sabía que había conseguido la mía.

—¿Qué dices, Whitmore? —preguntó Alex, con una sonrisa ladeada—. Creo que esa te está mandando señales claras. No querrás desperdiciarla.

—No me interesa.

Los tres me miraron como si acabara de anunciar que me uniría a un monasterio.

—¿No te interesa? —repitió Theo, incrédulo—. ¿Qué te pasa? ¿Te han extirpado las ganas de vivir?

—O peor, ¿Charlotte Bennet ya te tiene bajo control? —añadió Alex, con una carcajada.

—Esto no tiene nada que ver con Charlotte.

—Claro que no —dijo Theo, sarcástico—. Porque no es como si fueras a casarte con ella mañana.

Suspiré, llevándome el vaso de whisky a los labios.

—Os recuerdo que esto es solo un acuerdo, no un matrimonio de verdad.

—¡Ah, sí! —Alex hizo un gesto amplio con las manos, casi derramando su copa—. La gran farsa. El matrimonio contractual del siglo. Pero, déjame preguntarte algo, Nate: ¿qué harás cuando empiece a parecerte demasiado real?

—Eso no va a pasar.

—Claro que no —replicó Theo, con una sonrisa burlona—. Porque tú, amigo mío, eres una roca de emociones reprimidas.

James intervino, poniendo una mano en mi hombro como si fuera un terapeuta.

—Oye, no le hagas caso a estos dos idiotas. Pero… —bajó la voz, fingiendo seriedad—. Si realmente no puedes manejar lo que está pasando, podemos ayudarte. Hay centros para eso.

—¿Centros?

—Sí. Para hombres que están obsesionados con sus secretarias.

Las risas estallaron alrededor de la mesa, y yo rodé los ojos, fingiendo que no me afectaba. Pero la imagen de Charlotte volvió a aparecer en mi mente: ella, en el probador, con el vestido perfecto, mirándome con sus ojos desafiantes.

Me incliné hacia adelante, dejando el vaso sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

—Primero, no estoy obsesionado con Charlotte. Segundo, mañana será solo un evento más. Un maldito teatro.

—Claro que sí —respondió Alex, arrastrando las palabras mientras daba un sorbo a su copa —. Y por eso estás aquí, en tu despedida de soltero, rechazando a una mujer que probablemente ya ha imaginado cómo te verías sin traje.

—Tiene razón, Nate —añadió Theo, señalándome con su vaso—. No eres tú. ¿Qué ha cambiado?

Mi mandíbula se tensó, pero no respondí de inmediato. Más que nada porque ni siquiera tenía una jodida respuesta que darles.

—Mira, aquí está el plan: te llevas a la rubia, te olvidas de todo por una noche, y mañana te casas con la cabeza despejada —dijo James.

—Estoy harto de esta conversación. Me voy —dije poniéndome en pie.

—¡Vamos, Nate! —protestó Alex, levantándose también—. No puedes huir de tu despedida.

—¿No? Espera y mira.

La música y las luces quedaron atrás, pero sus palabras me siguieron como un eco molesto. Porque, por mucho que intentara negarlo, sabía que había algo en lo que no podía dejar de pensar.

En Charlotte Bennet.

Tenían razón, estaba empezando a estar obsesionado por ella.

Mis puños se apretaron con furia. No podía permitirlo. Saqué el móvil de mi bolsillo y llamé a Rachel.

—¿Puedo pasar por tu casa un rato?

—Claro. Aquí te espero.

El aire frío de la noche golpeaba mi rostro mientras conducía hacia el apartamento de Rachel. Mis pensamientos seguían atrapados en Charlotte, como un engranaje atascado que no podía romper. Necesitaba despejarme, borrar esa maldita imagen de su rostro de mi cabeza, y sabía que Rachel sería la distracción perfecta.

Cuando llegó a la puerta, estaba vestida con un picardías negro que apenas dejaba algo a la imaginación. Su cabello caía en ondas desordenadas, y la sonrisa juguetona en sus labios me dijo que sabía exactamente lo que estaba buscando.

—Hola, forastero —murmuró, apoyándose en el marco de la puerta con un aire de provocación.

No le di tiempo a seguir. Cerré la distancia entre nosotros y la empujé suavemente contra la pared del pasillo, atrapándola entre mi cuerpo y la superficie fría. Mi boca se encontró con la suya en un beso hambriento, desesperado, lleno de lengua y saliva. Sus uñas se clavaron en mis hombros mientras mis manos recorrían su cuerpo, arrancándole el picardías con un movimiento que la dejó completamente desnuda.

Rachel dejó escapar una risa entrecortada y sus labios se hincharon por la intensidad del beso.

—Pensé que ya no nos veríamos más… Te casas mañana.

Sus palabras resonaron en mi cabeza como una campana. Mi mandíbula se tensó mientras la levantaba ligeramente, sosteniéndola por las caderas y llevando mi boca a su cuello.

—No he venido aquí para hablar —gruñí contra su piel, con más fuerza de la que pretendía.

Ella soltó una risita baja y me empujó hacia el sofá, sentándome con firmeza. Sus manos viajaron rápidamente hacia mi cinturón, desabrochándolo con habilidad antes de liberar mi erección. Sus ojos brillaron con lujuria cuando tuvo mi polla a su alcance.

—Entonces, esta noche es solo nuestra, ¿no? —susurró antes de bajar su cabeza y tomarme en su boca.

Su lengua se movió con destreza y sus manos complementaron cada movimiento. Pero, mientras debería estar completamente inmerso en el momento, mi mente se desvió nuevamente. La imagen de Charlotte apareció con una claridad inquietante: su mirada desafiante, la forma en que se mordía el labio cuando estaba concentrada, el leve rubor en sus mejillas cuando se enfadaba conmigo.

Maldita sea.

Intenté centrarme en Rachel, en lo que estaba haciendo. Pero el fantasma de Charlotte seguía ahí, inamovible. Con cada segundo que pasaba, mi frustración crecía.

—Para —dije finalmente.

Rachel se detuvo, levantando la vista con confusión.

—¿Qué pasa? ¿He hecho algo mal?

Me levanté, ajustándome los pantalones mientras evitaba su mirada.

—No. Esto no está funcionando. Lo siento.

—¿No está funcionando? —repitió ligeramente enfadada—. ¿Qué demonios te pasa, Nate? ¿Desde cuando rechazas una mamada?

No tenía una respuesta que darle, porque ni siquiera yo sabía qué demonios me pasaba. Solo sabía que tenía que salir de allí.

—Lo siento, Rachel.

Salí de su apartamento antes de que pudiera decir algo más, dejando su voz confundida detrás de mí. Mientras conducía de vuelta a casa, mis manos apretaban el volante con fuerza, y

una sola idea giraba en mi mente.

Me había metido en la boca del lobo.

Curioso. Siempre pensé que el lobo era yo.

Cuando llegué a casa, me serví un whisky doble y me dejé caer en el sofá, con la mirada fija en el vaso como si las respuestas a mis problemas estuvieran en el líquido ámbar que giraba lentamente.

Charlotte. Maldita sea. No podía quitarla de mi cabeza, y ya ni siquiera intentaba fingir que no me atraía. Esa atracción había pasado de ser una chispa molesta a un incendio que amenazaba con consumirlo todo.

Me recosté contra el respaldo del sofá, intentando buscar algo de lógica en el caos que me dominaba. Tal vez era porque estaba prohibida. Yo mismo me había impuesto esa regla. Charlotte era mi asistente. No podía permitirme verla de otra manera.

Pero lo hacía. Una y otra vez.

¿Por qué?

Mi cabeza no dejaba de dar vueltas. ¿Era porque me gustaba el desafío? ¿La idea de romper una norma que yo mismo había establecido? Puede que fuera eso.

La única forma de resolvelo, de quitarme esta obsesión de encima, era hacerla accesible. Dejar de idealizarla como si fuera un enigma imposible.

Dejarme llevar.

Eso era. Necesitaba hacerla mía. Follármela.

Solo así conseguiría sacarla de mi mente. Quitarle ese poder que tenía sobre mí, ese control que no le había dado, pero que parecía ejercer sin esfuerzo.

Tomé un largo trago de whisky, sintiendo el calor del alcohol bajar por mi garganta. Sí, eso haría. Me la follaría.

Y entonces, todo volvería a la normalidad.

14

Charlotte

La noche antes de la boda debería haber estado llena de nervios por el gran día. En cambio, estaba cubierta de harina hasta los topes, con el olor de la vainilla envolviendo mi pequeño apartamento.

Siempre me había relajado hacer repostería. El proceso de medir ingredientes con precisión, batir la mezcla hasta que estuviera perfecta, esperar el momento justo en el horno... Era como meditar.

—¿Me recuerdas por qué estás horneando un pastel gigante a estas horas en lugar de estar durmiendo o revisando tus votos? —preguntó Emma, apoyada contra el marco de la puerta de la cocina con expresión divertida.

—Ya sabes que esto es lo único que me calma cuando estoy nerviosa. —Extendí la masa, esparciendo un poco más de harina en la superficie.

—Pues no pareces muy calmada, precisamente… Hasta tienes un tic en el ojo —murmuró con la ceja alzada.

La fulminé con la mirada. Aunque, mierda, tenía razón. Me había levantado aquella mañana con un tic nervioso en el ojo. Solo esperaba que ese tic mañana no me acompañara a la boda, sino aparecería bizca en la mitad de las fotos.

—¿Tú qué crees? Estoy a punto de casarme con Nate Whitmore. Esto no es exactamente lo que soñé para mi vida.

—Charlie, respira. Es solo un día. Un día en el que tendrás que ponerte un vestido bonito, fingir que estás perdidamente enamorada de tu jefe y luego todo pasará.

Me detuve, con las manos amasando la masa, y dejé escapar un suspiro pesado.

—Ya no es solo el día de la boda. Ahora que tengo todas mis cosas en el dúplex, que mi vida está literalmente entrelazada con la suya, todo parece más… real. —Había hecho la mudanza el día anterior, y ahora no podía evitar que la sensación de pánico se apoderara de mí.

—Un año pasa rápido, Charlie, cuando quieras darte cuenta volverás aquí conmigo.

—¿Y si decides que tu nueva compañera de piso te gusta más que yo? —Emma pondría mi habitación en alquiler ese año que yo faltaría.

—¿De verdad crees que eso es posible? —dijo acercándose a mí para probar un poco de masa—. Nadie ocupa tu lugar, Charlie. La nueva compañera solo será alguien temporal, igual que este matrimonio. Cuando pase el año, volverás aquí conmigo y todo esto será solo una anécdota.

Suspiré, mordiéndome el labio.

—¿Y si no puedo soportarlo? Trabajar con Nate, vivir con Nate… Será como estar atrapada en una pesadilla eterna.

Emma arqueó una ceja, con esa sonrisa traviesa que conocía demasiado bien asomando en sus labios.

—¿Y si conviertes la pesadilla en algo más llevadero?

La miré, frunciendo el ceño.

—¿Cómo, exactamente?

—Bueno, Nate puede ser un gilipollas de manual, pero no puedes negar que está buenísimo. Siempre podrías, ya sabes, echar un vistazo de reojo cuando se cambie. —Levantó las cejas de forma insinuante mientras se reía entre dientes.

Abrí los ojos como platos, escandalizada. Sin pensarlo dos veces, cogí un poco de harina y se la lancé directamente a la cara.

—¡Serás pervertida! Nunca haría algo así.

Emma estalló en carcajadas mientras se limpiaba la harina de las mejillas.

—¿Por qué no? Dices que tiene fama de mujeriego. Ya que vas a vivir bajo el mismo techo, podrías aprovecharte de eso. ¿Cuánto llevas sin acostarte con un hombre? ¿Dos años? ¿Tres?

—Tres y medio —la corregí con un suspiro teatral. Además, recodaba perfectamente el desastre de aquel polvo, si se podía llamar polvo a aquel mete-saca de quince segundos—. Pero antes preferiría comerme un bizcocho relleno de cianuro y glaseado con veneno para ratas a tener sexo con él.

Emma me miró con una sonrisa maliciosa.

—Eres demasiado cerrada de mente. Podrías considerarlo como un vibrador humano.

Entonces una imagen apareció en mi mente como un fogonazo: Nate entre mis piernas,

lamiendo, mordiendo, haciéndome perder la cordura… Maldita Emma.

—Dudo que sea más efectivo que mi satisfyer —dije poniendo los ojos en blanco—. Conociéndolo seguro que solo se preocupa por su propio placer. Los tipos egocéntricos como él no suelen pensar en la otra persona en la cama.

Emma estalló en carcajadas.

—¡Oh, Dios! —exclamó entre risas—. ¿Estás analizando su desempeño sexual hipotético?

—No lo estoy analizando —me apresuré a defenderme, sintiendo el calor subir a mis mejillas—. Estoy haciendo una suposición informada basada en su personalidad. Y no por voluntad propia, tú me has arrastrado a esta conversación ridícula.

Emma se limpió una lágrima de risa mientras me miraba con una risita cariñosa.

—Al menos ahora pareces más relajada.

Resoplé, pero no pude evitar que mis labios se curvaran en una leve sonrisa.

—¿Eso era tu plan? ¿Hacerme hablar de mi jefe hasta que me olvide de que mañana me caso con él?

—Exacto. —Levantó las manos con aire triunfal—. Y no es solo tu jefe. Es tu jefe increíblemente atractivo.

—Basta, Emma. —Agarré un poco más de harina y amenacé con lanzársela—. No quiero escuchar otra palabra sobre su atractivo o sus posibles habilidades.

Emma levantó las manos en señal de rendición, aunque la sonrisa maliciosa seguía jugando en sus labios.

—De acuerdo, de acuerdo. Me voy antes de que termine cubierta de harina.

La vi marcharse hacia su habitación, todavía riéndose entre dientes. Cuando la puerta se cerró, el silencio volvió a envolver la cocina, pero esta vez no fue tan reconfortante como esperaba.

Me volví hacia la masa dentro del cuenco, intentando concentrarme en el trabajo que tenía delante. Pero las palabras de Emma seguían resonando en mi cabeza, y con ellas, una serie de pensamientos que no quería tener.

Nate lamiendo entre mis piernas.

Nate encima de mí.

Nate detrás de mí antes de…

Oh, Dios.

¿De verdad estaba pensando en Nate de esa manera?

Sacudí la cabeza con fuerza, como si eso pudiera borrar las imágenes que se enredaban en mi mente.

—Esto es ridículo —murmuré para mí misma poniendo la masa en un molde.

Era solo nervios, me convencí. Nervios por la boda, por la mudanza, por todo lo que se avecinaba. No era más que el estrés jugando con mi mente.

Pero incluso mientras intentaba convencerme, el recuerdo de sus ojos verdes mirándome con intensidad me rondaba, y tuve que respirar hondo para volver a centrarme en lo único que siempre conseguía calmarme: la repostería.

15

Charlotte

El brillo en los ojos de mi madre casi eclipsaba los destellos de las joyas que llevaba puestas. Me miraba como si estuviera viendo a la versión más increíble de mí misma. Una que yo todavía no lograba reconocer del todo. El vestido que Nate había elegido con su perfeccionismo implacable se ajustaba como un guante, haciendo que el encaje y la tela suave resaltaran cada curva de mi cuerpo.

Me miré al espejo una última vez y respiré hondo.

—Estás preciosa, cariño. —Mamá se llevó una mano al pecho con la voz cargada de emoción. Sus ojos estaban húmedos. Una sonrisa cálida iluminaba su rostro.

—Gracias, mamá. —Intenté devolverle la sonrisa, pero sentí cómo mis labios temblaban levemente.

—Aunque… —Hizo una pausa, dándome una mirada más seria—. Sigo pensando que todo esto es muy precipitado. —Sacudió la cabeza y sus rizos oscuros se balancearon ligeramente—. Todavía no he tenido la oportunidad de conocerlo oficialmente. ¿No te parece que eso es un poco raro?

Sí, mamá, lo es, pensé, pero no lo dije. En su lugar, asentí con una sonrisa tranquilizadora.

—Lo conocerás hoy, mamá.

Por suerte, Emma intervino, rodando los ojos de forma exagerada mientras me ajustaba el velo con movimientos rápidos y eficientes.

—Ya lo conocemos lo suficiente, señora Bennett. Es guapo, rico y tiene ese aire misterioso que a las mujeres nos encanta. Seguro que es un caballero encantador. —Le lanzó una sonrisa traviesa a mi madre y luego me miró con fingida severidad—. Ahora, deja de mirarte y vámonos. No querrás llegar tarde a tu propia boda, ¿verdad?

No pude evitar reírme nerviosamente.

—Tarde a una boda con Nate, eso sería imperdonable.

—Pues venga. —Emma me cogió la mano y me guio hacia la puerta. Mi madre, siempre más lenta por sus problemas en las piernas, nos siguió con pasos cuidadosos.

***

Dentro de la iglesia, Nate estaba impecable. Traje oscuro, perfectamente cortado, con esa elegancia natural que parecía rodearlo como una segunda piel. Imposible no verlo y pensar que estaba hecho para este momento, para ser el centro de atención el día de su boda. Yo, en cambio, me sentía como una impostora mientras caminaba hacia él por el pasillo cogida del brazo de mi hermano Ethan.

Respiré hondo, intentando ignorar el murmullo de los invitados y las miradas que sentía clavadas en mí desde todos los ángulos. Sin embargo, no pude ignorar la mirada de Nate. Cuando levantó la vista y nuestros ojos se encontraron, noté algo que me desconcertó. Una chispa distinta. Una chispa que no había visto nunca antes.

Tranquila, Charlotte. Esto es un acuerdo, nada más, me recordé. Pero cuando llegué al altar y él me cogió de la mano con delicadeza, ese recordatorio se sintió terriblemente ineficaz.

La ceremonia pasó en un borrón. Promesas que no eran reales y votos que repetí sin escuchar. Todo estaba planeado, como si formara parte de una obra de teatro que yo me había esforzado en memorizar según los deseos de Nate.

Entonces el oficial dijo algo que no habíamos ensayado, y en lo que, por algún motivo, ni siquiera había pensado.

—Señor Whitmore, puede besar a la novia.

Me congelé.¡ No habíamos hablado del beso!

Lo miré con los ojos llenos de pánico. Nate no mostró ni una pizca de duda. Incluso en ese momento, parecía tener el control, como si, al contrario que yo, sí hubiera estado esperando ese momento.

Antes de que pudiera decir algo, su mano se posó en mi cintura. El contacto fue firme, sin llegar a ser brusco, y me acercó hacia él con facilidad.

En un primer momento el beso fue… profesional. Nada más. Era el beso mecánico que esperabas en una boda falsa. Pero luego algo cambió.

Su agarre en mi cintura se tensó ligeramente, acercándome más a él. Sus labios, al principio suaves y medidos, se volvieron demandantes, y antes de darme cuenta, sentí la cálida presión de su lengua rozando la comisura de mis labios. Mis propios labios se abrieron en un acto reflejo, y ahí estaba.

Profundo.

Intenso.

Su sabor era una mezcla de menta y algo que no pude identificar. Sus labios se movieron con una seguridad que me dejó sin aire, como si supiera exactamente cómo hacer que me olvidara del mundo.

¿Lo peor? Que funcionó.

Cuando finalmente se apartó, lo hizo con lentitud, como si quisiera asegurarse de que cada segundo del beso quedara grabado. Sentí mi corazón latiendo en la garganta y mi respiración desordenada.

Nuestros ojos se encontraron, y fue como si el tiempo se hubiera congelado en el tiempo. Había algo en su mirada, algo que no pude descifrar pero que hizo que mi estómago diera un vuelco.

¿Qué demonios acaba de pasar?

El aplauso de los invitados rompió el momento.

Me giré, sonriendo automáticamente, pero todavía estaba tratando de encontrarle sentido a lo que acababa de ocurrir.

Nate, como siempre, no mostró ninguna emoción más allá de una ligera sonrisa educada mientras me ofrecía su brazo.

—¿Lista? —murmuró.

Asentí, porque no sabía qué más hacer.

Mientras caminábamos hacia la salida de la iglesia, el aire fresco golpeó mi cara, pero no logró despejar mi mente.

¿Había sido un error? ¿Había significado algo para él? Lo miré de reojo, intentando descifrarlo. Pero Nate era un muro. No podía notar ni una sola pista en su expresión.

***

El salón donde se celebraba la recepción era todo lo que uno podría esperar de Nate Whitmore: opulento, impecable, y diseñado para impresionar. Los techos altos estaban decorados con candelabros de cristal que reflejaban la luz como pequeños destellos de estrellas, mientras las mesas estaban cubiertas con manteles de seda y arreglos florales que probablemente costaban más que mi sueldo de un año.

Los invitados eran una mezcla de rostros familiares y desconocidos. Había colegas de la oficina, personas que conocía vagamente por los eventos de Whitmore Tech, y un montón de rostros elegantes que seguramente pertenecían a empresarios, inversores, o socialités de Manhattan.

La risa y las conversaciones llenaban el aire, mezclándose con el sonido de la orquesta en vivo que tocaba un jazz suave pero alegre.

Mientras intentaba disfrutar de mi copa de champán y aparentar tranquilidad, vi a Emma abrirse paso entre los invitados. Su rostro estaba rojo como un tomate, y su expresión entre asustada y furiosa me hizo enderezarme en mi asiento.

—Emma, ¿qué pasa? —pregunté en voz baja cuando la vi llegar hasta mí.

Me tomó del brazo, ignorando por completo cualquier etiqueta social, y me arrastró a un rincón del salón, lejos de los oídos curiosos.

—¿Te acuerdas del gilipollas de la clínica de cirugía estética? —me espetó con los ojos entrecerrados.

La pregunta me pilló desprevenida, pero al instante supe de quién hablaba.

—¿El cliente ese que te ha estado volviendo loca con su diseño de identidad visual?

—Ese —respondió, apretando los dientes—. Acabo de encontrármelo.

Fruncí el ceño.

—¿Quién lo invitó?.

—Es amigo de Nate. Se llama Alex… Alex Griffin.

El nombre encendió una luz en mi memoria. Alex Griffin. Claro. Era uno de los amigos de Nate que había conocido en la universidad. Alto, atractivo y con una sonrisa demasiado confiada. Alguna vez había pasado por la oficina para ver a Nate y apenas habíamos intercambiado unas pocas palabras.

—¿Alex es el hombre que te he estado haciendo la vida imposible? —pregunté, señalando disimuladamente hacia donde Emma estaba mirando.

Ahí estaba Alex, riendo con Theo y James, los otros dos amigos de Nate.

—No puedo creer que sea amigo de Nate —murmuró Emma, claramente disgustada.

Le di unas palmaditas en el brazo, intentando calmarla.

—Tranquila. No tiene por qué arruinarte la noche. Solo ignóralo.

Emma soltó un bufido.

—No creo que pueda ignorarlo cuando me está mirando con expresión de suficiencia.

Le lancé una mirada a Alex. Sus ojos se encontraron con los míos por un segundo, y luego miraron hacia Emma, con una sonrisa maliciosa.

—Genial —susurró Emma—. Esto va a ser una larga noche.

—Sobrevivirás. —Le di un pequeño apretón en el brazo antes de que una voz conocida me interrumpiera.

—¿Todo bien?

Me giré y ahí estaba Nate, acercándose con esa presencia imponente que parecía absorber todo el aire a su alrededor. Llevaba la chaqueta del traje abierta y la corbata ligeramente aflojada, lo que, para mi desgracia, solo lograba hacerlo aún más atractivo.

—Perfecto —respondí con demasiada rapidez, intentando ocultar el rubor que subía por mi cuello.

Antes de que Emma pudiera decir algo comprometedor, se apresuró a tomar su copa y retroceder.

—Sí, ya me iba. Enhorabuena y… disfrutad de la noche. —Me lanzó una mirada cargada de intención y desapareció entre los invitados, dejándome a solas con Nate.

Él no tardó en inclinarse hacia mí. Su voz baja y cálida rozó mi oído.

—Buen trabajo.

El escalofrío que recorrió mi columna fue tan inesperado como inevitable.

Tragué saliva y me forcé a mantener una expresión neutral, aunque mi cuerpo traicionaba cualquier intento de calma.

—¿Eso fue un cumplido, señor Whitmore? —pregunté, alzando una ceja mientras me volvía hacia él.

Nate sonrió, con esa sonrisa peligrosa que parecía guardar secretos y promesas al mismo tiempo.

—Tómalo como quieras. Y dado que estamos casados ahora, tal vez deberíamos dejar los formalismos. Llámame Nate, Charlotte.

El corazón me dio un vuelco.

Tenía razón, claro, pero no podía ignorar lo que implicaba ese cambio.

Llamarnos por nuestros nombres significaba derribar una de las pocas barreras que nos quedaban, la que nos mantenía en lados opuestos de una línea que ambos habíamos trazado cuidadosamente.

Esos formalismos habían sido una armadura, una distancia segura, un recordatorio constante de que esto era un acuerdo.

Mi mente seguía procesando las implicaciones de su petición, pero mis labios, como si tuvieran vida propia, pronunciaron las palabras antes de que pudiera detenerme.

—Está bien, Nate.

Su nombre salió en un susurro, suave pero cargado.

Una leve sonrisa curvó sus labios, y aunque no dijo nada, la forma en que sus ojos brillaron me hizo sentir que acababa de cruzar un umbral invisible.

***

El resto del banquete transcurrió como una coreografía cuidadosamente ensayada. El primer baile fue un vals que había practicado en los pocos ratos libres que me dejaba el trabajo. Nate había insistido en que luciéramos perfectamente sincronizados. Y ahí estábamos, girando en la pista mientras las cámaras de los fotógrafos capturaban cada movimiento.

Después del baile, siguieron los discursos. James, uno de los amigos de Nate, se levantó para decir unas palabras.

—Cuando Nate nos contó que se casaba, todos nos sorprendimos. Pero cuando dijo que era con Charlotte, todo tuvo sentido. —Su tono era ligero, pero la sonrisa en su rostro tenía un toque de sinceridad que casi me hizo sonreír también—. Al fin y al cabo, ha sido la única mujer que ha logrado soportarlo más de dos semanas seguidas en los últimos años. Y no solo soportarlo, sino también mantenerlo a raya.

Después de los discursos y la tarta, Nate se inclinó hacia mí para susurrarme algo:

—Por cierto, Charlotte, mañana salimos de luna de miel.

El tenedor con el que estaba cortando un último trozo de tarta se quedó suspendido en el aire.

—¿Qué? —dije en un tono más alto de lo que pretendía, atrayendo algunas miradas de curiosidad desde las mesas cercanas.

—Es necesario. —Su tono era calmado, casi clínico, como si estuviera explicando la estrategia de un negocio multimillonario—. Si no lo hacemos, mi primo podría sospechar. —Con un gesto sutil, señaló al susodicho, que, sentado en una mesa al fondo, nos miraba fijamente con una mueca de desdén.

—¿Y no pensaste en mencionarlo antes? —susurré entre dientes, obligándome a mantener una sonrisa para las cámaras y los invitados que nos observaban.

—No quería añadir más estrés. —Su respuesta fue tan despreocupada que tuve que contener las ganas de clavarle el tenedor.

—¿Estrés? Claro, porque enterarme de que mañana me embarco en una luna de miel falsa es lo opuesto a estresante.

Nate se encogió de hombros, como si no entendiera el problema.

—Es un lugar con playa, soleado. Lo pasaremos bien.

Lo miré de reojo, con la mandíbula apretada para no decir algo inapropiado delante de los invitados. Por supuesto que Nate habría organizado algo así sin consultarme.

—Perfecto —murmuré entre dientes—. Una luna de miel improvisada con un hombre que no puedo soportar… y que besa como un condenado ángel caído.

Sus labios se curvaron en una sonrisa apenas perceptible, pero no respondió.

16

Charlotte

El vuelo se me hizo eterno. Nate parecía perfectamente cómodo en su asiento de primera clase mientras trabajaba en su portátil como si el mundo no existiera. Yo, en cambio, no podía dejar de moverme. No era tanto el vuelo en sí como la idea de lo que venía después. Una luna de miel falsa en un lugar que ni siquiera sabía cómo se llamaba hasta que aterrizamos.

Cuando el piloto anunció nuestro descenso, mi curiosidad se multiplicó por mil.

—¿Dónde estamos? —pregunté en voz baja.

Nate cerró su portátil con un movimiento pausado.

—En las Maldivas.

¿Las Maldivas? Me quedé sin palabras. ¿Era necesario ir hasta ese paraíso para una Luna de Miel falsa?

El aeropuerto era pequeño, y el trayecto en lancha hasta el hotel fue surrealista. El agua era tan clara que podía ver hasta el fondo, y el cielo parecía pintado con tonos de azul y naranja que pertenecían más a un sueño que a la realidad.

—¿Todo esto es necesario? —le pregunté, mirando las villas sobre el agua, que se acercaban cada vez más.

—No es necesario. Es estratégico. Si queremos que mi primo crea que somos una pareja felizmente casada, no podemos hacerlo a medias.

Quise discutir, pero no tenía fuerzas. La idea de un Edward Whitmore escudriñando cada detalle de nuestra relación falsa era suficiente para dejarme en silencio.

Cuando llegamos al hotel, me quedé boquiabierta.

Era una obra de arte: paredes de mármol blanco que reflejaban la luz del sol, candelabros que colgaban como cascadas de cristal, y un servicio tan impecable que incluso a mí, acostumbrada a la eficiencia, me resultaba intimidante.

El botones nos llevó a nuestra suite, y aunque el camino estaba lleno de detalles exquisitos

—desde los jarrones con flores frescas hasta los ventanales que daban directamente al océano—, nada me preparó para lo que vi al entrar.

Una cama king-size con sábanas de lino blanco ocupaba el centro de la habitación, rodeada de ventanales que ofrecían una vista ininterrumpida del océano.

Desde la terraza privada, se extendía una piscina infinita que parecía fundirse con las aguas cristalinas, y una escalera de madera llevaba directamente a la laguna turquesa.

Todo en ese espacio, desde los detalles en mármol hasta los muebles de diseño minimalista, estaba pensado para hacerte sentir en un paraíso exclusivo.

Sin embargo, al acabar aquel éxtasis visual, regresé a la realidad. ¿Una sola cama?

—¿De verdad reservaste una habitación con una sola cama? —pregunté, girándome hacia Nate con incredulidad.

Él apenas parpadeó mientras entregaba un par de billetes al botones, quien desapareció tras cerrar la puerta con suavidad.

—¿Querías dos habitaciones? —respondió con ese tono tranquilo y calculador que me sacaba de quicio—. ¿Qué clase de luna de miel crees que es esa? Si mi primo averigua que estamos durmiendo separados, ¿qué crees que pensará?

—No me importa lo que piense tu primo —gruñí, señalando la cama—. Lo que me importa es que no tengo intención de compartir esto contigo.

Nate alzó una ceja y una sonrisa torcida se dibujó en sus labios.

—Entonces, estás de suerte. También hay un sofá. —Hizo un gesto despreocupado hacia la esquina de la habitación, donde un sofá ridículamente pequeño y evidentemente incómodo esperaba su víctima.

—¿Perdón? ¿No deberías ser tú quien duerma ahí? —respondí, cruzándome de brazos mientras mi indignación crecía.

—Ya soy lo suficientemente caballeroso dejándote dormir conmigo en una cama tan grande como esta. —Su sonrisa ladina se ensanchó, y añadió con una voz suave que solo logró hacerme hervir más—: Pero si prefieres el sofá, eres libre de elegir.

—Eres un… —Me detuve antes de terminar la frase, con mis manos cerrándose en puños mientras intentaba calmarme.

—¿Un qué? —preguntó con fingida inocencia, apoyándose contra el respaldo de la cama como si estuviera disfrutando cada segundo de mi frustración—. ¿Ogro?

Lo fulminé con la mirada, pero él simplemente se encogió de hombros.

—No voy a romperme la espalda en un sofá porque tú tengas miedo de no poder controlar tus impulsos, Charlotte. —La sonrisa que me dedicó fue tan descarada que por un momento no supe si estaba bromeando o si realmente lo creía.

Quise gritar, arrojarle algo o, mejor aún, salir corriendo de la habitación. Pero en lugar de eso, respiré hondo y decidí que no valía la pena discutir con él.

—Voy al baño primero —espeté, agarrando mi pijama del bolso de mano antes de encerrarme en el único lugar donde podía escapar de su presencia por unos minutos.

El baño, por supuesto, era un espectáculo de mármol y lujo desmedido, pero incluso allí no podía calmar mi corazón acelerado. ¿Cómo iba a sobrevivir a esta luna de miel sin perder la cordura?

Cuando salí, Nate ya estaba tumbado en la cama, revisando algo en su móvil.

Sin camisa.

SIN CAMISA.

Oh, Dios.

Mis ojos captaron todo antes de que pudiera detenerlos: los hombros anchos, el pecho firme, las líneas definidas que descendían hasta el pantalón del pijama que llevaba peligrosamente bajo en las caderas. Parecía cómodo, relajado, como si no estuviera a punto de compartir cama con alguien que, hasta hace poco, probablemente deseaba estrangularlo durante la jornada laboral.

—Puedo darte una foto —dijo sin apartar la mirada de su móvil con una media sonrisa.

—¿Qué? —farfullé.

—De mí sin camiseta. —Alzó la vista, y su sonrisa se ensanchó al notar mi incomodidad—. Parece que te gusta lo que ves.

Lo fulminé con la mirada mientras apretaba los labios para no soltar una réplica demasiado violenta.

—No te preocupes. Ya tengo suficiente con esta visión de horror para que quede grabada en

mi memoria de por vida.

Le lancé una mirada rápida y me deslicé bajo las sábanas dándole la espalda, rezando para que la noche pasara rápido… y para que mi mente dejara de pensar en esos malditos abdominales.

—Buenas noches, Bennett —murmuró Nate, y adiviné una sonrisa en el tono de su voz.

—Buenas noches, Whitmore —respondí, cerrando los ojos con fuerza.

***

El sueño no llegó fácilmente. Me movía de un lado a otro, consciente de cada respiración que Nate exhalaba, del peso de su cuerpo en la cama, de la distancia —que parecía más pequeña de lo que realmente era— entre nosotros. La tensión en el aire era casi palpable, como si ambos estuviéramos caminando sobre una cuerda floja.

En algún momento de la noche, mi cuerpo, cansado de luchar contra el insomnio, comenzó a relajarse. Sentí que el colchón se hundía un poco más cerca de mí y, de repente, el brazo de Nate se deslizó por mi cintura.

No sé cómo pasó. No sé quién se movió primero, pero cuando me di cuenta, estaba acurrucada contra su pecho.

Era cálido. Cómodo. Demasiado cómodo.

El ritmo constante de su respiración cerca de mi oído me arrullaba, y casi olvidé quién era él. No era mi jefe, ni el hombre con quien había hecho un trato. Solo era alguien que me rodeaba con su calor, y eso parecía suficiente.

Hasta que me moví un poco.

Y lo sentí.

Oh, Dios mío.

Su erección, dura y evidente, rozó mi trasero.

El contacto fue como un interruptor que encendió cada nervio de mi cuerpo. Un calor intenso subió desde mi cuello hasta mis mejillas, y antes de que pudiera detenerme, me moví de

nuevo, buscando más de esa fricción.

Su respiración cambió de inmediato, volviéndose más pesada, más rápida. Podía sentir el calor de su pecho contra mi espalda, la tensión en el aire entre nosotros como si estuviera a punto de romperse. Una parte de mí quiso girarse, mirarlo a los ojos, buscar alguna señal de que no era la única perdiendo la cabeza. Pero la otra, la que todavía conservaba un resquicio de cordura, me mantuvo en mi lugar, completamente quieta.

Era Nate.

Intenté detenerme. De verdad lo intenté. Pero mis movimientos fueron lentos, casi involuntarios, como si una fuerza más grande que mi lógica me estuviera guiando. La línea entre lo correcto y lo que deseaba se desdibujó hasta desaparecer por completo.

Cada roce, cada mínimo movimiento, era una chispa en un incendio que no sabía cómo apagar. Él no se apartó, ni dijo nada, pero el peso de su respiración y la forma en que sus dedos se tensaron ligeramente sobre las sábanas me lo dijeron todo.

Y yo… simplemente seguí.

No sé cuánto tiempo pasé así, perdida en una maraña de sensaciones prohibidas y una necesidad que no debería estar ahí. Pero en algún momento mi cuerpo cedió al agotamiento y el sueño me envolvió.

Aun así, incluso dormida, no pude escapar del calor de su presencia o de la extraña mezcla de culpa y deseo que me consumía.

Cuando abrí los ojos, la luz de la mañana entraba suavemente por las cortinas, iluminando la habitación con un resplandor cálido. Parpadeé un par de veces, confundida por la extraña sensación de desorientación que me invadía. Algo me resultaba... diferente.

Me quedé inmóvil, mirando al techo, intentando recordar por qué sentía una inquietud tan incómoda en el pecho.

Poco a poco, los fragmentos de la noche anterior comenzaron a tomar forma en mi mente, como piezas de un rompecabezas que se ensamblaban con dolorosa claridad.

Primero fue la sensación: el calor. El peso de su cuerpo tan cerca del mío.

Luego, el roce.

Mi respiración se aceleró al recordar cómo me había movido, cómo su erección había presionado contra mí, cómo mi cuerpo había reaccionado antes de que mi cerebro pudiera

detenerme.

El golpe de las sensaciones fue tan vívido que tuve que sentarme de golpe, como si cambiar de posición pudiera despejarme la mente. Pero no ayudó. Porque cada detalle volvía con más fuerza: el calor de su respiración en mi nuca, la tensión en el aire, el placer innegable que había sentido al buscar más contacto.

Oh, Dios.

Salté de la cama como si estuviera en llamas, agarrando mi ropa de dormir con torpeza mientras intentaba no hacer ruido. No podía mirarlo. No podía enfrentarme a lo que había hecho… o lo que casi había hecho.

El baño se convirtió en mi refugio. Cerré la puerta tras de mí y apoyé las manos en el lavabo, inclinándome hacia el espejo. Mi reflejo me devolvió la mirada, con las mejillas enrojecidas y los ojos llenos de una mezcla de pánico y algo que no quería admitir.

¿Qué demonios estás haciendo, Charlotte?

Abrí la ducha con manos temblorosas y me metí bajo el agua caliente, dejando que me envolviera como si pudiera borrar todo lo que había pasado. Pero el agua no podía arrancar de mi piel la memoria de cómo me había sentido. No podía borrar la intensidad de la fricción, el fuego que había encendido en mí, la forma en que mi cuerpo había cedido sin pensar en nada más.

El problema no era solo el calor. Era el hecho de que lo había disfrutado. Y peor aún, que una parte de mí deseaba que no se hubiera detenido.

Por primera vez desde que todo esto comenzó, tuve miedo.

No miedo de Nate, ni de nuestro trato, ni siquiera de Edward y sus malditas sospechas.

Tenía miedo de mí misma. Porque, a pesar de todas las razones para mantener la distancia, lo único que quería en ese momento era volver a sentirlo.

17

Nate

El sol ya estaba alto cuando decidí que era momento de dejar la suite. Esto no era solo una luna de miel falsa; era un maldito juego, y yo tenía todas las cartas en la mano.

Cada detalle del viaje había sido diseñado para una sola finalidad: follarme a Charlotte Bennet.

No podía sacármela de la cabeza, y sabía perfectamente por qué. Esa atracción casi enfermiza se alimentaba de lo prohibido, de lo que no debería querer.

Siempre había sido así para mí. Desear algo más intensamente cuanto más difícil o inapropiado parecía. Y la solución siempre era la misma: conseguirlo. Sacarlo de mi sistema. Acabar con la obsesión una vez que la tuviera gritando mi nombre, completamente mía.

La noche anterior había confirmado todo lo que ya sabía. Una cama, una noche juntos, y ella no había podido resistirse.

Pude sentir su cuerpo contra el mío, sus caderas buscando mi contacto, frotándose con una desesperación que probablemente ni siquiera entendía del todo.

Podría haberlo hecho. Podría haber metido mis manos entre sus piernas y arrancarle gemidos hasta que no pudiera recordar ni cómo se llamaba.

Pero no lo hice.

Me contuve, porque quería que ella llegara al punto de no retorno.

Que fuera ella quien cruzara la línea primero.

Porque sabía que cuando finalmente la tomara, sería perfecto. Le haría perder la cabeza, y después de eso, Charlotte Bennet dejaría de verme solo como el capullo insoportable de su jefe.

Sin embargo, aquella mañana necesitaba espacio. Aunque fuera el que llevaba las riendas, recordar como se había frotado contra mí durante la noche me tenía al borde de la locura.

Me puse un bañador, agarré una camiseta y me dirigí al muelle para apuntarme a una excursión de buceo. Necesitaba aire —o su equivalente bajo el agua— para despejar mi mente.

El silencio bajo el agua debería haber sido calmante, pero no sirvió de mucho.

La imagen de Charlotte seguía invadiendo mis pensamientos.

Cada detalle de su cuerpo, de la forma en que su respiración se había vuelto más rápida mientras dormía, cada movimiento que había hecho presionándose contra mí, provocaba una erección involuntaria.

Quería follármela.

Quería hundirme en ella, escuchar cómo gemía mi nombre entre jadeos mientras le daba más de lo que nadie le había dado nunca.

El agua cristalina y los peces de colores no podían competir con el recuerdo de esa noche.

Charlotte ya estaba atrapada en este juego, tanto como yo. La próxima vez no me detendría. Ella acabaría pidiendo lo que ambos sabíamos que quería, y yo estaría más que dispuesto a dárselo todo.

***

Los días siguientes, me dediqué a seguir jugando mi juego.

Por las mañanas, me aseguraba de estar todavía en la cama cuando ella se despertaba, con mi torso desnudo a la vista y mi voz grave susurrándole un «buenos días» justo al borde de su oído.

Durante el desayuno, me las arreglaba para que mis dedos rozaran los suyos al pasarle una taza de café, como si fuera un accidente.

Y cada vez que nuestras miradas se encontraban, sostenía la suya un poco más de lo necesario, lo justo para hacerla cuestionar si realmente había algo más detrás de todo o si solo estaba imaginándolo.

En el hotel, cuando coincidíamos en los espacios comunes de la suite, la provocaba de formas más sutiles.

Pasaba cerca de ella, lo suficiente para que pudiera percibir mi olor o sentir el calor de mi cuerpo, pero no decía nada. Dejaba que su imaginación hiciera el trabajo.

La tensión entre nosotros era tangible, como un hilo invisible que se tensaba un poco más cada vez que estábamos juntos.

Y sabía que ella lo sentía también, porque evitaba mi contacto cada vez que podía.

***

Aquella tarde, regresé al hotel después de haber practicado paddle surf, con el cuerpo aun vibrando por el esfuerzo físico y el sol que había golpeado mi piel durante horas. Pero todo cansancio se desvaneció en cuanto la vi.

Estaba en la piscina privada de la suite, apoyada en el borde con los codos mientras el agua le acariciaba la piel. Su cabello, recogido en un moño alto y ligeramente desordenado, dejaba expuesto su cuello largo y elegante, donde pequeñas gotas de agua brillaban bajo el sol.

Llevaba un bikini negro que resaltaba cada curva de su cuerpo, y la luz del sol que se reflejaba en el agua hacía que pareciera brillar.

Me detuve en seco, observándola desde la distancia.

Joder.

Era una visión tan jodidamente provocativa que tuve que apartar la mirada por un instante.

Sin pensarlo dos veces, me dirigí a la habitación, me cambié de ropa y me puse un bañador. Cuando volví a la piscina, ella seguía allí, con los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia atrás, completamente ajena a mi presencia.

16

Charlotte

Habían pasado días desde que llegamos, y cada vez me costaba más resistirme a Nate. No entendía qué estaba pasando entre nosotros. Nate, mi jefe, el ogro, la persona que más detestaba en el mundo, de pronto se había convertido en una fuente de atracción imposible de ignorar.

Cada vez que su piel rozaba la mía, aunque fuera por accidente, una corriente eléctrica recorría todo mi cuerpo.

Había dejado de ser inmune a su atractivo, y, lo peor de todo, él lo sabía. Cada mañana, despertaba sin camiseta, con esa maldita costumbre de dormir así, como si no le importara que mi mirada acabara inevitablemente recorriendo su torso perfecto.

Era humillante lo rápido que mi cuerpo reaccionaba; mi pecho se tensaba, mi respiración cambiaba, y mi sexo ardía con un deseo que no podía controlar.

Peor aún, había empezado a soñar con él. Imágenes de sus manos, su boca, su cuerpo sobre el mío invadían mi mente por las noches, dejándome despierta y avergonzada. Nunca, jamás, había sentido algo así por un hombre, y empezaba a pensar que me estaba volviendo loca.

Porque no era normal desear de esa manera a alguien a quien, supuestamente, odias. ¿Verdad?

Aquella tarde, buscando un poco de calma, decidí quedarme en la piscina de la terraza, con la esperanza de que el agua y el sol despejaran mi mente. Sin embargo, la tranquilidad se evaporó en el momento en el que escuché a Nate meterse en el agua y noté su presencia detrás de mí.

Me giré ligeramente, encontrándome con su mirada oscura, y casi me arrepentí de haberlo hecho. Estaba tan cerca que el espacio a mi alrededor pareció encogerse.

—¿Qué haces aquí? —Forcé un tono casual.

Nate sonrió con esa maldita sonrisa arrogante que siempre conseguía desarmarme.

—Pensé que podríamos hablar.

—¿Hablar? —Arqueé una ceja, intentando mantenerme firme—. ¿Hablar de qué?

—De lo que está pasando entre tú y yo. —Su respuesta fue directa, sin rodeos, y tan cargada de tensión que el calor del agua pareció aumentar de golpe.

Mi corazón dio un salto, pero me forcé a mantener mi tono neutral. No iba a ceder terreno.

—No sé de qué hablas.

Nate soltó una pequeña risa, baja y grave, mientras avanzaba un paso, acercándose lo justo para que el agua rozara mi piel donde antes había estado tranquila.
—Sí lo sabes, Charlotte. —Su voz bajó una octava, envolviéndome como una caricia peligrosa —. No te hagas la tonta. Hablo de esta tensión que nos rodea cada vez que estamos cerca.

Mi mandíbula se tensó, y le lancé una mirada que esperaba fuera lo suficientemente gélida como para hacerle retroceder.

—Eso no es tensión. Es odio. Te odio, ¿lo recuerdas? —Mentí, porque a esas alturas sabía de sobra que el odio se había transformado en algo mucho más complicado.

Nate esbozó una pequeña sonrisa desafiantes, y dio un paso más hacia mí, haciendo que el agua se moviera entre nosotros.

—¿Eso crees? Porque yo no diría que la otra noche, cuando te movías contra mí, pareciera que me odiaras.

El calor subió a mis mejillas, y me abracé a mí misma, como si intentara protegerme de su acusación.

—Eso fue un accidente.

—¿Un accidente? Pues la forma en la que te frotaste contra mi polla no parecía nada accidental. ¿Te hubieras resistido si en aquel momento te hubiera dado la vuelta y follado?

Me quedé sin aire. Oh, cielos. ¿De verdad estábamos teniendo esa conversación? Esto era Nate, mi jefe, el hombre que durante años había mantenido una barrera profesional tan alta que nunca, ni por un segundo, había dejado entrever algo parecido a una insinuación.

Y ahora estaba aquí, en la piscina de una suite de lujo, atrapada entre su cuerpo y el borde frío del azulejo, escuchándolo hablar de una manera que hacía que mi piel se estremeciera. ¿Cómo habíamos llegado a esto?

No sabía qué me asustaba más: que hubiera cruzado esa línea o que yo estuviera tentada de cruzarla con él.

—¿Qué estás diciendo? —logré murmurar.

—Lo que oíste, Charlotte. Si en ese momento te hubiera dado la vuelta y hundido mi polla en ti, ¿me habrías detenido?

Sabía la respuesta: no. No me habría resistido. Pero también sabía lo que significaba admitirlo. Exponerme. Dejar que él tuviera el control completo. Que aquello escalara hasta un punto sin retorno. Que estallara en algo que no estaba segura de poder manejar.

Apreté los labios, intentando recuperar el control, pero su mirada seguía fija en mí, como si estuviera descifrando mis pensamientos.

—Dijiste que esto era solo un acuerdo —le recordé, esforzándome por no perder la perspectiva.

Nate. El acuerdo. Lo que teníamos era una farsa, nada más.

—Y sigue siéndolo. Pero eso no implica que no podamos divertirnos un poco mientras dura el acuerdo.

Lo fulminé con la mirada.

—Complicaríamos las cosas.

—Me gustan las cosas complicadas. —Se acercó otro paso, y mi espalda chocó con el borde de la piscina.

—Bajo mi punto de vista hay dos cosas que podemos hacer. —Su voz era baja y su mirada intensa—. Hacer como si nada de esto hubiera pasado, mantener la distancia, fingir que ninguno de los dos siente esta atracción abrasadora que crece cada vez que estamos cerca.

Se inclinó un poco más hacia mí, con su mirada fija en la mía, desafiándome a mirarlo a los ojos.

—O podríamos dejarnos llevar y disfrutar de todo lo que llevamos semanas conteniendo.

El espacio entre nosotros se desvaneció por completo, y aunque todavía no me había tocado, su presencia lo llenaba todo.

—Tú decides, Charlotte. Si quieres que pase, solo tienes que dar el primer paso, y te prometo que voy a hacerte sentir más placer del que jamás has imaginado. —Su voz, profunda y cargada de intención, me envolvió como una caricia.

Mis piernas temblaron bajo el agua, y mi corazón latía tan fuerte que estaba segura de que él podía oírlo.

Me estaba dejando a mí la decisión. La opción más lógica era rechazarlo, mantenernos en lados opuestos de esta delgada línea, pasar aquel año en una tregua distante hasta que nuestras vidas se separaran definitivamente. Pero la lógica no servía de nada cuando estaba tan cerca, cuando su voz ronca resonaba en mi pecho y su mirada me desnudaba por completo.

Maldita sea, lo deseaba. Deseaba a ese hombre arrogante y narcisista más de lo que jamás había deseado a nadie.

Supongo que por eso lo hice.

Sin pensarlo demasiado, incliné la cabeza hacia él y presioné mis labios contra los suyos.

Nate no dudó ni un segundo en responder. Su boca se abrió contra la mía con una urgencia que me hizo gemir. Su lengua se deslizó dentro, encontrando la mía en un baile ardiente que dejó mi cuerpo encendido. El beso era salvaje, descontrolado, lleno de todo lo que habíamos estado reprimiendo durante semanas.

Sus manos encontraron mis caderas bajo el agua, tirando de mí hasta que mis piernas se enroscaron alrededor de su cintura. Sentí su erección contra mi centro, y no pude evitar moverme, buscando más fricción. El roce me arrancó un jadeo que él atrapó con su boca, profundizando aún más el beso.

Mi cuerpo parecía tener vida propia, frotándose contra él, perdida en la sensación de su piel contra la mía, del agua cálida que nos envolvía. Sus manos se deslizaron por mis muslos, sosteniéndome con fuerza, mientras su boca abandonaba la mía para recorrer mi mandíbula y mi cuello.

—Charlotte… —susurró contra mi piel y su voz ronca envió un escalofrío directo a mi columna vertebral—. Voy a hacerte mía.

18

Charlotte

Entramos en la habitación a trompicones, sin dejar de besarnos. Tropezamos con la puerta, con la mesita, incluso con el borde de la cama, pero ninguno de los dos parecía dispuesto a detenerse.

No sé cómo nos deshicimos de los bañadores, pero de repente estábamos en la cama, piel contra piel.

Su cuerpo caliente y firme cubría el mío, y cada movimiento suyo me encendía aún más.

Nate bajó sus labios de mi boca a mi cuello, dejando un rastro de fuego que hacía que todo mi cuerpo temblara debajo de él.

—¿Te das cuenta de lo loco que me vuelves? —murmuró, su voz ronca envió escalofríos por todo el cuerpo.

Quise responder, algo sarcástico probablemente, pero cuando sus manos encontraron mi cintura y me acercaron más a él, las palabras murieron en mi garganta. Mis uñas se clavaron ligeramente en sus hombros mientras arqueaba la espalda, buscando más de ese contacto.

—Nate... —Mi voz salió entrecortada.

—Shh, Charlotte —susurró, con sus labios volviendo a buscar los míos con una urgencia que me desarmó—. Solo déjate llevar.

Lo hice. Por primera vez en lo que parecían años, dejé de pensar. Dejé de cuestionar. Dejé que el momento, la intensidad de sus manos, de su boca, de su cuerpo, lo consumieran todo.

Y ahí estaba, desnuda, delante del insoportable de mi jefe con el que me había casado por conveniencia, deseando que me tomara y me hiciera suya. Menudo sinsentido.

Mi mente me gritaba que parara, que recordara por qué estábamos aquí en primer lugar, pero mi cuerpo tenía ideas completamente diferentes.

Nate no parecía tener esas dudas. Se movía con la seguridad de alguien que sabía exactamente lo que hacía, y lo que quería.

Su boca dejó un rastro ardiente mientras descendía desde mi barbilla, pasando por mi cuello,

hasta detenerse en mi clavícula. Su lengua rozó mi piel, arrancándome un gemido que no pude contener.

—¿Te das cuenta de lo mucho que me provocas?

Sus labios se cerraron sobre mi pezón, mientras su mano recorría mi cintura, trazando un camino lento y deliberado que hacía que cada fibra de mi ser se tensara de anticipación.

Intenté aferrarme a la lógica, al contrato, a cualquier cosa que me recordara que esto no estaba en el trato.

—Esto no puede pasar, Nate… —murmuré. Intenté retroceder, aunque solo fuera simbólicamente, pero sus manos firmes no me dejaron escapar.

Él sonrió, con esa sonrisa arrogante y devastadora que conocía tan bien y, que ahora parecía ser mi perdición.

—Charlotte, deja de resistirte. —Pellizcó mi pezón y yo gemí—. Ambos sabemos que lo quieres tanto como yo.

Tenía razón.

Y obedecí. No me resistí. Dejé que sus labios y sus manos reclamaran cada parte de mí, ignorando el sinsentido de todo esto.

Su boca se cerró alrededor de uno de mis pezones, mordiendo suavemente antes de lamer con su lengua experta que arrancó un gemido desde lo profundo de mi garganta. Cada mordisco, cada succión, enviaba oleadas de calor directo a mi vientre, encendiendo un incendio que parecía devorarme desde dentro.

Me arqueé contra él, buscando más, mi cuerpo estaba completamente fuera de control. Sus manos se deslizaron por mis costados, firmes y posesivas, mientras su boca se movía al otro pecho, repitiendo el mismo tormento exquisito. No podía pensar, no podía hablar. Todo lo que existía era el placer que él estaba arrancando de mí, dejándome completamente a su merced.

Cuando descendió más, dejando un rastro de besos por mi abdomen, el aire pareció espesarse.

Se detuvo justo sobre mi sexo, y el calor de su aliento contra mi piel desnuda me hizo contener la respiración.

—Oh, Dios… —murmuré, incapaz de procesar lo que estaba pasando—. Tengo a Nathaniel Whitmore sobre mi…

No pude terminar la frase, porque en ese momento su lengua me tocó, y toda la realidad se evaporó.

Su lengua se deslizó entre mis pliegues, en un movimiento certero que terminó en mi centro de placer. Solté un gemido y me agarré a las sábanas, sabiendo que estaba a un punto de tener el orgasmo más brutal de toda mi vida.

—Nate… —susurré con la voz temblorosa, casi suplicante, mientras él continuaba su trabajo con una intensidad que no había imaginado jamás.

Sus labios rodearon mi punto más sensible, succionando con una mezcla de intensidad y delicadeza que me arrancó un grito entrecortado. No había nada más en ese momento. Solo él, su lengua, y el placer que crecía dentro de mí, amenazando con explotar en cualquier momento.

Mis caderas se movieron por su cuenta, buscando más de lo que me estaba dando, pero sus manos firmes me mantuvieron en su lugar.

—Quietita, Charlotte —murmuró contra mi piel, y la vibración de su voz hizo que mi espalda se arqueara más.

—¡Dios! —jadeé, tirando la cabeza hacia atrás mientras él seguía, con cada lamida y cada movimiento de su boca llevándome más cerca de la cima.

Y entonces me corrí contra su boca, en un orgasmo demoledor que me dejó sin aliento.

Fue como si mi cuerpo explotara en mil fragmentos de placer, y cada uno de ellos se incendiara al mismo tiempo.

Un calor abrasador me recorrió desde la punta de los dedos hasta el último rincón de mi ser, y un grito ahogado escapó de mi garganta mientras las olas de éxtasis me llevaban tan alto que parecía imposible volver a bajar.

Nunca antes había conocido un placer tan lleno, tan absoluto.

A través del zumbido en mis oídos, sentí cómo Nate seguía acariciándome suavemente con su lengua, prolongando las últimas sacudidas hasta que finalmente me desplomé contra las sábanas.

Mi respiración estaba desbocada, y mi cuerpo temblaba ligeramente mientras intentaba volver a la realidad. Pero la realidad ya no parecía ser la misma. Me había llevado a la luna y me había traído de regreso siendo otra, una versión de mí que no conocía, pero que no estaba segura de querer soltar.

Nate levantó la cabeza con expresión satisfecha. Sus ojos oscuros se clavaron en los míos, y mi corazón tamborileó en mi pecho como si acabara de darme cuenta de lo que acababa de pasar.

—Te ves espectacular así —murmuró, con la voz cargada de orgullo.

No pude responderle. ¿Qué se suponía que debía decir después de algo así? Estaba demasiado ocupada recuperándome… y preguntándome cómo iba a volver a mirarlo a la cara sin recordar esto.

Entonces subió hacia mi rostro y me besó con intensidad.

Sus labios sabían a mí, a él, a pura lujuria y deseo.

Su lengua se deslizó contra la mía, posesiva, firme, mientras sus manos me rodeaban con una fuerza que no pedía permiso, pero tampoco admitía objeción.

Antes de que pudiera darme cuenta, mi cuerpo volvió a encenderse. Mi piel ardía y el calor entre mis piernas regresó con una intensidad devastadora.

—Pídemelo —susurró contra mi oído con la voz enroquecida.

—Nate…

—Pídemelo. —Sus labios rozaron mi cuello, y sentí un escalofrío recorrerme, tan intenso que mi resistencia se desmoronó.

—Hazme tuya, Nate.

Sus ojos brillaron con una mezcla de satisfacción y deseo mientras buscaba en una pequeña bolsa junto a la cama. Sacó un condón, lo abrió con un movimiento eficiente y se lo colocó mientras yo lo miraba, incapaz de apartar la vista de él, de su cuerpo, de la anticipación que construía una tensión insoportable en mi interior.

Se posicionó entre mis piernas, alineando nuestros cuerpos y su mirada se encontró con la mía.

De una estocada profunda, me penetró, arrancándome un jadeo que resonó en la habitación.

Mi cuerpo se arqueó hacia él, ajustándose instintivamente a su ritmo, a la fuerza de su entrada. Él soltó un gruñido bajo y sus manos se aferraron a mis caderas mientras empezaba a moverse.

Cada embestida era firme y directa, llevándome al borde una y otra vez, arrancándome

gemidos que se mezclaban con su respiración pesada. Mi cuerpo se movía al ritmo del suyo, completamente perdido en la intensidad del momento, mientras el placer subía como una ola imparable, amenazando con arrasar con todo.

—Joder, Charlotte —murmuró contra mi oído, su voz una promesa oscura que me hizo temblar—. Qué bueno se siente dentro de ti.

Se movía dentro de mí con fuerza, y cada embestida arrancaba un gemido de mis labios. Mis caderas se alzaron para encontrarlo, buscando más, mientras me perdía en el ritmo intenso que marcaba su cuerpo.

Cada vez que empujaba, la presión en mi interior crecía, formando una espiral de placer que parecía arrastrarnos al límite. Mi respiración era irregular, los gemidos salían sin control, y mis uñas se hundieron en su espalda, incapaz de detenerme.

Sus manos sujetaban mis caderas con fuerza, guiándome, dominándome, pero también dándome todo lo que mi cuerpo pedía a gritos.

Me aferré a él, perdida en el momento, en la sensación de tenerlo completamente para mí, moviéndose con una fuerza imparable, llevándonos juntos hacia el abismo.

Sus movimientos se volvieron más erráticos, más profundos, y su respiración se mezcló con la mía en un caos perfecto.

—Nate… —dije con la voz rota por el orgasmo inminente.

—Dámelo —me ordenó—. Córrete para mí, Charlotte.

Eso fue todo lo que necesité. Mi cuerpo se tensó bajo él mientras el orgasmo me arrasaba como una ola gigante, dejándome temblando y completamente fuera de control.

Él no tardó en seguirme.

Con una última estocada profunda, Nate se dejó ir, enterrado dentro de mí mientras un gruñido gutural escapó de sus labios.

Y así, sin más, empezamos algo que sin saberlo entonces iba a cambiarlo todo.

19

Nate

La habitación estaba en silencio, salvo por el suave sonido de la respiración de Charlotte. Dormía profundamente, con su cabello desordenado extendido sobre la almohada. Las sábanas apenas cubrían su cuerpo desnudo, y una de sus piernas estaba entrelazada con la mía, como si incluso dormida buscara el contacto.

Normalmente, a estas alturas, ya me habría vestido y largado. Era mi modus operandi. Sexo sin complicaciones, y luego el vacío de la soledad. Pero esta vez… esta vez no quería irme. Por primera vez, tenía ganas de quedarme.

Charlotte era distinta. Maldita sea, lo era.

La conocía. La conocía más de lo que jamás había querido conocer a otra persona.

Sabía que se tocaba el pelo cuando estaba nerviosa, y que giraba mechones entre sus dedos como si así pudiera calmar su mente. Sabía que le gustaban los cafés que eran más azúcar y crema que café en sí. Sabía que detestaba el olor a jazmín porque le recordaba a su tía abuela, pero que amaba el aroma de rosas porque le recordaba a su madre.

Sabía que podía ser implacable con sus opiniones, pero que a menudo, después de una discusión, se quedaba en silencio, mordiéndose el labio, preguntándose si había sido demasiado dura.

Sabía tanto de ella que me asustaba.

Debería sentirme aliviado.

Ya había sucedido.

Ya me la había follado.

Era lo que llevaba semanas deseando, ¿no? Sacarla de mi sistema, devolverla al lugar en mi cabeza donde las cosas eran simples y ordenadas.

Pero no. No iba a ser tan fácil.

Porque mientras la miraba dormir, me di cuenta de que la única cosa que no había anticipado era esta: que después de todo, no querría alejarme.

20

Charlotte

Habían pasado diez días desde que llegamos a la isla. Tres días desde que se suponía que debíamos haber vuelto a la ciudad, pero Nate había insistido en alargar nuestra estancia.

—Eso nos ayudará a mantener las apariencias. Una pareja de recién casados evitando regresar a la realidad para seguir disfrutando de su compañía. No hay nada más convincente que eso.

Aunque, a esas alturas sabía que su verdadera intención no tenía nada que ver con Edward o el dichoso acuerdo.

Desde que sucumbimos a la atracción, lo único que hacíamos era tener sexo. Tener sexo y dormir. Lo hacíamos en la cama. En la ducha. O contra cualquier superficie sólida. Mi cuerpo estaba al límite, exhausto pero vivo de una forma que nunca había experimentado antes.

Sin embargo, necesitaba un respiro. Un momento para recordarme que todavía había un mundo fuera de la suite, que no todo giraba en torno al calor abrasador de sus manos o a la manera en que su boca sabía exactamente cómo desarmarme.

Me giré en la cama y lo miré. Nate estaba apoyado contra el cabecero, con una mano detrás de la cabeza y la otra sosteniendo un vaso de agua que había cogido en algún momento. Tenía el cabello revuelto, el torso desnudo y esa sonrisa satisfecha que me hacía querer lanzarle una almohada.

—Creo que deberíamos hacer un descanso.

—¿Un descanso? —Frunció el ceño.

—Sí, ya sabes… salir, ver el sol, recordar cómo es el mundo exterior. Esas cosas.

Él dejó el vaso sobre la mesita de noche y me miró como si acabara de sugerir algo profundamente absurdo.

—¿No estás cómoda aquí? —preguntó con un tono que sugería que la respuesta obvia era «sí».

—Nate, llevamos cinco días encerrados. Cinco días.

—¿Y? —Su sonrisa se ensanchó, claramente satisfecho consigo mismo—. No he escuchado ninguna queja en todo este tiempo.

Lo fulminé con la mirada, aunque mi cuerpo, ese traidor, recordaba perfectamente cada una de las cosas que habían sucedido en esos cinco días.

—Eso no significa que no necesitemos aire fresco.

Él se rio entre dientes, en un sonido bajo y cálido que me hizo apretar las sábanas con más fuerza.

—De acuerdo. —Se levantó con naturalidad y se dirigió al armario, dándome una vista privilegiada de su trasero.

—¿Así, sin discutirlo? —pregunté, desconfiada, mientras lo observaba sacar unos pantalones cortos y una camiseta.

—¿Por qué iba a discutirlo? —respondió, echándome una mirada por encima del hombro con esa maldita expresión despreocupada—. Entiendo que no todo el mundo puede manejar tantos orgasmos seguidos. Tal vez debería ser menos generoso.

Puse los ojos en blanco, pero se me escapó una sonrisa.

—Eres imposible.

—Y tú adorable cuando estás indignada —dijo, guiñándome un ojo—. Vístete, Charlotte. Vamos a explorar antes de que cambie de opinión.

Lo observé desaparecer detrás de la puerta, preguntándome por qué cada palabra suya me provocaba una mezcla tan incómoda de irritación y atracción.

Quizás salir al aire libre realmente era lo que necesitaba. Quizás me ayudaría a recordar que esto era un contrato, no una luna de miel real, por mucho que llevara más polvos de los que podía contabilizar en toda mi vida.

21

Nate

Nos pasamos el día recorriendo la isla.

Primero fuimos a un mercado lleno de colores y aromas que parecían intensificarse bajo el sol abrasador. Charlotte iba unos pasos por delante de mí, tocando telas, probando frutas, y regateando con los vendedores con una soltura que me hacía preguntarme cómo demonios encajaba tan bien en aquel lugar.

Luego caminamos por la playa, con las olas rompiendo suavemente contra la orilla y el sonido del agua llenando los silencios entre nosotros.

Al mediodía, nos detuvimos en un pequeño restaurante junto al mar. Las mesas estaban hechas de madera desgastada, y el menú era simple pero suficiente: mariscos frescos y jugos de frutas.

Ella comió como si no hubiera mañana, riéndose cada vez que alguna salsa le caía en los dedos y murmurando que era lo mejor que había probado en su vida.

No pude evitar mirarla. ¿Por qué nunca antes me había fijado en esa faceta suya?

Porque te detestaba, me recordé. *Porque le dabas miedo con tu actitud arrogante de mierda.*

Más tarde, mientras el sol comenzaba a hundirse en el horizonte, nos encontramos con un grupo de músicos callejeros en el paseo marítimo. Tocaban algo alegre, animado, y antes de darme cuenta, Charlotte estaba moviendo las caderas al ritmo de la música.

—No puedo evitarlo —dijo riendo cuando se dio cuenta de que la estaba mirando.

La observé desde donde estaba apoyado, con los brazos cruzados mientras intentaba no sonreír como un idiota.

Llevaba un vestido ligero y el viento jugando con la tela y el cabello. Se movía con una despreocupación que me tenía jodidamente hipnotizado.

La música, el sol poniéndose detrás de ella, todo conspiraba para hacerla parecer algo sacado de un sueño.

Y entonces lo sentí.

Algo en el pecho. Una especie de tirón incómodo que no tenía nada que ver con el deseo. Era algo más profundo, más íntimo.

Ella se giró hacia mí, riéndose, con las mejillas enrojecidas por el calor y la música.

—¿Por qué me miras así?

Intenté responder con algo ingenioso, algo que aliviara la tensión que sentía en mi interior, pero las palabras no llegaron. Así que fui sincero.

—Porque me estás volviendo loco.

Su sonrisa se desvaneció, y sus ojos buscaron los míos, como si intentara descifrar el significado de lo que acababa de decir.

No sabía si lo había entendido todo, pero lo que sí sabía era que yo estaba jodido. Esto no era algo que pudiera resolver simplemente follándomela.

Llevábamos tres días aquí desde que se suponía que debíamos volver, y todavía quería quedarme. Maldita sea. Todavía quería quedarme.

22

Charlotte

La noche estaba en calma, y el suave romper de las olas contra la orilla llenaba el silencio entre nosotros. Sentados en la terraza de la suite, bajo un cielo salpicado de estrellas, compartíamos una botella de vino a medio vaciar.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dije, rompiendo el silencio.

Nate levantó la vista hacia mí, arqueando una ceja.

—¿No me la harás si te digo que no?

Lo fulminé con la mirada, y él asintió con una sonrisa apenas perceptible.

—Claro —cedió, apoyando la copa de vino en la mesa con un gesto pausado.

Respiré hondo antes de lanzarme.

—¿Por qué crees que tu padre te puso en el testamento que debías casarte para mantener tu puesto de CEO?

Su expresión cambió. La ligereza fue sustituida por una sombra que oscureció su rostro, como si las palabras hubieran tocado algo que preferiría mantener enterrado.

—Mi padre siempre fue un hombre complicado. No era alguien fácil de entender.

Hizo una pausa, como si estuviera buscando las palabras adecuadas, y yo aproveché para tomar un sorbo de vino, dándole el espacio que parecía necesitar.

—Perdí a mi madre cuando era niño —continuó finalmente, con la voz más baja—. Y mi padre nunca fue capaz de superar su muerte. Después de eso, siempre fue frío y distante con todos. Decía que amar a una mujer era lo peor que podía hacer un hombre, porque te volvía vulnerable. Que ser fuerte significaba no depender de nadie.

Lo miré, intentando dar sentido a sus palabras.

—¿Y entonces? ¿Cómo encaja todo eso con este testamento? Casarte no parece encajar con esa filosofía.

Nate dejó escapar una risa corta, amarga, mientras giraba la copa entre sus dedos.

—Exacto. Es lo que no entiendo. Toda mi vida me insistió en que no dependiera de nadie. Que los sentimientos eran una debilidad. Y luego, cuando muere, me deja este absurdo requisito para conservar la empresa. ¿Se puede ser más contradictorio?

Negué con un movimiento de cabeza. Aquello no tenía ningún sentido.

—Supongo que en el fondo tenía la esperanza de que una mujer me metiera en vereda. Siempre odió al hombre en el que me había convertido. No puedo culparlo. Durante un tiempo, me dejé llevar por la mala vida. Pero luego… luego le dio igual que intentara enmendar mis errores. Por más que me esforzara, nunca conseguí que me viera como alguien digno.

Sabía exactamente a lo que se refería. Cuando me dieron el puesto, no pude evitar buscar información sobre él.

Había leído todos esos titulares sensacionalistas que lo tachaban de mujeriego irresponsable, de alguien que vivía al límite sin preocuparse por las consecuencias.

Pero yo también había sido testigo de sus esfuerzos durante estos últimos años. Puede que en el pasado hubiera sido todo eso que decían, pero era evidente que ya no era el mismo hombre.

Había cambiado, y no solo para cumplir con las expectativas de los demás, sino porque parecía estar luchando contra sus propios demonios.

Le sostuve la mirada, dejando la copa de vino en la mesa con cuidado antes de hablar.

—Aunque seas un jefe exigente, nadie puede poner en duda tu dedicación. Llevo tu agenda, Nate. Sé lo mucho que te esfuerzas.

Nate dejó escapar una risa suave.

—¿De ogro a jefe exigente? —dijo con una sonrisa ladeada y sexy—. ¿Cuántos orgasmos más hacen falta para que pienses que, en realidad, no soy tan mal jefe?

Sentí calor. En las mejillas, pero también en otras partes de mi cuerpo. Y le seguí el juego.

—Más de los que eres capaz de ofrecerme.

—Eso suena a un desafío que estoy más que dispuesto a aceptar.

Como si no estuviera dispuesto a perder ni un segundo, se levantó de la silla con determinación y, antes de que pudiera procesarlo, cayó de rodillas frente a mí. Dejé escapar un

jadeo ahogado cuando separó mis piernas con firmeza, y con un movimiento brusco, rompió mis bragas de un tirón seco.

—Nate…

No me dio tiempo a reaccionar antes de que se inclinara y su boca descendiera hasta mi sexo con una precisión que me dejó sin aliento. La primera caricia de su lengua fue suficiente para hacerme arquear la espalda, como si una descarga eléctrica recorriera cada célula de mi cuerpo.

Sus movimientos eran expertos, deliberados, como si cada roce de su lengua estuviera diseñado para arrancarme cualquier pensamiento coherente.

Mi cuerpo reaccionó al instante, temblando bajo su control.

—Nate… —Intenté hablar, pero lo único que salió de mi boca fue un gemido incontrolable cuando su lengua dibujó un círculo lento y devastador sobre el lugar más sensible de mi cuerpo.

Levanté la vista, tratando de concentrarme, pero él levantó la mirada en ese preciso instante, y el fuego en sus ojos me desarmó.

Se notaba que estaba disfrutando no solo del efecto que tenía en mí, sino también de la idea de tenerme completamente a su merced.

—Shhh, Charlotte —susurró, haciendo una pausa para besar la cara interna de mi muslo antes de regresar a mi centro de mi placer—. Déjame demostrarte lo buen jefe que puedo ser. Considerado. Generoso.

—Eres… un idiota —logré murmurar, pero mi insulto perdió toda fuerza cuando un nuevo gemido escapó de mis labios.

—Puede ser. —Su voz sonó contra mi piel y la vibración me arrancó un espasmo. Se detuvo un segundo, solo para añadir con esa arrogancia que lo caracterizaba—: Pero soy un idiota que sabe exactamente cómo hacerte sentir bien.

A este paso, iba a conseguir demasiado rápido que pensara que no era solo un buen jefe, sino el mejor del mundo. Eso, obviamente, no se lo dije.

Poco después, los espasmos comenzaron a acumularse en una tensión que crecía como una tormenta a punto de estallar.

Mi respiración se volvió errática, y mis uñas se clavaron en la silla, buscando algo a lo que aferrarme mientras él me empujaba cada vez más cerca del abismo.

Estaba perdida, completamente atrapada por la intensidad de lo que estaba haciéndome sentir.

Cuando el orgasmo llegó, mi cuerpo se tensó como un arco, y el aire escapó de mis labios en un gemido ahogado que habría avergonzado a cualquiera con un mínimo de decencia. Pero yo no tenía nada de eso en ese momento.

La decencia se había quedado en Nueva York, junto a mi odio hacia Nate que, por lo visto, también había decidido tomarse unas largas vacaciones. Porque si alguna vez lo había odiado, ahora mismo no podía recordarlo. No con mi cuerpo todavía temblando, mi respiración descontrolada y la mirada intensa de Nate clavada en mí como si acabara de conquistar el mundo.

23

Charlotte

Llegó el momento de regresar a la ciudad y dejar atrás la isla. El vuelo fue silencioso, pero no de una manera incómoda. Nate parecía completamente relajado, como si estar a miles de metros sobre el suelo no le afectara en absoluto.

Yo, en cambio, no podía evitar que mi mente corriera en todas direcciones.

¿Qué pasaría ahora que regresábamos? ¿Podríamos fingir que la última semana no había existido?

Mientras miraba por la ventanilla, observando cómo las nubes parecían extenderse hasta el infinito, sentí una mezcla extraña de emociones. Una parte de mí no quería regresar.

La isla había sido un paréntesis, una burbuja donde el mundo real no existía. Pero Nueva York… Nueva York era otra historia. Allí nos esperaba la realidad, con sus límites y sus reglas.

Cuando finalmente aterrizamos, la ciudad nos recibió con su caos habitual: luces cegadoras, bocinas ensordecedoras y el inconfundible rugido de una ciudad que nunca se detiene.

Pero al cruzar las puertas del dúplex, el ruido de la ciudad quedó ahogado por un silencio incómodo que llenaba el espacio entre nosotros.

Había algo opresivo en ese lugar. Quizás porque los recuerdos de la isla aún me quemaban bajo la piel, o porque el mármol y el diseño impecable del dúplex no tenían nada que ver con la calidez del sol y el sonido de las olas.

Todo lo que había pasado allá parecía tan ajeno a esta fría realidad que era como si me hubieran arrojado a un mundo diferente.

Dejé caer mi bolso en el recibidor y pasé una mano por mi cabello, intentando apartar los pensamientos que me bombardeaban desde que dejamos atrás el paraíso. Necesitaba espacio. Aire. Algo que me ayudara a volver a poner las cosas en perspectiva.

—Voy a… subir a mi habitación —dije finalmente, señalando las escaleras con un gesto vago. Mi voz sonó débil, como si no estuviera segura de mis propias palabras.

Di un paso hacia las escaleras, pero sentí una mano firme rodeando mi cintura antes de que

pudiera avanzar. El contacto fue suficiente para detenerme en seco.

—Nada de eso. —Su voz era baja, pero con esa autoridad que siempre parecía cortar cualquier protesta antes de que pudiera formarse del todo.

Me giré para enfrentarlo, cruzándome con su mirada fija, intensa, que no dejaba espacio para discusiones.

—Estoy cansada. Quiero echarme un rato en la cama.

Su mano permaneció en mi cintura.

—Perfecto —dijo, con una sonrisa apenas perceptible—. Entonces dormirás en mi cama. O, mejor dicho, nuestra cama.

—¿Qué? —Mi voz salió más aguda de lo que esperaba.

—Lo has escuchado perfectamente, Charlotte. Vamos a dormir juntos.

Mis ojos se abrieron como platos mientras buscaba en su rostro alguna señal de que estaba bromeando.

—Nate, eso no es lo que acordamos. Dijimos que íbamos a dormir en habitaciones separadas. Que tendríamos vidas separadas. Esa fue la idea desde el principio. ¿Recuerdas? Mantener la distancia.

—Esa distancia dejó de tener sentido hace días, y lo sabes.

Mi corazón empezó a latir más rápido. Intenté apartarme, pero él me agarró con más fuerza.

—¿Qué se supone que estamos haciendo?

—No lo sé, ni me importa. Yo quiero estar contigo. Tú quieres estar conmigo. Para mí, eso es suficiente. ¿Para ti no?

Me quedé mirándolo, sin saber qué decir. Porque, en el fondo, tenía razón. Lo quería, lo deseaba, y lo había demostrado en cada momento de los últimos días.

Pero aceptar lo que me estaba ofreciendo, incluso si era solo para un año, significaba abrir una puerta que me aterraba cruzar.

Esos días en la isla me habían mostrado un Nate que nunca habría imaginado. Había conocido su parte divertida, la que hacía bromas en el mercado y disfrutaba del caos a su

alrededor. Su parte tierna, la que me susurraba al oído justo antes de quedarse dormido. Y su parte vulnerable, la que me reveló cuando habló de su padre y de los fantasmas que lo perseguían.

Sin embargo… ¿cuál era la alternativa? ¿Alejarme? ¿Fingir que no quería más de él cuando mi cuerpo y mi mente pedían lo contrario? ¿Renunciar al mejor sexo de mi vida, a los orgasmos que me arrancaban el alma y a la manera en que me miraba como si fuera la única persona en el mundo?

Tal vez… tal vez lo mejor era disfrutarlo mientras durara. Vivir este año como un sueño del que ya sabía que tendría que despertar. Los pedazos… ya me encargaría de recogerlos después.

Finalmente le ofrecí una respuesta:

—Sí. Para mí también es suficiente.

Nate no dijo nada más. Tal vez porque sabía que ya había ganado, o tal vez porque era de esos hombres que sabían cuándo las palabras sobraban.

Me agarró de la mano con firmeza, como si temiera que cambiara de opinión en cualquier momento, y me guio hasta su habitación.

Cuando llegamos, me soltó y fue directo al armario, lo abrió y comenzó a sacar cosas: camisas perfectamente planchadas, zapatos que probablemente costaban más que mi alquiler de un año, corbatas que doblaba con precisión antes de colocarlas en un rincón.

—¿Qué haces?

—Haciéndote espacio. —Se giró para mirarme un segundo, con una expresión que mezclaba tranquilidad y determinación—. Si vamos a compartir habitación, no tiene sentido que tengas que correr a la tuya cada vez que necesites algo.

Lo miré en silencio mientras seguía con su tarea. Estaba completamente concentrado en reorganizar el espacio. Sacó un par de cajones vacíos y los dejó abiertos, como una invitación silenciosa.

—Aquí puedes poner tus cosas.

Me quedé quieta, observándolo mientras movía sus camisas a un lado del armario, dejando un espacio considerable para las mías.

Y fue entonces cuando lo entendí.

Recoger los pedazos, cuando todo esto terminara, iba a ser mucho más doloroso de lo previsto.

24

Charlotte

El aroma a café recién hecho llenaba el pequeño bistró donde Emma y yo solíamos encontrarnos. Era uno de esos lugares que siempre olían a croissants recién horneados y donde podías esconderte del ruido de la ciudad. Pero, a pesar de lo acogedor del ambiente, yo no podía dejar de darle vueltas a mis pensamientos, que se arremolinaban como un huracán.

Mientras removía el azúcar en mi café, Emma hablaba de su último encontronazo con Alex, el amigo de Nate, también conocido como el cliente gilipollas del centro de cirugía estética.

—Es un infierno trabajar para él, de verdad. —Emma suspiró, gesticulando con la mano libre mientras mantenía la otra apoyada en su taza—. Ayer le presenté un nuevo logo. Era limpio, minimalista, con colores sobrios y tipografía moderna. ¿Y sabes lo que me dijo? Que no le gustaba porque carecía de alma. ¿Qué se supone que es un logo con alma?

Sonreí de manera automática, aunque mi mente estaba lejos de su conversación.

—Charlotte… —Emma alargó mi nombre con tono de advertencia, inclinándose hacia adelante mientras fruncía el ceño—. ¿Estás escuchándome?

Parpadeé, volviendo a la realidad justo a tiempo para ver su expresión preocupada.

—Sí, claro. —Intenté seguirle el juego, pero mi tono la delató.

—Estás en otro mundo. ¿Qué pasa? ¿Tan mal te ha sentado el viaje a las Maldivas? Porque, además, ni siquiera estás morena.

Solté una risa seca.

—No tuvimos mucho tiempo para broncearnos.

Emma ladeó la cabeza, y la sospecha se reflejó en su rostro antes de abrir los ojos como platos.

—¡Dios mío, no me digas que…! —Se inclinó más cerca, bajando la voz—. ¿Os habéis pasado todo el viaje encerrados en la suite haciendo cosas indecentes?

Ante mi ausencia de respuesta, se echó a reír, llevándose una mano al pecho.

—¡Oh, por favor! ¿Es eso un sí? ¡Dime que es un sí!

—No voy a hablar de esto contigo.

—Eso es un sí. —Emma se cruzó de brazos con una sonrisa triunfal mientras yo me hundía más en la silla, deseando que la tierra me tragara—. Cuando te sugerí que lo usaras como vibrador humano no parecías muy dispuesta. Me alegro de que cambiaras de opinión. Aunque, ahora tengo la duda: ¿es cierto lo que presuponías de que solo se preocupa de su propio placer?

Me tapé la cara con las manos, deseando no recordar esa conversación absurda.

—No. Estaba equivocada. Pero no preguntes detalles porque no pienso dártelos.

—Lo que te convierte en una muy mala amiga. —Emma chasqueó la lengua, fingiendo indignación—. ¿Qué pasó con la política de «cuéntamelo todo, hasta los detalles sórdidos»?

—Se quedó en la universidad, junto con las noches de tequila barato.

—Pues qué aburrido. —Hizo un mohín—. Llevo seca unos meses. Necesito vivir a través de ti.

Negué con la cabeza, divertida.

—Para eso no necesitas que te cuente detalles morbosos. Enciende el ordenador y ponte una porno.

—¿Quién dice que no lo hago ya? —Emma se rio entre dientes, alzando una ceja con picardía—. En fin, da igual, explícame cómo te sientes. Teniendo en cuenta lo mucho que lo detestabas, imagino que debes estar en shock.

—Y lo estoy —admití, removiendo el líquido en mi taza con la cucharilla—. Aunque también es verdad que Nate no era como yo pensaba.

—¿Un capullo controlador amante del orden y la disciplina?

—Bueno… —suspiré, alzando una mano para detenerla—. Puede que sí sea un poco todo eso. Pero también tiene otra cara. Cuando lo conocí, lo reduje a un jefe capullo que no pensaba en nada más que en resultados. Pero, este tiempo con él en la isla he visto una faceta nueva de él, que ni siquiera sabía que existía.

Emma arqueó una ceja, claramente intrigada.

—¿Qué faceta?

Me mordí el labio, tratando de buscar los mejores ejemplos.

—Bueno, para empezar, tiene un lado… humano que nunca imaginé. Como la vez que vimos a una mujer mayor intentando cargar unas bolsas de la compra en plena calle. Sin que nadie se lo pidiera, se acercó y la ayudó a meterlas en un taxi. Fue tan rápido que ni siquiera tuve tiempo de reaccionar. Y, cuando le di las gracias por ayudarla, simplemente dijo: «No lo hice por ella, lo hice porque estaba bloqueando la acera».

Emma soltó una carcajada, pero yo continué, con una pequeña sonrisa en los labios.

——Ah, y hubo otro niño en el avión de regreso. —Sonreí al recordarlo—. Estaba llorando a gritos porque le daba miedo despegar. Nate lo vio y, antes de que alguien pudiera decir algo, sacó su móvil, se puso a buscar vídeos de dibujos animados y se los dio al crío. La madre estaba avergonzadísima, pero él solo dijo: «Es mejor esto que aguantar el ruido todo el vuelo».

—¿Nate? ¿El ogro? —Emma alzó una ceja, incrédula—. ¿El mismo tipo que despide a la gente por errores en un PowerPoint?

—El mismo —admití, riendo un poco—. Aunque no creas que es un santo. También es capaz de devolver un café porque la espuma del capuchino no tiene la textura exacta que quiere.

—Eso suena más como él.

—Sí, pero no lo hace solo por arrogancia. Dice que si paga por algo, tiene derecho a exigir que sea perfecto. «¿Por qué conformarse con menos?» es lo que siempre dice. Y, ¿sabes qué? En el fondo tiene razón.

Emma me miró con una mezcla de diversión y escepticismo.

—Así que es arrogante, perfeccionista… y, aparentemente, también tiene su corazoncito.

—Algo así. Por un lado, puede ser un imbécil insoportable, pero por otro… tiene esos momentos en los que ves algo más.

Emma se cruzó de brazos y me miró con intensidad.

—Amiga, estás jodida.

—¿Por qué?

—Porque estás hablando de él como si fuera un maldito héroe incomprendido. Y eso es peligroso.

—No estoy diciendo que sea un héroe. Solo estoy diciendo que no es tan mala persona como pensaba.

—Claro, claro. Y mientras tanto, ¿qué pasa contigo? ¿Estás lista para el día en que esto acabe?

Las palabras de Emma me golpearon como un balde de agua fría. Intenté no dejar que se reflejara en mi rostro, pero sabía que no era buena ocultando mis emociones.

—Lo superaré —dije con un tono que esperaba que sonara convincente.

Emma alzó las cejas, claramente dudando de mis palabras.

—¿De verdad? —Emma me miró con una ceja alzada, apoyando los codos en la mesa como si estuviera a punto de impartir sabiduría—. Porque, estamos hablando de Nathaniel Whitmore. Alérgico al compromiso y amante de las relaciones casuales. Sé que en las novelas románticas la chica siempre consigue cambiar al chico y convertirlo en un monógamo convencido, pero, querida, esto no es una novela romántica. Es la realidad.

Rodé los ojos, aunque sus palabras me golpearon más de lo que quería admitir.

—No estoy intentando cambiarlo, Emma. Sé exactamente cómo es Nate. Sé que esto tiene una fecha de caducidad, y también sé que no debería dejarme llevar más de la cuenta.

Ella apoyó una mano sobre la mía, con cariño.

—Solo quiero que tengas cuidado, Charlie. A veces el problema no es lo que ellos te prometen, sino lo que tú empiezas a esperar.

Asentí, aunque sentía un nudo formándose en mi pecho.

Porque, aunque quería creer que tenía todo bajo control, la verdad era que cada día con Nate me hacía olvidar un poco más que esto solo era un acuerdo. Incluso el regreso a la oficina había dejado de ser lo que solía ser. Las fronteras entre lo profesional y lo personal se habían difuminado de una manera que no esperaba.

Antes, entrar en esa oficina significaba lidiar con un jefe exigente, un trabajo agotador y un sinfín de tareas que ocupaban mi mente hasta el agotamiento.

Ahora, significaba enfrentarme a las miradas de Nate, a esos pequeños roces aparentemente accidentales cuando me pasaba un informe, a sus comentarios que iban cargados de una doble intención que solo nosotros entendíamos.

Ya no era solo mi jefe. Ya no podía mirarlo como tal.

Y ese era el problema. No se suponía que esto funcionara así. Se suponía que el acuerdo nos mantendría en nuestros roles, que todo se limitaría a lo estrictamente necesario para convencer a los demás. Pero aquí estaba yo, deseando cada momento que pasábamos juntos, aunque supiera que tenía los días contados.

25

Nate

El olor dulce y cálido de las galletas recién horneadas me recibió cuando abrí la puerta del dúplex. Era como un golpe de bienvenida después del caos del día. Cerré los ojos un instante, dejando que ese aroma se colara en mi mente como un bálsamo que prometía borrar las reuniones interminables y los correos cargados de problemas que parecían no tener solución.

Dejé caer la chaqueta en el respaldo de una silla mientras me dirigía hacia la cocina. El sonido suave de algo moviéndose me guio, y cuando llegué al umbral, la vi.

Charlotte estaba frente a la encimera, con el pelo recogido en un moño desordenado y una camiseta demasiado grande que se deslizaba por un hombro. Movía las manos, concentrada, mientras colocaba pequeños montones de masa en una bandeja, tarareando algo tan bajo que no podía distinguirlo.

Me acerqué en silencio, disfrutando del momento. Había algo hipnótico en verla así, completamente absorta en lo que hacía. Me incliné y presioné un beso suave en su cuello, justo donde sabía que su piel era más sensible.

La forma en que su cuerpo se tensó un segundo antes de relajarse con una pequeña sonrisa hizo que mi día entero valiera la pena.

—No sabía que te gustara cocinar —dije con un tono ligero, dejando que mi voz sonara tranquila mientras apoyaba las manos en la encimera, atrapándola entre mis brazos.

—No me gusta cocinar. —Se giró apenas lo suficiente para mirarme con una sonrisa traviesa—. Me gusta hornear.

—¿Y por qué no conocía esa faceta tuya?

—Porque no es algo que comparta con jefes exigentes y maridos falsos.

Esbocé una medio sonrisa, aunque me pregunté cuantas cosas de ella no conocía. Además me quemó que me llamara marido falso.

Miré la bandeja de galletas y cogí una.

—Están buenísimas.

—¿De verdad? —Sonrió, girándose por completo para enfrentarse a mí mientras limpiaba sus manos con un paño de cocina—. Solía hornear con mi madre cuando era niña. Era nuestro momento juntas.

La forma en que su voz bajó un poco al mencionar a su madre me hizo notar la nostalgia en su rostro.

—¿Lo hacíais mucho?

—Todo el tiempo. —Asintió, apoyándose contra la encimera y cruzándose de brazos—. A mamá le encantaba la repostería, pero nunca fue buena siguiendo recetas. Improvisaba mucho, y yo me encargaba de corregirla cuando hacía algo mal. Hornear era nuestro momento juntas. —Esbozó una medio sonrisa—. Siempre soñé con abrir una pequeña pastelería, ¿sabes? Algo acogedor, con vitrinas llenas de dulces y café recién hecho. Pero nunca tuve el dinero para hacerlo realidad. Y luego, bueno, mamá enfermó y tuve que cambiar mis planes.

La escuché en silencio, sorprendido por la sinceridad con la que hablaba. Charlotte no solía compartir mucho sobre sí misma, y saber esto… me hizo verla de una forma distinta.

—Aún estás a tiempo de cumplir tus sueños si así lo deseas

Ella se mordió el labio como si no supiera si contarme lo que siguió.

—De hecho, pensé en usar el dinero del acuerdo para eso. Fue lo que me hizo aceptar y decir que sí… la idea de poder abrir mi Bakery. —Su voz bajó al final, como si temiera sonar ridícula, pero yo no veía nada ridículo en ello.

Sus ojos se iluminaron mientras continuaba, como si no pudiera contenerse.

—El otro día, después de que volviéramos de la isla, pasé por una pequeña Bakery que está en proceso de traslado. Era preciosa, Nate. Pequeña y llena de encanto. La dueña me dejó entrar y echar un vistazo mientras empaquetaban las cosas, y me dio un par de ideas para cuando abra la mía.

Hizo una pausa, sonriendo un poco al recordar, y por un momento me pareció que estaba viendo un futuro que aún no existía, pero que estaba allí, en su mente, tan real como esta cocina.

—¿Dónde está ese lugar?

Ella me miró, entrecerrando los ojos como si intentara leer mis intenciones.

—Es en la esquina de Grove con la 7. Pero no pienses que estoy considerando comprarlo o algo así. Es demasiado caro para mi presupuesto. Solo fui a inspirarme.

Asentí, aunque mi mente ya estaba trabajando en otra dirección. Le quité una mancha de harina de la nariz con el pulgar, lo que le arrancó una pequeña risa, y luego me incliné para besarla suavemente.

—Me encantaría verte en tu Bakery algún día —murmuré antes de retroceder, haciendo que sus mejillas se sonrojaran.

—Primero tendría que encontrar un lugar que pudiera pagar —respondió con un tono desenfadado, pero vi el brillo de melancolía en sus ojos.

—Voy a terminar algo en el despacho —dije, alejándome, aunque no fue eso lo que hice.

Cerré la puerta del despacho detrás de mí, saqué el móvil y marqué el número de Carter, mi asesor inmobiliario.

—Hola, Carter. Soy Nate Whitmore.

—Señor Whitmore, ¿en qué puedo ayudarle? —respondió él con esa eficiencia que siempre me había gustado.

—Estoy interesado en un inmueble. Una pequeña Bakery en la esquina de Grove con la 7. Necesito que investigues el estado actual, el precio y cualquier detalle sobre la transacción.

—Claro, señor. Le enviaré toda la información en cuanto la tenga. ¿Hay algo más que necesite?

—No, eso es todo. Pero hazlo rápido. Quiero cerrar esto cuanto antes.

Colgué y me recosté en la silla, frotándome el puente de la nariz mientras dejaba escapar un suspiro. No sabía exactamente por qué estaba haciendo esto. Bueno, sí lo sabía.

Lo hacía porque, maldita sea, quería hacer feliz a Charlotte. Estaba dispuesto a darle cada pequeña cosa que deseara. Hasta ese punto había perdido la cabeza por ella.

¿Y yo pensé que follándomela iba a conseguir quitármela de la cabeza?

Qué iluso fui.

Al contrario.

Charlotte era como una droga. Una droga que, en lugar de saciarme, me hacía necesitar más con cada dosis.

No era solo deseo. No era solo el sexo, aunque era espectacular. Era ella. La forma en que se movía por mi vida como si siempre hubiera estado ahí. Como si encajara en todos los espacios que antes me parecían demasiado vacíos.

26

Nate

El humo de los puros y el olor del whisky llenaban el aire del club. Mis amigos charlaban y reían a mi alrededor, como si el mundo fuera sencillo y sus mayores problemas fueran elegir entre un bourbon o un ron.

Ojalá yo me sintiera tan despreocupado como ellos. Pero no era el caso. Desde la noche anterior en el que había encontrado a Charlotte horneando galletas en la cocina, había algo que me ardía en las entrañas. Un malestar imposible de ignorar.

Theo me dio un codazo, rompiendo mi ensimismamiento.

—¿Qué pasa contigo, Whitmore? —preguntó, con una sonrisa curiosa—. Llevas toda la noche mirando tu vaso como si estuvieras viendo el futuro en él.

—Estoy bien —respondí con brusquedad.

Alex se rio por lo bajo, moviendo la cabeza con incredulidad.

—Es por Charlotte, ¿verdad? Cada vez que la mencionas sonríes como un memo, y eso solo puede significar una cosa: te has enamorado de ella.

Mi mandíbula se tensó, y los músculos de mi cuello se contrajeron.

—No digáis estupideces. No estoy… —Empecé a negarlo, pero las palabras murieron en mi garganta.

Enamoramiento. Esa palabra resonó en mi cabeza con una intensidad que no esperaba. Me reí, pero sonó falso incluso para mis propios oídos.

—No estoy enamorado.

James negó con la cabeza, divertido.

—¿A quién intentas engañar?

Quise discutir, pero las imágenes aparecieron en mi mente antes de que pudiera detenerlas. Charlotte, con los ojos chispeantes mientras discutíamos. Charlotte, riendo en la isla mientras

devoraba un helado. Charlotte horneando galletas mientras me abría una puerta a su vida. Charlotte, temblando de placer bajo mis manos.

El corazón me dio un vuelco, y aparté la mirada hacia mi vaso, como si el líquido ámbar pudiera ofrecerme una respuesta.

No es amor, pensé. *No puede serlo*.

Mi padre siempre decía que el amor era una debilidad. Algo que te volvía descuidado, que te hacía perder de vista lo verdaderamente importante. Y yo nunca perdía el enfoque. Nunca.

—¿Lo ves? —La voz de Theo me sacó de mis pensamientos—. Ni siquiera puedes discutirlo. Sabes que tenemos razón.

Me levanté de golpe, ignorando sus carcajadas.

—Voy a por otro trago.

Me alejé del bullicio con la intención de despejarme, pero las palabras de mis amigos seguían resonando en mi cabeza, como un eco imposible de ignorar.

¿Y si tenían razón? ¿Y si lo que sentía por Charlotte era algo más que deseo? ¿Y si, después de todo, esto era amor?

No podía permitirme pensar así. No podía dejar que aquello creciera, que tomara forma y me consumiera, tal como mi padre siempre había advertido.

Amar a alguien significaba volverse vulnerable, y la vulnerabilidad era una debilidad que me negaba a aceptar.

Así que, a pesar del torbellino de emociones que revoloteaban en mi pecho, tomé una decisión firme: pondría fin a esto antes de que se descontrolara. Antes de que ella se convirtiera en algo que no pudiera dejar ir.

27

Nate

Nate a los 10 años

El ataúd descendió lentamente mientras el sonido sordo de la cuerda rechinando contra la madera llenaba el aire.

Las lágrimas caían sin control por mis mejillas, y aunque intentaba mantenerme fuerte, era inútil. Tenía diez años y acababa de perder a mi madre, la única persona que hacía que nuestra casa pareciera un hogar.

—No llores, Nate. —La voz grave de mi padre se escuchó a mi lado, baja y firme. Su mirada no se apartaba del ataúd, pero su mano apretaba con fuerza mi hombro, como si quisiera transmitirme su dureza a través del contacto.

Quise replicar, pero algo en su tono me hizo callar. Era una orden, no un consejo. Y así, intenté reprimir las lágrimas mientras el sonido de la tierra cayendo sobre el ataúd marcaba el final de una era en mi vida.

Aquella noche, después de que la casa se vaciara de familiares y conocidos que vinieron a presentar sus respetos, mi padre estaba sentado en el salón con una botella de whisky medio vacía frente a él. Yo estaba en las escaleras, observándolo en silencio, demasiado joven para comprender del todo lo ocurrido, pero lo suficientemente mayor como para sentir el peso de la soledad en aquella casa ahora vacía.

—Ven aquí, Nate. —Su voz arrastraba las palabras, y su tono, normalmente frío, sonaba áspero.

Me acerqué y me senté frente a él. Por primera vez en mi vida, lo vi derrotado. Sus ojos, normalmente duros como el acero, estaban enrojecidos y vidriosos.

—Tu madre… —Su voz se quebró, y por un segundo pensé que iba a llorar, pero se lo tragó con un trago largo del whisky—. Ella era todo para mí. ¿Sabes lo que eso significa?

Negué con la cabeza, incapaz de encontrar palabras.

—Significa que me volví débil. —Dejó el vaso sobre la mesa con más fuerza de la necesaria y el sonido resonó en la habitación vacía—. Nunca cometas el mismo error, Nate. Nunca dejes que una mujer te haga dependiente de ella. El amor… —Se inclinó hacia mí, y pude oler el alcohol en su aliento—. El amor te vuelve vulnerable. Y cuando eres vulnerable, el mundo te

destroza.

Me quedé inmóvil, mirándolo mientras su voz se volvía más áspera y su mirada más perdida.

—Tú no llores, no te encariñes, y sobre todo, no ames. Porque si lo haces, Nate… —Se llevó el vaso a los labios y vació el contenido de un solo trago antes de mirarme con una intensidad que me heló por dentro—. Si lo haces, acabarás como yo.

No dijo más. Se levantó tambaleándose y desapareció por el pasillo, dejándome solo en el salón con sus palabras grabadas a fuego en mi mente.

Esa noche, mientras intentaba dormir en mi cama demasiado grande para un niño demasiado pequeño, juré que nunca sería como él. Nunca dejaría que nadie me hiciera tan vulnerable.

28

Charlotte

Había algo extraño en Nate desde que salimos de la oficina. Durante todo el día había estado distante, frío, como si el hombre con el que había compartido tanto últimamente se hubiera escondido detrás de una barrera invisible. Pero no dije nada. Quizás era cansancio o simplemente estaba en uno de esos días donde ser Nathaniel Whitmore significaba llevar el peso del mundo sobre sus hombros.

Cuando me pidió que lo acompañara después del trabajo, me sorprendí, aunque asentí. El tono autoritario y decidido de su voz dejaba claro que no se trataba de una invitación. Era una orden, como muchas otras que solía dar.

El taxi avanzaba entre el tráfico de Nueva York, y yo intentaba leer en su rostro qué demonios estaba pasando. Pero Nate, siendo Nate, no dejaba que nada asomara en su expresión. Ni una pista, ni un solo rastro de emoción.

—¿Adónde vamos? —pregunté, incapaz de soportar más el silencio.

—Ya lo verás. —Fue todo lo que dijo, sin siquiera mirarme.

Mi estómago se encogió, y no por el movimiento brusco del taxi al girar en la esquina. Algo no estaba bien. Algo iba terriblemente mal.

El coche se detuvo frente a un pequeño local en la esquina de Grove con la 7, y mi corazón se detuvo por un momento.

Reconocí el lugar de inmediato.

Era la pequeña bakery de la que le había hablado. El lugar que me había robado un pedazo de alma cuando lo vi vacío y en venta. No podía ser una coincidencia.

—Nate… ¿qué estamos haciendo aquí?

Él salió del taxi primero, pagando la carrera al conductor, y luego me abrió la puerta, sin decir una palabra. Lo seguí hasta la entrada del local. Sus movimientos eran rígidos, calculados, y la sensación de que algo estaba mal no hacía más que crecer.

Sacó una llave de su bolsillo y abrió la puerta, gesticulando para que pasara. Cuando lo hice, el aroma a madera vieja y un ligero rastro de harina en el aire me envolvieron. Estaba vacío, pero la estructura y el espacio seguían siendo los mismos. Mis ojos recorrieron cada rincón,

recordando cómo me había sentido cuando lo vi por primera vez.

—¿Qué está pasando? —insistí, girándome hacia él.

—Es tuyo. —Su voz fue clara, firme. Sin titubeos.

—¿Qué?

—El local. La bakery. Ahora es tuya, Charlotte. La compré para ti.

No podía creer lo que estaba escuchando. Mi corazón se aceleró, pero antes de que pudiera procesar la noticia o agradecerle, él continuó.

—Quiero que te concentres en esto. Que tengas algo que sea tuyo, algo que te haga feliz. —Hizo una pausa, y su mirada se endureció—. Porque lo nuestro… tiene que terminar.

El impacto de sus palabras me golpeó como un puñetazo. Lo miré, esperando que se explicara, pero no lo hizo.

—¿Qué…? ¿De qué estás hablando?

—Esto que tenemos, Charlotte. Lo que sea que haya pasado entre nosotros. No puede seguir. Distorsiona todo. Tú tienes que enfocarte en esto, en tu sueño. Y yo… yo tengo que enfocarme en el mío.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Intenté retenerlas, pero me fue imposible. Me crucé de brazos, en un intento desesperado de protegerme.

—¿De verdad vas a dejarme así? ¿Con una explicación tan pobre?

—Sabíamos desde el principio que esto era temporal, Charlotte. Esto no debería haberse salido de control. Pero lo hizo. Y es mejor cortar por lo sano antes de que sea demasiado tarde.

—Nate… —Intenté acercarme a él, pero dio un paso atrás.

—No te preocupes. Apenas me verás en casa. Me aseguraré de darte tu espacio. Y, por supuesto, no es necesario que vuelvas a la oficina. A partir de mañana Janet ocupará tu lugar hasta que encuentre una nueva secretaria.—Sus palabras eran como cuchillos, cada una cortando más profundo que la anterior—. Disfruta de esto, Charlotte. Lo mereces.

Antes de que pudiera decir algo más, antes de que pudiera intentar detenerlo, Nate giró sobre sus talones y salió del local, dejándome sola en el lugar que debería haber sido mi sueño hecho realidad, pero que ahora era mi peor pesadilla.

Me quedé allí, de pie, viendo cómo la puerta se cerraba detrás de él, cómo su figura desaparecía en la calle sin mirar atrás.

El silencio en el espacio vacío era ensordecedor, y cuando finalmente las lágrimas comenzaron a caer, sentí que me rompía. Me apoyé contra el mostrador, dejando que la realidad me aplastara.

Por mucho que hubiera anticipado el dolor que sentiría cuando lo mío con Nate terminara, nada me había preparado para esto. Para la frialdad de su voz. Para la forma en que me había arrancado de su vida como si no le importara lo más mínimo.

Conocía a Nate Witmore, sabía que podía ser cruel, entonces, ¿por qué me había hecho ilusiones?

Porque eres una ingenua, me dije, *porque confundiste un sexo estupendo con algo más*.

Eso había sido yo para él. Un buen polvo. Un nombre más en su interminable lista de mujeres de sexo esporádico.

Había sido una más. Quizás con una duración más prolongada, con más complicaciones por el contrato que nos ataba, pero al final, no era diferente a ninguna de las otras. Una distracción conveniente. Algo para llenar el vacío hasta que ya no le resultara útil.

29

Charlotte

Los días siguientes fueron duros. Me despertaba cada mañana con una sensación de vacío que parecía haberse instalado en mi pecho, incapaz de desaparecer.

Sabía que lo mío con Nate había terminado, pero no podía apagar lo que sentía por él tan fácilmente. Seguía pensando en sus sonrisas fugaces, en su forma de mirarme como si el mundo no existiera fuera de nosotros, y en la manera en que me hacía sentir viva.

Intentaba enfocarme en la Bakery. Desde que me entregó las llaves, me había sumergido de lleno en remodelar el espacio y planificar cada detalle. El local tenía potencial, pero todavía necesitaba mucho trabajo para que se convirtiera en el lugar cálido y acogedor que siempre había soñado.

Sin embargo, cada vez que miraba las paredes del pequeño local o recorría su interior vacío, algo me oprimía el pecho. No podía evitar pensar en cómo se había dado todo.

Nate no solo me había comprado el lugar; también había transferido una cantidad importante de dinero a mi cuenta como compensación por despedirme. Era como si intentara tachar todo lo que había sucedido entre nosotros con billetes.

Yo no habría hecho las cosas así. No quería cumplir mis sueños con dinero que sentía sucio, que parecía una manera de pagarme para desaparecer de su vida sin más complicaciones.

—Tienes que dejar de torturarte por esto, Charlie. —Emma me miró con dulzura mientras me ayudaba a instalar unos paneles decorativos de ladrillos pintados de blanco en las paredes—. Tienes el local que siempre soñaste. ¿Por qué dejar que todo esto lo arruine?

—Porque no fue como quería, Emma. —Suspiré—. No siento que me lo haya ganado. Fue como si Nate me lo arrojara para deshacerse de mí.

Emma apoyó una mano sobre mi hombre, obligándome a levantar la mirada.

—Escucha, entiendo que te sientas así, pero no pienses en el cómo. Piensa en lo importante. ¿No es esto lo que siempre has querido?

—Sí, pero… —Intenté buscar las palabras adecuadas, pero Emma no me dejó terminar.

—Nada de «peros». Si prefieres, míralo de esta manera: esta es tu compensación por haber aguantado a ese capullo durante los últimos años. Siempre te estabas quejando de que no tenías

vida. Bueno, pues ahora no solo tienes vida, también la Bakery que siempre soñaste. Y sin tener que aguantar al ogro.

Tenía razón, pero no quería admitirlo tan fácilmente. Nate había cumplido su promesa: apenas pasaba por casa, no nos cruzábamos nunca, y eso hacía las cosas aún más difíciles. Porque, además del desamor, estaba el maldito sentimiento de echarlo de menos.

Era difícil disfrutar de mi sueño cuando mi corazón y mi alma estaban enfocados en otro lugar.

***

Había sido un día largo y agotador. Había pasado horas restaurando unos muebles antiguos, lijando con cuidado, aplicando capas de pintura y asegurándome de que cada pieza tuviera ese diseño vintage y especial que quería para mi Bakery.

Cuando salí del local, con las manos todavía manchadas de pintura y los músculos protestando por el esfuerzo, me sentía completamente exhausta.

Levanté una mano para detener un taxi, y cuando subí, apenas logré darle al conductor la dirección de casa antes de recostarme contra el asiento, cerrando los ojos.

Mi mente se desconectó poco a poco mientras el coche avanzaba por las calles iluminadas de Manhattan.

No sé cuánto tiempo pasó. Quizás minutos, quizás más. Solo recuerdo el sueño profundo que me envolvió hasta que un golpe fuerte me sacudió por completo.

—¿Qué…? —murmuré, medio adormecida, abriendo los ojos mientras mi cuerpo era lanzado hacia un lado.

El ruido de las ruedas chirriando contra el asfalto y el crujido de metal llenaron mis oídos. El taxi giraba descontrolado, y a través de la ventanilla, las luces de la calle se mezclaban en un torbellino caótico.

El miedo me atravesó como una descarga eléctrica. Mi mente intentó procesar lo que estaba pasando, pero antes de que pudiera reaccionar, sentí otro impacto. Mi cabeza golpeó algo con fuerza, y todo a mi alrededor pareció desvanecerse.

Lo último que recuerdo fue la sensación de estar cayendo antes de perder el conocimiento.

30

Nate

El murmullo constante de la reunión era como un zumbido lejano. Habían pasado semanas desde que tomé la decisión de alejarme de Charlotte, pero no había logrado apartarla de mi mente ni un solo día.

El vacío era un recordatorio constante de lo mucho que la había jodido. Había intentado refugiarme en el trabajo, llenando mi agenda de reuniones, proyectos y decisiones que necesitaban mi atención inmediata. Pero ni siquiera la carga interminable de Whitmore Tech podía adormecer el dolor de no tenerla a mi lado.

Durante cinco años, Charlotte había sido más que mi secretaria. Era mi mano derecha, la única persona que sabía cómo funcionaba mi caótico mundo mejor que yo mismo. Ella conocía mis gustos, mis manías, lo que me irritaba y lo que me hacía sonreír, aunque esas sonrisas fueran escasas. Si era sincero conmigo mismo —cosa que había evitado durante mucho tiempo—, probablemente había empezado a sentir algo por ella mucho antes de darme cuenta.

Un movimiento a mi derecha me devolvió al presente. Uno de los asistentes se acercó, inclinándose para susurrarme algo al oído.

—Señor Whitmore, disculpe la interrupción, pero… su esposa ha tenido un accidente.

El bolígrafo que tenía entre los dedos se detuvo en seco. Mi mano se tensó hasta que sentí el plástico crujir, pero no fui capaz de soltarlo.

—¿Qué has dicho?

El asistente tragó saliva antes de continuar.

—Su esposa, Charlotte… ha tenido un accidente de tráfico. La han llevado al Mount Sinai.

El aire pareció desaparecer de mis pulmones. Mi mente, que siempre había sido un refugio de lógica y control, se llenó de imágenes caóticas de Charlotte: su sonrisa, la forma en que tarareaba mientras organizaba mis papeles, cómo me miraba cuando pensaba que yo no la veía.

Charlotte. Mi Charlotte.

—¿Cómo está? —pregunté con la garganta seca.

—No tengo todos los detalles, señor, pero sé que está siendo atendida en este momento.

El bolígrafo cayó de mi mano mientras me levantaba de golpe, empujando la silla hacia atrás con tanta fuerza que los presentes en la reunión se giraron, sorprendidos por mi reacción.

—La reunión se acaba aquí.

Sin esperar respuesta, me dirigí hacia la salida con mis pasos rápidos resonando en el suelo como un eco de mi corazón desbocado.

***

Llegué a emergencias y me dirigí al mostrador de admisiones, con el corazón encogido.

—Charlotte Whitmore. Tuvo un accidente de tráfico. Quiero saber cómo está.

El chico detrás del mostrador, apenas un crío, levantó la vista de su ordenador.

—Lo siento, señor, pero aún no tengo detalles. Según el registro, está en quirófano ahora mismo.

Quirófano. La palabra me golpeó como un puñetazo en el estómago.

—Quiero hablar con un médico.

—Señor, no puedo… —empezó a decir, pero no lo dejé terminar.

—Mira, chaval. —Me incliné sobre el mostrador, clavando mis ojos en los suyos—. Si no me consigues a un médico ahora mismo, te juro que voy a hacer que a este hospital le caiga un puro que no olvidará jamás.

El chico palideció, parpadeando como si no supiera qué hacer, pero antes de que pudiera reaccionar, una voz autoritaria interrumpió.

—¿Es usted el esposo de Charlotte Whitmore?

Me giré de inmediato y vi a un hombre con una bata blanca. Por fin, alguien con respuestas.

—Sí, soy yo. ¿Cómo está?

—Está siendo intervenida en este momento. Tiene múltiples heridas por el impacto, incluida una fractura en la pierna derecha y una contusión abdominal que hemos tenido que tratar de

inmediato. La cirugía es delicada, pero haremos todo lo posible.

El peso de sus palabras me cayó como una losa, dejándome sin aire. Fracturas. Contusiones. Cirugía delicada.

—¿Cuánto tiempo durará?

—No puedo decirlo con certeza, señor. Le avisaremos cuando tengamos noticias. Mientras tanto, le sugiero que se siente y espere.

Asentí, aunque no tenía intención de sentarme. ¿Cómo diablos iba a quedarme quieto?

El médico se marchó, dejándome solo con mis pensamientos. *Esto es culpa mía. Si no me hubiera alejado, si hubiera estado con ella, podría haber evitado esto.*

—¡Nate!

Una voz me hizo girarme. Era la madre de Charlotte, con el rostro pálido y lleno de preocupación. Junto a ella estaba Ethan, el hermano de Charlotte, con el ceño fruncido y los labios apretados en una línea tensa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella con la voz temblorosa mientras se acercaba.

—Tuvo un accidente de tráfico. Está en quirófano ahora mismo —respondí, tragando con fuerza.

El rostro de la mujer se contrajo de dolor, y Ethan maldijo por lo bajo, pasando una mano por su cabello.

Nos dirigimos juntos a la sala de espera. Nos sentamos en una fila de sillas de plástico, y el peso de las horas comenzó a hundirse sobre nosotros como una losa.

La madre de Charlotte mantenía las manos entrelazadas y sus labios se movían de forma imperceptible. Probablemente rezaba. Ethan no dejaba de mover sus piernas con nerviosismo, con la mirada fija en el suelo.

Yo, en cambio, no podía dejar de pensar.

Si Charlotte no salía de esta, nunca me lo perdonaría. Jamás. Todas las decisiones que había tomado, todas las palabras que no le dije y que ahora me pesaban como un castigo, giraban en mi cabeza como un bucle.

Me había alejado de ella pensando que era lo mejor, pero lo único que había conseguido era

robarnos tiempo juntos.

¿Qué clase de hombre abandona a la mujer que ama?

Sentí un nudo en la garganta, una presión que no desaparecía por mucho que respirara. Si le pasaba algo, si no la volvía a ver sonreír, si no escuchaba su risa otra vez…

No. No podía pensar en eso. Charlotte iba a salir de esta.

—La quieres mucho, ¿verdad? —La voz de la madre de Charlotte interrumpió mis pensamientos.

La miré, y me encontré con una sonrisa débil en su rostro, aunque sus ojos estaban todavía empañados por las lágrimas.

—Me alegro de que mi hija se haya casado con un hombre que se preocupa tanto por ella. —Hizo una pausa, entrelazando las manos en su regazo—. Admito que, al principio, cuando me dijo que iba a casarse contigo, no me convenció. Siempre me hablaba de ti como un jefe exigente y duro, pero… ahora veo que la amas mucho.

Su comentario me golpeó como un balde de agua fría. No pude evitar desviar la mirada, sintiendo que las palabras que estaba a punto de decir se atoraban en mi garganta.

—Yo… —Cerré los ojos un segundo, buscando las fuerzas que necesitaba para ser honesto —. Hay algo que no sabe. Nuestro matrimonio no empezó como debería. —Tomé aire, sintiendo cómo las palabras quemaban en mi garganta—. Fue un acuerdo. Yo la convencí de casarse conmigo porque lo necesitaba para proteger mi empresa. Todo fue… un trato.

El silencio que siguió fue insoportable. No tuve el valor de mirarla directamente. Sentí el peso de mi confesión, de todo lo que había hecho, hundiéndome aún más en el asiento.

Finalmente, su voz rompió la tensión:

—¿Y ahora? ¿Qué sientes ahora por ella?

—Ahora… ahora la amo más de lo que he amado a nadie en mi vida. —Mi voz se quebró—. Pero la he jodido tanto…

Sus ojos se suavizaron, y, para mi sorpresa, colocó una mano sobre la mía.

—Nate, no importa cómo empezó. Lo que importa es cómo te sientes ahora. —Su tono fue cálido—. Y lo que veo en ti es amor, real, profundo. Lo vi el día de la boda, ¿sabes? La forma en que la mirabas… como si fuera lo único que existía en tu mundo. Hay cosas que no se pueden

fingir, hijo.

Las palabras me dejaron sin aire. Porque tenía razón. Siempre había sido Charlotte. Siempre lo sería.

Horas después, un médico salió al pasillo. Sus primeras palabras fueron un alivio como no había sentido en toda mi vida.

—La operación fue un éxito. Charlotte está estable.

El aire volvió a mis pulmones, y el peso en mi pecho desapareció. Ella estaba bien.

Ahora, solo quedaba esperar para verla, y prometí, en silencio, que no iba a desperdiciar esta segunda oportunidad.

31

Charlotte

Abrir los ojos fue como intentar salir de un sueño demasiado profundo. Todo estaba borroso al principio: las luces, los sonidos. Mi cuerpo se sentía pesado.

Lo primero que vi fue un rostro familiar. Nate. Estaba sentado junto a mí, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos. Parecía... destrozado.

—Nate… —susurré con la voz débil.

Su cabeza se levantó de golpe, y en cuanto nuestros ojos se encontraron, algo en su rostro cambió. Había alivio, pero también algo más: culpa, miedo.

—Charlotte… —Se inclinó hacia mí, tomando mi mano con cuidado, como si tuviera miedo de romperme—. Estás despierta.

—¿Qué… qué ha pasado? —pregunté. Intentaba encajar las piezas de mi recuerdo. Subí al taxi, me quedé dormida y luego… todo era un vacío confuso.

—Tuviste un accidente. El taxi en el que ibas... alguien se cruzó de golpe y el conductor no pudo evitarlo.

Fruncí el ceño, intentando recordar, pero todo estaba borroso.

—¿Y qué haces aquí? —pregunté, confusa—. Ya no tienes que… no somos…

—Soy tu esposo, Charlotte —dijo, interrumpiéndome con una firmeza que me dejó sin palabras—. Y no hay lugar en el mundo en el que deba estar más que aquí, contigo.

Mi corazón dio un vuelco, pero antes de que pudiera decir algo, él continuó:

—Siento tanto todo lo que pasó… todo lo que hice, todo lo que dije. —Su voz se quebró un poco, pero siguió hablando—. Te amo, Charlotte. Eres el amor de mi vida.

—Pero tú dijiste que lo nuestro tenía que terminar.

—Fui un idiota. Mi padre siempre me hizo creer que el amor era una debilidad, que me haría frágil, que no podía confiar en nadie. Creí en esa mentira durante años, pero ahora lo sé… estaba equivocado.

Tragó saliva, y sus ojos verdes, brillaban de emoción.

—El amor no me hace débil, Charlotte. Tú no me haces débil. Al contrario. Eres lo único que me hace fuerte. Porque cuando estoy contigo, siento que puedo con todo, que soy más invencible que nunca.

Una lágrima rodó por mi mejilla, y Nate la secó con cuidado.

—Y si me das una segunda oportunidad… te prometo que no la voy a desperdiciar. Voy a demostrarte cada día cuánto te amo.

Mi pecho se llenó de algo cálido, algo que no sentía desde hacía semanas. Alcé una mano temblorosa hacia su rostro, acariciando su mejilla.

—Nate… Pues claro que te doy una segunda oportunidad —murmuré con la voz rota—. Yo también te amo.

Él cerró los ojos un momento, como si mis palabras fueran todo lo que había estado esperando. Luego, sin pensarlo dos veces, se inclinó hacia mí y me besó.

Fue un beso lento, lleno de todo lo que nunca nos habíamos dicho, de promesas no cumplidas y de un futuro que, por primera vez, no parecía tan incierto.

Cuando se separó, sus labios todavía rozando los míos, me miró con una intensidad que me dejó sin aliento.

—Voy a cuidarte, Charlotte. Te lo prometo. Siempre.

Cerré los ojos, dejando que su voz fuera lo último que escuchara antes de dejarme llevar por el agotamiento. Porque, por primera vez, sentí que todo iba a estar bien. Por primera vez, sentí que estábamos donde siempre debimos estar: juntos.

Epílogo

Charlotte

1 año después

El olor a azúcar y vainilla flotaba en el aire, mezclándose con el suave murmullo de las conversaciones. La Bakery estaba llena, repleta de amigos, familiares y curiosos que se habían acercado para celebrar la apertura de Sweet Beginnings.

Estaba de pie frente al mostrador, con una sonrisa nerviosa en los labios, mirando el lugar que había construido desde cero. Cada detalle, desde las lámparas colgantes hasta las vitrinas llenas de pasteles, galletas y magdalenas, reflejaba una parte de mí, de mis sueños, de todo lo que siempre había querido. Pero lo que más llenaba mi corazón era la satisfacción de haberlo conseguido después de todo lo que había pasado: el accidente, las semanas de recuperación y las dudas que me habían acompañado durante tanto tiempo.

Con un pequeño tintineo, Emma golpeó su cuchara contra un vaso, llamando la atención de todos.

—¡Silencio, por favor! —gritó, con esa energía caótica tan suya—. Vamos a escuchar unas palabras de la mujer del momento: Charlotte Whitmore.

Las miradas se volvieron hacia mí, y aunque normalmente odiaba ser el centro de atención, esta vez no me importó. Di un paso al frente, con el corazón latiendo con fuerza pero lleno de gratitud.

—Gracias a todos por estar aquí hoy —dije, con un nudo de emoción en la garganta—. Sweet Beginnings no es solo una Bakery para mí; es un sueño que he tenido desde que era niña, horneando pasteles con mi madre en nuestra pequeña cocina. Llegar aquí no ha sido fácil, pero cada sacrificio, cada obstáculo, valió la pena.

Miré alrededor, deteniéndome en las caras de mi familia, mis amigos, mi madre… y, finalmente, en Nate, que me observaba desde el fondo del local, con una leve sonrisa.

—Hoy no solo celebro la apertura de este lugar —continué, sintiendo las lágrimas amenazar con brotar—, sino también la oportunidad de empezar algo nuevo, algo dulce y lleno de esperanza. Así que gracias, de verdad, por formar parte de esto.

Los aplausos llenaron la sala, y por un momento me sentí como si flotara. Todo estaba exactamente como siempre lo había imaginado.

Tras charlar un rato con los invitados, me deslicé hacia la trastienda, buscando un momento para respirar lejos del bullicio.

Me apoyé en la encimera de la cocina, pasando la mano por la superficie de mármol. Este lugar era mío, y no había nada más satisfactorio que saber que lo había conseguido.

Entonces, oí pasos detrás de mí.

Me giré y encontré a Nate entrando, con una expresión que no supe descifrar al principio. Parecía tranquilo, pero sus ojos verdes tenían un brillo decidido.

—Has estado increíble ahí fuera —dijo, acercándose hasta quedar a pocos pasos de mí.

—¿De verdad lo crees?

Él asintió, y mirándome fijamente sacó algo del bolsillo interior de su chaqueta: un sobre con los papeles de nuestro contrato de matrimonio.

—Ha pasado un año, Charlotte —dijo, sosteniéndolos frente a mí—. Un año desde que empezamos esto por razones equivocadas. Pero ahora…

Sin decir nada más, tomó los papeles y los rompió en pedazos, dejando caer los fragmentos al suelo entre nosotros.

—Nate… ¿qué estás haciendo? —pregunté, sorprendida.

—Acabando con el pasado. Porque ahora quiero que estemos juntos por las razones correctas.

Sacó una pequeña caja de terciopelo azul de su otro bolsillo y la abrió, revelando un anillo sencillo pero hermoso, uno que parecía hecho para mí.

—Charlotte, quiero que te cases conmigo otra vez. No por un contrato, no por obligación. Quiero que sea porque nos amamos. Porque no puedo imaginar mi vida sin ti.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, y durante un momento, no pude decir nada. Solo podía mirarlo, a este hombre que había sido mi jefe, mi error más grande y, al final, mi amor más verdadero.

—Sí —susurré, mi voz quebrándose por la emoción—. Claro que sí.

Antes de que pudiera añadir algo más, Nate se acercó y me besó, con los labios cálidos y firmes, llenos de promesas y amor.

Cuando nos separamos, sentí su frente apoyarse en la mía y sus ojos fijos en los míos.

—Te prometo que esta vez será diferente.

—Ya lo es —respondí, con una sonrisa que sentí desde el alma.

Volvimos al local, donde los invitados seguían celebrando, ajenos a lo que acababa de pasar en la trastienda, y al mirar el local que siempre soñé, pensé que Sweet Beginnings no era solo el comienzo de mi sueño profesional. También era el comienzo de algo más: un futuro con Nate que sabía que sería tan dulce como todo lo que horneara aquí.

Extra

Charlotte

Después de la segunda boda

Estaba tumbada en la cama. Mi cuerpo temblaba aún por el placer después de lo que probablemente había sido la mejor sesión de sexo de mi vida. Nate dormía a mi lado con la respiración profunda y regular y su brazo me rodeaba la cintura, manteniéndome pegada a él incluso en sueños.

Sonreí, contemplándolo. Después de todo lo que habíamos pasado, estar casada con él de verdad, sin contratos ni condiciones, se sentía como un sueño que no quería que terminara.

Justo cuando estaba a punto de volver a cerrar los ojos, mi móvil empezó a vibrar en la mesilla de noche. Lo ignoré al principio, pensando que quienquiera que fuera podía esperar. Pero la vibración continuó.

Suspirando, me estiré para alcanzarlo, intentando no despertar a Nate. El nombre de Emma brillaba en la pantalla.

—¿Qué pasa, Emma? —pregunté, todavía con la voz ronca por el sueño y… bueno, por otras cosas.

—¡Charlie! —Su voz era un susurro histérico al otro lado de la línea—. ¡He cometido la mayor locura de mi vida!

Parpadeé, sentándome un poco en la cama. Nate gruñó algo en sueños, pero no se despertó.

—¿Qué? ¿Qué locura?

—¿Te acuerdas del gilipollas de Alex? —dijo, su tono subiendo una octava—. El amigo de Nate. El de la clínica de cirugía estética, ese imbécil insoportable.

—Claro que me acuerdo. —Fruncí el ceño, tratando de entender a dónde iba con esto—. ¿Qué pasa con él?

Emma soltó un gemido dramático.

—Me he acostado con él.

Parpadeé, confusa, intentando procesar lo que acababa de decir.

—¿Qué?

—¡Me he acostado con él! —repitió Emma, dejando escapar un gemido lleno de dramatismo—. Me acerqué a él en tu boda para ponerlo en su sitio, ya sabes, soltarle un par de verdades porque es un narcisista insufrible. Y no sé cómo… quién terminó poniéndome en mi sitio fue él a mí. A base de orgasmos.

Tuve que morderme la lengua para no soltar una carcajada. Aquello acababa de ponerse interesante. ¿Emma y Alex? Esa combinación sonaba como dinamita a punto de explotar y me moría de ganas de saber cómo terminaría aquello.

Sinopsis de Un contrato millonario



Un embarazo por sorpresa. Un tipo odiosos. Y una atracción imposible de ignorar.

Mi nombre es Emma, y acabo de cometer el mayor error de mi vida: acostarme con Alex Griffin, el hombre más odioso del planeta. Sí, ese mismo que lleva semanas despreciando mis diseños y poniéndome de los nervios en el trabajo.

Todo empezó en la boda de mi mejor amiga, donde una discusión llena de tensión terminó en la mejor (y más inesperada) noche de mi vida.

Pensé que solo sería una noche para olvidar. Pero me equivoqué.

Ahora estoy embarazada, y Alex, lejos de desaparecer como esperaba, quiere involucrarse.

Para mantener las cosas claras, propone un contrato: seremos padres juntos, pero sin

complicaciones emocionales. Solo que mantener esa distancia resulta mucho más complicado de lo que imaginé.

Porque detrás de su actitud arrogante y su constante capacidad para sacarme de mis casillas, Alex tiene un lado que nunca esperé descubrir. Un lado protector, dulce… y terriblemente irresistible.

¿Puedo proteger mi corazón de Alex Griffin? ¿O él ya lo tiene en sus manos sin que yo me haya dado cuenta?

Advertencia: Esta historia contiene escenas explícitas, diálogos picantes y un hombre arrogante que te hará cuestionar por qué los chicos malos son tan irresistibles. ¿Te atreves a sumergirte en este torbellino de emociones?

¡Muy pronto!

¡Únete al Club de las Princesas modernas!

¡Hola, princesa!

Soy Leila, la autora de la novela que acabas de leer, una historia que he escrito con todo mi corazón para hacerte suspirar, emocionarte y creer en el amor.

Me apasionan las novelas románticas sexys y emocionantes, llenas de giros inesperados y, por supuesto, millonarios irresistibles. Porque, seamos sinceras, **los millonarios son los nuevos príncipes azules**: guapos, poderosos y totalmente devotos a su princesa.

¿Te cuento un secreto? Escribo estas historias a escondidas de mi familia y amigos. Sí, soy como la versión romántica de Hannah Montana: una vida normal por fuera, pero un mundo lleno de amor y fantasía en secreto. Después de años guardando mis novelas en un cajón, he decidido dar este gran paso y compartirlas contigo.

Si has disfrutado de la novela, te invito a **dejar una valoración en Amazon**. Tu opinión es muy importante para mí, no solo ayuda a que más lectoras descubran esta historia, sino que también me anima a seguir escribiendo nuevas historias para ti.

Además, me encantaría que te sumaras al **Club de las Princesas Modernas**, donde comparto más sobre mis historias, personajes y novedades. Puedes encontrarme en Instagram y Facebook:

Instagram: https://www.instagram.com/leilayoonautora/

Facebook: https://www.facebook.com/profile.php?id=61572377692065

Juntas, haremos de cada historia un espacio mágico lleno de romance y emociones. Gracias por ser parte de este sueño.

Con cariño,

Leila Yoon.